
HASTA EL CIELO



Joan Brady

Por la autora de
Dios vuelve en una Harley



Lectulandia

En las circunstancias más inesperadas, Heather vive un encuentro que cambiará su vida para siempre. Aunque ella no lo sepa, a otras mujeres ya les pasó lo mismo. Un hombre le va a descubrir que todos los misterios de su vida, todas las cosas que se ha empeñado en mantener a oscuras en un rincón de su memoria, pueden cambiar para bien si arroja sobre ellas la luz de la ternura. Él se llama Joe, lleva chupa de cuero y monta una Harley espectacular. Cada vez que le habla brilla en sus ojos una sabiduría divina. Al principio, Heather teme dejarse llevar, pero a medida que pasa el tiempo, a medida que van ocurriendo cosas en su vida, entiende que cuando aprenda a amarse a sí misma su vida experimentará un cambio radical. Al final, la única verdad importante, sea por revelación divina o por descubrimiento personal, es que la felicidad no es un derecho sino una obligación.

Dios vuelve en una Harley nos propuso un camino hacia la felicidad a través de la ternura y el humor. *Hasta el cielo*, un paso adelante en la carrera de Joan Brady, nos enseña que no existen las reglas universales; cada uno tiene su propio camino.

Lectulandia

Joan Brady

Hasta el cielo

ePub r1.0

Titivillus 29.04.17

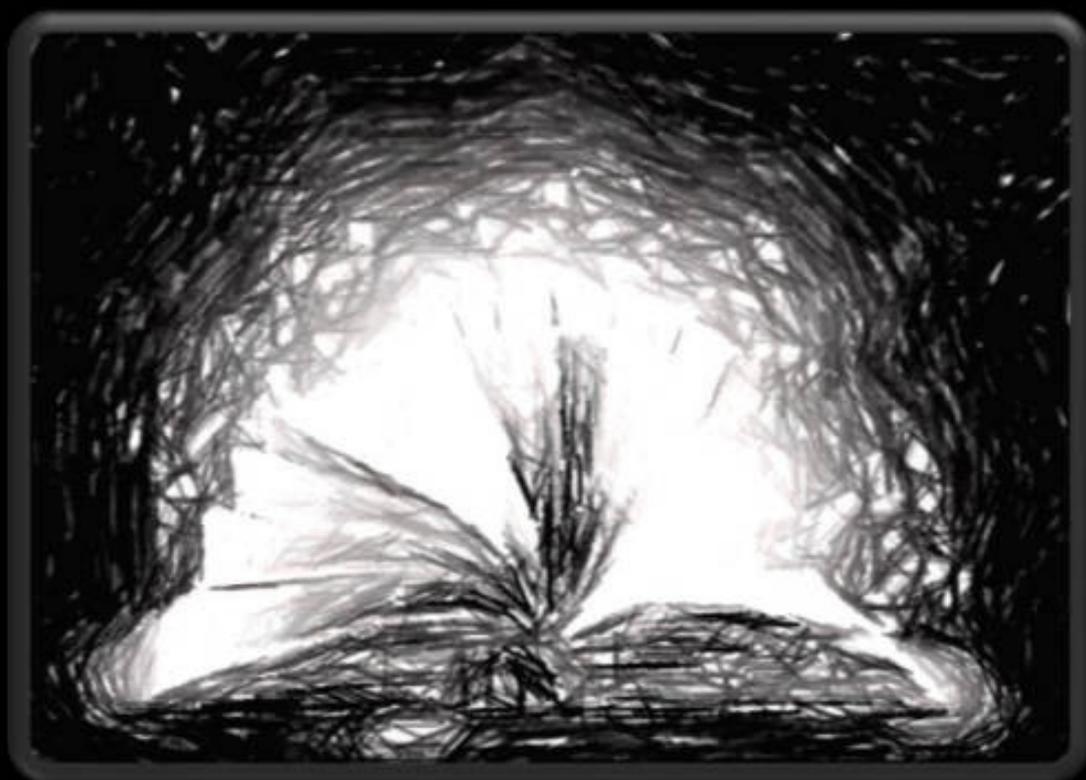
Título original: *Heaven in High Gear*
Joan Brady, 1998
Traducción: Ros María Martínez Coll

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

4

ANIVERSARIO




epublibre

EDICIÓN CONMEMORATIVA

A mi hermana Laura, que ya conoce el motivo

AGRADECIMIENTOS

Ningún escritor que haya tenido la suerte de ver publicado un libro habría conseguido hacerlo sin la ayuda de algunas personas. En mi caso ha habido muchas. Por fortuna todas ellas forman parte de mi vida, y ahora aprovecho la ocasión para darles las gracias públicamente.

A mis padres, Thomas y Claire Brady, que hasta donde me alcanza la memoria me animaron y abonaron las semillas de mi incipiente vocación literaria. A mis hermanas, Patricia y Laura, y a mis hermanos, Paul, Tom, Bo y Ed, que desde el principio creyeron en mí y nunca dudaron de mi futuro éxito. Y a Nancy, mi amiga de la infancia, con quien he compartido mis sueños de escritora.

A mi agente, Denise Stinson, que siempre me ha estimulado para sacar lo mejor de mí. También tengo el privilegio de contar con mi editora, Emily Bestler, que ha guiado con su experiencia mis trabajos.

A muchos de mis colegas escritores por haberme ayudado de mil maneras. A Teresa Allen por haber realizado las magníficas fotos de la portada de mis dos libros y por prestarme su apoyo incondicional. A Joan Swirsky por sus amables y generosos consejos.

A Chris Hall, que me ha acompañado a lo largo de mi investigación y me ha dado seguridad. Vista Publishing, Inc. de Long Branch, Nueva Jersey, merece un gran aplauso por ofrecer a los escritores noveles la oportunidad de dar a conocer sus primeras obras.

Finalmente, siempre llevaré en la memoria a mi querido amigo Patrick, por ayudarme a dar el salto... y por enseñarme a mirar más alto.

A todos os estoy profundamente agradecida.

A pesar de haber regresado a Nueva Jersey, tenía dos motivos para sentirme contenta: era verano y me encontraba en la costa. Cuando por alguna razón no hay más remedio que estar en Jersey, lo mejor es evitar esos meses brutales del invierno. No creo que a nadie le guste verse rodeado de una multitud de personas que no han visto el sol en cinco meses y que padecen el Trastorno Afectivo Estacional, del que, por supuesto, ninguna de ellas es consciente. A estas alturas no debería sorprenderme. Me crie aquí y he sido como ellos.

Había llegado de Los Ángeles la noche anterior para la visita que cada seis meses hago al frente familiar. Se trata de un rito que me impongo a fin de evitar que sean «ellos» quienes me visiten. Tal como lo veo, mi vida es mi vida y quienes se relacionaron conmigo en mi juventud no tienen por qué saber que me dedico a hacer *striptease*.

Contrariamente a las dieciséis compañeras que trabajan conmigo en el Pink Pussycat de Los Ángeles, soy la única que no intenta disfrazar los hechos presentándose como «bailarina exótica» o como «artista». ¿A quién creen que engañan? Por mucho que bailes mientras te desnudas, quitarse la ropa es hacer *striptease*. A diferencia de las demás, no tengo el menor reparo en hacer lo que hago. Si no me desvisto, no como. Por otra parte, si no me desnudara no conduciría mi codiciado BMW ni viviría en Brentwood. Así de sencillo. Además, no sé de nadie dispuesto a pagar la hipoteca de mi adosado ni las letras del coche, de modo que lo que haga para sobrevivir es asunto mío, ¿de acuerdo?

Claro que si me vierais cuando voy bien «vestida» seguro que no pensaríais lo mismo. Como no creo que necesite arreglarme demasiado, cuando decido hacerlo elijo sólo lo mejor. Distingo la ropa de calidad en cuanto la veo, y no me importa gastarme el dinero en ella.

He de que reconocer que soy la única del grupo que parece de buena familia y lleva una vida saludable. Nunca he tomado drogas, y eso me diferencia de toda esas fracasadas que trabajan y frecuentan el Pink Pussycat. Me sacrifico demasiado para tener este cuerpo perfecto y no estoy dispuesta a entregarlo al demonio de la droga. No señor. En lugar de ello, prefiero gastarme el dinero en adornarlo con trajes de Chanel, joyas de dieciocho quilates y zapatos Ferragamo.

Hablando de zapatos Ferragamo, observé el que llevaba puesto y hacía balancear de manera seductora mientras esperaba en el bar a mis siempre impuntuales amigas. Supongo que es posible arrancar a una chica de un antro de vicio, pero no necesariamente se puede arrancar el vicio de una chica. Volví a calzarme el zapato renunciando a las miradas de admiración que percibí en los tres tipos sentados a una mesa cercana. Tenía que comportarme y recordar que ahora estaba de regreso en mi ciudad natal. Sólo de paso, gracias a Dios.

Aquí, en la Costa Este, era algo más de medianoche, pero mi reloj biológico indicaba que no eran más de las nueve, y no tenía ni una pizca de sueño. Había quedado con tres amigas en ese chiringuito de la playa para celebrar una pequeña fiesta de «bienvenida», pero como de costumbre llegaban con mucho retraso.

De modo que no me quedaba otra opción que sentarme sola a la barra, tomando un vaso de vino blanco, mientras pensaba en mi vida y la comparaba con la de mis amigas.

Para empezar, formamos un grupo muy variopinto. Tenemos personalidades e intereses muy distintos, y cada una se ha criado en ciudades diferentes. Lo único que tenemos en común es que de niñas todas veraneábamos en la costa de Jersey con nuestras familias, y eso es lo que nos mantiene unidas.

Maria y Barbara son *bennies*. *Benny* no es sólo una clase de anfetamina, sino el modo en que solemos llamar a los neoyorquinos. Por descontado, esto significa que viven al norte de la salida 117 de la avenida Garden State. Crystal es una «zapatones» de Filadelfia. Creo que les llaman así porque, por alguna razón desconocida se diría que los habitantes de Filadelfia nunca se quitan los zapatos, ni siquiera cuando están en la playa. Siempre se les ve caminar por la arena con sus lechosas piernas blancas y sus anticuados zapatos desgastados. Yo soy la única «desenterradora de almejas», así llamada porque vivía varias salidas al sur de la 117, en la avenida cercana a Asbury Park, lo que me convertía en la única que residía en la costa todo el año.

Además, por si no hubiera quedado claro, no soy lo que se dice una persona «políticamente correcta», pero por lo menos digo lo que pienso. En la vida me habrán tachado de muchas cosas, pero nunca de tener pelos en la lengua.

Así pues, ahí estaba, sentada en ese local supuestamente marchoso, esperando a mis amigas para lucir palmito y decirnos mutuamente lo guapas que estábamos e inventar historias sobre lo bien que nos iba en nuestra vida profesional y hablar de nuestros novios o prometidos y de lo mucho que nos adoraban. Me había enterado de que tanto Maria como Crystal acababan de prometerse. Lo sabía porque mi madre me había enviado los recortes de periódico en que se anunciaba la feliz noticia. ¿Por qué las madres siempre envían a sus hijas, solteras empedernidas, las reseñas de los compromisos de otras personas? ¿De veras creen que nos apetece leer esas tonterías? Como si no pudiera casarme si me lo propusiera. Más bien al contrario, pero, con todo lo que una oye, ¿quién necesita ese quebradero de cabeza?

Lo peor de todo era, claro está, que ahora tendría que apresurarme a comprar algo muy caro para las despedidas de soltera y los regalos de boda. Al fin y al cabo debía mantener mi imagen de mujer bien instalada en la vida, y comprar los regalos más caros y presentarlos con la mejor de mis sonrisas contribuiría a acrecentar mi ya envidiable estatus social ante mis amistades.

Sin embargo, nunca he entendido eso de las despedidas de soltera. No acabo de comprender por qué cuando una muchacha encuentra por fin a alguien que la mantenga, o cuando menos la ayude a pagar las facturas, todas sus amigas solteras

que luchan por sobrevivir solas tienen que ofrecerle regalos. He perdido la cuenta de la cantidad de planchas y batidoras que he tenido que adquirir a regañadientes para personas que, en resumidas cuentas, podían pagárselas perfectamente. El mundo es un lugar muy injusto para los solteros. Al menos ahora podía permitírmelo, pero no es ningún secreto que si hace algunos años emigré hacia la Costa Este fue porque aspiraba a una vida mejor.

Bueno, con todo mi vida «parecía» muchísimo más excitante que la existencia de «albañil bebedor de cerveza» que llevaban los futuros maridos de Maria y Crystal. Están convencidas de que trabajo de maquilladora en los platos de Hollywood. Me encanta percibir la envidia en sus ojos cuando alardeo de mi estilo de vida en Los Ángeles, describiéndolo para que suene emocionante y atractivo. Tengo un gran talento para narrar historias y soy capaz de ofrecer una descripción fascinante y arrebatadora de la ciudad de los Oscar. Y lo mejor es que no necesito demostrar que lo que cuento es verdad, por el mero hecho de residir a cientos de kilómetros de distancia, de manera que no les queda más remedio que dar mis palabras por ciertas y creer que mi vida es maravillosa. Por otra parte, la verdad no haría más que decepcionarlas.

Por suerte tengo el aspecto de la mayoría de la «gente guapa» de California. Soy alta, un metro setenta y siete para ser exactos, y la forma de vida californiana de comida saludable y asiduo ejercicio ha estilizado y moldeado mi figura. Esta apariencia deslumbrante crea, por lo visto, la ilusión óptica de mayor estatura, y desde luego no pienso lamentarme por ello. Al parecer las mujeres altas intimidan a los hombres, y eso me gusta, sobre todo cuando estoy en el escenario del club.

Hablando de clubes, ¿dónde narices se habían metido mis amigas? Llevaban al menos media hora de retraso, lo que no era raro en ellas. Tomé otro sorbo de vino blanco y eché un vistazo al escenario, todavía vacío, buscando algún indicio del tal Jim MaGuire, el músico que debía actuar esa noche. Más le valía hacerlo bien, porque había tenido que pagar diez dólares de suplemento para oírlo, y esperaba que los mereciera. Me sentía muy relajada esa noche, incluso dispuesta a bailar si se terciaba. Cualquiera pensaría que no me basta con mi trabajo, pero es que bailar me chifla de veras.

Recorrí la sala con la mirada en busca de mis amigas sin ningún resultado y no pude evitar reparar en el desangelado y pequeño escenario situado al final de la barra. Sentados a ella, un tipo y una chica parecían enfrascados en una tensa conversación. Ella, que aparentaba algo más de treinta años, vestía tejanos, camiseta blanca y zapatillas de deporte de lona blanca. Supe de inmediato que era enfermera. No me pregunten cómo puedo saber cosas así, sencillamente lo sé. Adivinar a qué se dedica la gente constituye otra de mis múltiples virtudes. Además tenía esa aura que poseen las enfermeras, o sea, de estar más interesadas por cuidar del estado del resto de los mortales que el suyo propio. En veinte minutos, con la ropa apropiada y un maquillaje bien aplicado, la habría convertido en un bombón. Pero no era ella quien

me intrigaba, sino él. No parecía lo bastante vanidoso para ser de Nueva York, pero tampoco era un «desenterrador de almejas» ni un «zapatonos». Lo que estaba claro era que sus palabras hacían llorar a la chica. Le vi enjugarle una lágrima con ternura (entonces estuve segura de que no era un neoyorquino) y colocarle un mechón de su cabello color miel detrás de la oreja. A continuación la joven dijo algo, y él sonrió y la besó en la punta de la nariz. Se percibía un gran afecto entre ambos, y era evidente que les unían vínculos muy especiales.

En ese instante me embargó un sentimiento de soledad insoportable. Cualquiera que fuera la relación que mantenían, estaba llena de amor y ternura; de pronto me deprimió no haber sentido nada semejante en la vida. Ese romanticismo conmovedor me es ajeno, por lo que me resultaba desconcertante. A pesar de ello no llegué al extremo de compadecerme de mí misma. No sé por qué razón empecé a pensar en qué ocurriría si muriera en un accidente aéreo de regreso a Los Ángeles. ¿Quién identificaría mi cadáver? Probablemente la única persona que podría hacerlo sería Peter, mi manicuro, que podría reconocerme por la «pedicura francesa» que últimamente me hace. Triste, ¿no es cierto?

Me alegré de que en ese momento se apagaran las luces, sumiendo la sala en la oscuridad y quitando de mi vista la escena amorosa que acababa de presenciar. Así pues, centré mi atención en el escenario y en el imponente y encantador Jim MaGuire. Debo reconocer que su música me cautivó de inmediato. Me dejé llevar por aquellos suaves acordes que delicadamente penetraban hasta algún recóndito lugar de mi corazón, largo tiempo olvidado, y me maravilló que alguien fuera capaz de hacer brotar tanta magia y belleza de un saxo. Sin duda, esa noche estaba sentimental.

Dejé el vaso vacío en la barra y permanecí con los ojos cerrados, impregnándome de la grandiosidad del momento. No me importaba que alguien me viera en semejante estado de ensimismamiento.

Alguien me vio.

Sin ni siquiera abrir los ojos, supe que el tipo a quien antes había visto con la chica estaba a mi lado, e incluso que sonreía. Me pareció que esa clarividencia tenía algo de sobrenatural, aunque sentí que no tenía de qué atemorizarme estando con él. Se trataba de una presencia que parecía traspasar mis párpados cerrados. ¿Y qué tenía eso de aterrador? Por un momento permanecí tranquila, sin interrumpir ese instante prodigioso ni preocuparme por lo que él pudiera hacer. Pero, un momento, quizá debería haberme asustado. Al fin y al cabo, ¿cómo sabía que alguien se había acercado a mí si tenía los ojos cerrados? ¿Y cómo sabía que era el mismo tipo que acababa de besar a aquella chica en la punta de la nariz? Ni idea. Tal vez fuera ese curioso don o sexto sentido que tengo. A menudo percibo cosas que los demás parecen no advertir. En todo caso, me preguntaba qué clase de tío tenía el valor de hacer llorar a su novia, largarse y luego plantarse ante otra mujer.

Decidí ignorarle y centrarme en la música. De vez en cuando le miraba de soslayo y siempre le sorprendía observándome detenidamente. Pero ¿de qué iba ese tío? De

hecho no me extraña que los hombres me miren, pero por lo general suelen ser algo más sutiles. Supuse que debía tratarse de un chiflado; estaba acostumbrada. Suelo atraer a esa clase de tipos. No entiendo qué ocurre conmigo: basta con que entre en un lugar abarrotado de gente, para que, si hay algún chalado, venga directamente hacia mí. No se debe sólo a mi aspecto, aunque ser alta, rubia e incondicional de la ropa ajustada no me ayuda a pasar inadvertida. Les atrae algo más misterioso que eso.

Creo que se trata de una energía o una especie de fuerza oculta que deben de captar en mí. Me consta que no proviene de mi corazón tierno y sensible, pues no lo tengo. Hace mucho que aprendí que sentir compasión por alguien, especialmente si se trata de un hombre, representa el inicio de una agonía. De manera que ni hablar, más valía que ese tipo se fuera desengañando. No iba a encontrar en mí un corazoncito cálido y acogedor.

Tuve una revelación sobre la naturaleza de este fenómeno una noche mientras veía *Los más buscados de América*. Los sábados por la noche sigo fielmente ese programa con el teléfono a mi lado. Observo atentamente los retratos de los sospechosos, dispuesta a reconocer en ellos a algún antiguo ligue, a fin de delatarlo. Por algún motivo intuyo que tarde o temprano alguno aparecerá ahí. Como decía, aquella noche la policía trataba de localizar a una persona desaparecida con perros adiestrados a los que hicieron oler una camisa de la mujer. A continuación los animales salieron corriendo, enloquecidos por el afán de capturar a la presa, hasta llevar a los agentes al lugar exacto donde yacía la víctima, enterrada en una fosa de escasa profundidad. En ese momento comprendí por qué los chalados se sienten siempre atraídos por mí. Al igual que esos perros de caza, deben de captar alguna clase de rastro particular, y saben exactamente hacia dónde dirigirse.

Nuevamente miré con disimulo al tipo que seguía a mi lado. De hecho daba la impresión de ser bastante inofensivo, pero ¿acaso no lo parecen siempre? Estaba enfrascado en la música, circunstancia que aproveché para darle un repaso.

No tenía mal tipo, teniendo en cuenta cómo está la oferta masculina, aunque no daba la impresión de haber pasado largas horas en el gimnasio para impresionar a las mujeres. Me gustan los hombres de brazos y hombros musculosos, pues eso refleja un interés por su cuerpo, el resultado de su esfuerzo por cuidarlo. Estoy convencida de que con la, de por sí natural, abundancia de masa muscular y la generosa provisión de testosterona de que disponen los hombres, tener un buen tipo, les supone un esfuerzo mucho menor que a las mujeres. Yo me sacrifico por mantener una silueta perfecta y no espero menos de ellos. La obesidad resulta mucho más imperdonable en un hombre que en una mujer.

Pero, ojo, no me malinterpretéis. Aquel tipo no estaba, ni mucho menos, gordo. Sencillamente saltaba a la vista que le importaba un comino convertir su cuerpo en una obra de arte o estar de buen ver, y eso era un defecto grave. Puede que mis antiguos novios acaben saliendo tarde o temprano en *Los más buscados de América*, pero no cabe duda de que estarán guapísimos en la tele.

Debía de medir más de un metro ochenta porque yo llevaba tacones y me pasaba. Bajé la vista para comprobar si llevaba esas botas de tacón achatado que suelen usar los bajitos para parecer más altos. Para nada. El tío llevaba zapatillas de deporte, unas Nike de un blanco inmaculado.

Acto seguido me dediqué a observar su atuendo, puesto que una mujer puede averiguar mucho sobre un hombre por la ropa que lleva. El aspecto desgastado de sus pantalones vaqueros era el preciso para conferirle un toque informal, sin llegar al extremo de dar la impresión de necesitar comprarse unos nuevos. Empezaba a caerme bien.

Tenía el vientre plano, y me fijé en el cinturón que ceñía su esbelta cintura. Parecía de piel de serpiente auténtica, aunque no podría asegurarlo. ¿De qué iba ese tío? ¿De *cowboy*? En cierto modo eso esperaba yo. Ese estilo de «rebelde con cara de niño malo» siempre me ha cautivado.

Posé la mirada en su camiseta blanca, que no conseguía ocultar unos hombros anchos y un pecho musculoso que, sin duda, eran un rasgo genético, pues estaba claro que no se dedicaba al culturismo. Lucía un perfecto bronceado, y como no tenía pinta de ser de los que toman el sol largas horas, supuse que era la clase de persona que pasa mucho tiempo al aire libre, un motorista, tal vez.

La temperatura en el exterior rondaría los 27 grados, a pesar de lo avanzado de la noche, y el tipo llevaba puesta una cazadora de cuero negro con las mangas subidas. No parecía molestarle el calor, sin embargo el detalle de las mangas me hizo dudar de sus preferencias sexuales. Ciertamente era una suposición un tanto aventurada, y la mayoría de las mujeres probablemente no hubiera reparado en ello, pero con mi perspicacia y mi amplia experiencia, estaba más que segura. En realidad eso no me preocupaba en exceso. No me interesaba en absoluto tener una relación con ese individuo. Simplemente me intrigaba.

Por último, me centré en su rostro. Por lo general, es lo primero que observo (después de haberme cerciorado de que tienen un cuerpo perfecto, claro), porque las caras me fascinan. El rostro era ancho, de facciones agradables, acordes con el resto del cuerpo. Tenía el cabello negro y sano, con un corte impecable que realizaba su masculinidad. Era sin duda un hombre seguro de sí, porque llevaba el cabello muy corto por delante, lo que dejaba al descubierto unas incipientes entradas y resaltaba su nariz que, aunque algo prominente, armonizaba con el conjunto de sus rasgos, dotándole de un irresistible atractivo viril. Unos mechones largos y traviosos le caían por detrás. Sus cejas, oscuras y espesas, enmarcaban unos cálidos ojos castaños que me sedujeron por completo. Tenía los pómulos altos (¡qué envidia!), y su perfil descendía hacia una boca casi hermosa. En sus mejillas aceitunadas comenzaba a asomar una barba hirsuta, lo que añadía aún más masculinidad a su delicada piel. Me pregunto cómo consiguen los hombres mantener ese estado de barba incipiente. Deben de entretenerse calculando con cuánta antelación han de afeitarse para obtener la longitud precisa alrededor de la medianoche. Como quiera que lo hagan, el tipo

que tenía delante se había convertido en un experto.

La música cesó, y volvieron a encenderse los focos, deslumbrando a la mayoría de la asistencia, pues nuestros ojos no habían dispuesto del tiempo necesario para adaptarse al repentino baño de luz. Sabía de sobras que una iluminación intensa y directa constituye el mayor enemigo de las mujeres que han superado la barrera de los veinticinco, y yo ya rebasaba en cuatro años este límite. No es que sea frívola, en absoluto, pero hay que tener en cuenta que en mi trabajo un aspecto juvenil y un buen cuerpo son imprescindibles. Intentaba no entornar los ojos porque, como todo el mundo sabe, eso contribuye a la formación de las odiosas patas de gallo. Observé que a mi hombre no le había molestado lo más mínimo la luz, pues no había pestañeado ni una sola vez. Permanecía junto a mí con esa mirada cálida y ese aire de paz. Era muy extraño.

Incluso más extraño que la irresistible atracción que sentía por él.

Por lo menos eso pensé al principio, cuando noté que el corazón se me ponía a cien, la tensión se me disparaba y tuve la sensación de que iba a estallar. Entonces, para mi consternación, caí en la cuenta de que aquellos no eran los síntomas de la atracción que experimentaba, sino de uno de mis espantosos e impredecibles ataques de pánico.

¡Oh, Dios, aquí no por favor! ¡Ahora no! Pero era consciente de que el ataque de ansiedad no atendería a razones.

La sala empezó a difuminarse, y el corazón se me aceleró como un perro de caza que acaba de oler el rastro de su presa. Me costaba respirar y sentí que se me formaba un nudo en la garganta. Paralizada por el miedo, sólo pensaba en tomar aire y escapar de aquel lugar.

Era consciente de que apenas disponía de un minuto, tal vez sólo unos segundos, para alcanzar mi bolso y coger el Valium que en ocasiones me ayudaba a detener esos ataques. Debía apresurarme, pues de lo contrario no estaría en condiciones ni de llevarme la píldora a la boca.

A pesar de que las manos me temblaban violentamente, conseguí encontrar el pequeño frasco en el fondo del bolso y echarme una píldora blanca en la palma de la mano.

La primera se deslizó entre mis trémulos dedos y fue a parar al suelo. Más desesperada que nunca, intenté sacar otra, pero esta vez las veinticuatro pastillas que quedaban en el frasco resbalaron entre mis dedos temblorosos para esparcirse en todas direcciones.

Vislumbré una que había aterrizado cerca de mi zapato y no sé cómo me las arreglé para cogerla. Incorporándome, intenté llevármela a la boca, pero cuando la tenía a unos milímetros de mis ávidos labios, una mano grande y cálida asió la mía y la cerró con suavidad.

—No lo hagas —me susurró una voz delicada y afable—, conozco un método mejor.

Alcé la vista y me topé con la cara del hombre al que, apenas unos minutos antes, tan atentamente había observado y analizado. Estaba sonriendo, y sus ojos reflejaban compasión.

—Tu ansiedad es tu amiga —añadió con amabilidad—, te ama y únicamente intenta protegerte.

Todavía paralizada por el pánico, fui incapaz de contestar, pero al parecer él no esperaba una respuesta. Siguió hablando para calmarme, con voz suave y tranquilizadora, mientras posaba tiernamente la otra mano sobre mi mejilla.

—No intentes combatirla —prosiguió con un tono reconfortante—. El terror no es tu enemigo. Tu cuerpo te ama, y nunca hará nada que te hiera. Acepta tu miedo, pues a través de él tu cuerpo trata de protegerte de algo que sospecha puede lastimarte. — Me acarició la mejilla con la suavidad de una pluma.

Sus palabras surtieron un maravilloso efecto en mí. Nunca antes había considerado esos ataques de pánico desde una óptica positiva, pero al escuchar a ese desconocido que me recomendaba aceptarlos en lugar de combatirlos, sentí que mi corazón empezaba a levantar el pie del acelerador. En unos segundos recuperé el aliento, mi respiración se apaciguó, y dejé de sentirme a punto de estallar. Recobré la visión, situándome frente a él, fijé la mirada en su maravilloso rostro.

Quería arrojarme a sus pies y agradecerle lo que había hecho. Deseaba explicarle cuánto me aterraban esos ataques, pero intuí que él ya lo sabía. Quería preguntarle quién era, cómo había aprendido a hacer eso y si podría aprenderlo yo. A pesar de que experimentaba una gratitud y una curiosidad desbordantes, de pronto me resultaba imposible verbalizar los interrogantes que me asediaban.

Apoyó un fino dedo sobre mi pulso y nos miramos fijamente.

—Ya ha pasado. —Sonrió—. Todo irá bien. —Señalando hacia el fondo de la sala, añadió—: Tus amigas están ahí, esperándote.

Ya recuperada, volví la vista y ahí estaban, haciéndome señas y encaminando sus pasos hacia mí. Me dejó estupefacta que ese desconocido conociera a mis amigas, y cuando quise interrogarle, había desaparecido.

Me miré la muñeca que él había tocado para tomarme el pulso y observé que algo centelleaba en ella, una especie de partícula brillante; me la sacudí de encima.

Sentí que un intenso hormigueo ascendía por mi brazo.

Permanecimos en el local hasta que cerró, bebiendo y riendo, chismorreando y adornando la historia de nuestras vidas. Como siempre, los tíos no pararon de tirarme los tejos, algo a lo que estoy acostumbrada. No les hacía el menor caso, con lo que por supuesto se ponían más pesados. Tengo la sensación de que no me interesan los hombres del mismo modo que a mis amigas. Porque ¿quién necesita un novio, teniendo a la AAA (Asociación de Amantes Anónimos)? Te ajustan el nivel de aire de las ruedas cuando está bajo, te proveen de gasolina si se te acaba, y nunca te echan en cara que seas estúpida. Si en el futuro organizan un servicio para sacar la basura, probablemente acabarán con la institución del matrimonio tal como la conocemos. Además, en casi todos los tíos con quienes he salido he encontrado al final algún defecto físico, y eso que, como ya he explicado, no me fijo en un hombre a menos que, como mínimo, sea perfecto.

A medida que avanzaba la velada, me sorprendí mirando hacia la puerta con la esperanza de que apareciera el misterioso individuo que había detenido mi ataque de pánico. Seguramente se había largado en una de las numerosas Harleys que había visto aparcadas en la entrada. En cualquier caso no podía quitármelo de la cabeza. Jamás nadie ha sido capaz de decirme lo apropiado cuando sufro un ataque. La forma en que me había hablado me había dejado pasmada, y ahora mi habitualmente gélido corazón se sentía lleno de gratitud por su ternura. Por descontado, no era tan tonta como para bajar la guardia por completo, sobre todo porque parecía cosa de fantasmas que supiera quiénes eran mis amigas. Aún resultó más extraordinario que, cuando les pregunté si lo habían visto junto a mí, no tuvieran la menor idea de quién les hablaba. Normalmente se percatan hasta del tío que mira por donde paso, esperando recoger las migajas, supongo. Me fastidió mucho que hubieran sido tan despistadas en esta ocasión, y al describírselo me miraron boquiabiertas. ¿Qué estaba pasando? ¿Quién era ese tipo?

Lo primero que se me ocurrió fue que debía de tratarse de uno de esos individuos que se dedican a acechar a las tías y tienen la habilidad de pasar inadvertidos entre la gente. Fuera lo que fuera, por lo que a mí respectaba, acababa de obrar un milagro, por lo que deseaba saber más acerca de él.

Observé a la chica que antes había visto hablar con él, la que tenía aspecto de enfermera y había llorado. Sus lágrimas se habían evaporado y ahora conversaba alegremente con Jim MaGuire, toda vez que había desaparecido su anterior acompañante. Unos minutos después, el desenvuelto músico la tomó de la mano y la condujo hacia la puerta que daba al aparcamiento, donde sin duda tenía su moto, posiblemente una Harley. No hace falta ser un adivino para suponer eso, puesto que este lugar atrae más moteros que una convención de veteranos de la guerra de Vietnam. La mujer aparecía completamente recuperada, y envidié su capacidad para olvidar al tipo que apenas una hora antes parecía partírle el corazón. ¿Por qué, en

cambio, era yo incapaz de olvidarle? Vete tú a saber.

Mis amigas habían ido a buscar su última consumición antes de que cerraran, pero yo decidí abstenerme. Me alojaba en casa de mis padres en Sea Bright, una pequeña urbanización junto a la playa, famosa por tres cosas: los bares de moda, las inundaciones a causa de las tormentas en invierno y los controles de alcoholemia de la policía de tráfico cada viernes y sábado por la noche durante el verano. Quería evitar a toda costa el examen desafiante e inquisitivo de los guardianes del orden, para lo cual inevitablemente me obligarían a entrar en su destellante guarida de leones.

Los focos, al encenderse de nuevo, nos deslumbraron y mostraron un aspecto de los presentes peor del que tenemos ante el espejo del probador de unos grandes almacenes. Esperé a que mis amigas acabaran sus bebidas observando a un guarda de seguridad que dirigía a la asistencia, como un pastor que guía a su rebaño, hacia la salida. De vez en cuando algún que otro borracho remoloneaba, pero el corpulento guarda le hacía volver sobre sus pasos y lo ponía en la calle.

Barbara, Maria, Crystal y yo salimos juntas. Permanecimos un buen rato en la zona del aparcamiento, charlando, a pesar del ruido que producían los coches al circular por el camino de grava y las motos que se perdían a todo gas en la oscuridad de la noche. Tras desearnos las buenas noches, tomamos diferentes direcciones hacia nuestros automóviles.

Subí al Ford descapotable alquilado y toqué el claxon al incorporarme a la caravana de vehículos que se forma a las dos de la madrugada en ese punto. Abrí la capota y aspiré el aire puro y sin humos. Ya sé que parece de locos, pero disfruto más del techo descapotable por la noche que por el día. Me encanta contemplar las estrellas y el cielo brillante del verano, y oler el fresco aroma del océano.

La noche era húmeda y sofocante, como a mí me gusta. En realidad, esas noches pegajosas de la Costa Este son una de las pocas cosas de Nueva Jersey que echo de menos. Los Ángeles tiene la reputación de ofrecer un clima perfecto y es, con creces, mucho mejor que Jersey en invierno, pero en la Costa Oeste nunca se alcanza en verano el grado de calor suficiente para mi gusto.

Puse la radio en la primera emisora que sintonicé una vez me hube alejado lo bastante de mis amigas, pues era consciente de que eso era lo último que se esperaría de alguien tan moderno como yo y debía cuidar mi imagen, especialmente viviendo en Los Ángeles; además, no quería decepcionarlas. Subí el volumen e improvisé un dúo con Whitney Houston que no sonaba nada mal. Empecé a pensar que, a mi regreso a Los Ángeles, tomaría lecciones de canto en una de esas escuelas de adultos que siempre veo anunciadas. A decir verdad, siempre he soñado con convertirme en una cantante de sala de fiestas, ¿por qué no en Las Vegas? Ya sé que no es una gran aspiración, pero me gusta entonar esos temas antiguos tan románticos y sentimentales. Juro que he nacido para ello.

En serio, intuyo que tengo verdadero talento en ese terreno. Algunos hombres me

han comentado que mi voz inspira imágenes seductoras cuando hablo por teléfono. No es que sea un gran cumplido, lo sé, pero a menudo me dicen que «soy resultona por teléfono», independientemente del tema de la conversación. Por otra parte también tengo buen oído para la música.

Whitney y yo nos desgañitábamos juntas en esa última nota tan alta cuando divisé las inconfundibles luces rojas de las patrullas de tráfico. Siempre instalan el puesto de control de alcoholemia ahí porque es el único trozo de la avenida del Océano que transcurre por una estrecha franja de terreno entre el río y el océano, y no hay espacio suficiente para realizar un cambio de sentido de forma discreta, y menos cuando se ha bebido más de la cuenta. Es una especie de ratonera. Claro está que si alguien es tan estúpido como para beber y conducir, lo más probable es que se merezca que lo atrapen de ese modo. En cualquier caso, para mí sólo representa un pequeño incordio porque nunca tomo más de una copa en una noche.

La circulación se había interrumpido mientras varios agentes, a cual más guapo, caminaban a lo largo de la hilera de vehículos y se detenían ante uno para apoyarse en la ventanilla del conductor y saludarle educadamente. Todo el mundo sabe por qué actúan de esa manera: para entablar conversación y así olerlos el aliento, estudiar las pupilas, ver cómo hablamos y determinar si hemos bebido. Naturalmente cualquiera que haya bebido, o sea cualquiera de los que pasan por ahí un viernes por la noche, reconoce haber tomado «un par de cervezas». Por lo visto deben de pensar que admitir eso les proporciona cierta credibilidad y que los polis no han oído ya la frasecita unos cincuenta millones de veces esa noche. Yo nunca digo esa estupidez.

—Buenas noches, señora. —Las palabras del agente surgieron de entre sus labios ocultos bajo el típico bigote machista que, por lo visto, debe llevar todo el personal masculino encargado del orden público—. ¿Ha tomado alguna copa esta noche?

—No, señor —contesté con firmeza y un ligero aire de fastidio al tiempo que le miraba directamente a los ojos. Esa es la clave; una pizca de fastidio y el contacto visual directo.

—Muy bien, señora —replicó, convencido de que no representaba un peligro para la sociedad—. Disculpe la molestia —añadió, entregándome un folleto con un gráfico que detallaba la cantidad de bebidas alcohólicas que podía ingerir en proporción a mi peso corporal sin acabar con los pies en la cárcel—. Esto es un control de alcoholemia para garantizar la seguridad de todos —explicó—. Que pase una feliz noche. —Sonrió, y casi esperé que se cuadrara para saludarme.

A continuación hizo una seña al agente de delante para que me dejara el paso libre, le correspondí con una sonrisa forzada y avancé despacio. Rebasé a dos policías más que me indicaron que siguiera y lentamente aumenté la velocidad hasta que las luces rojas destellantes se convirtieron en una imagen difusa en el espejo retrovisor.

Entonces sucedió algo divertido.

Me pareció ver a un hombre sobre una moto que me cerraba el paso. Supuse que era otro poli, puesto que acababa de dejar atrás el control y sin duda si a alguien se le

ocurría pararse en medio de la carretera los agentes deducirían que había algún problema; un conductor ebrio, por ejemplo.

Estaban pasándose de rosca. Creía haber demostrado a los policías del control que no había bebido. ¿Qué demonios querían ahora? Entorné los ojos cuando estuve lo bastante cerca de él para que alcanzara a ver mi exasperación y al mismo tiempo bajé la ventanilla.

—¿Y ahora, qué? —pregunté en voz bastante alta a pesar de la corta distancia que nos separaba.

—Un pelín defensiva esta noche, ¿verdad? —comentó, al tiempo que se bajaba de la moto y caminaba hacia mi coche. No atiné a discernir si sus palabras contenían cierta ironía o si sólo se trataba de una afirmación. En cualquier caso intuí que algo no iba bien. Su cara quedaba oculta por la sombra del casco de motorista. Un aterrador rayo de lucidez pasó por mi mente y reparé en que no llevaba uniforme ni ninguna clase de insignia, además, la moto que conducía era una Harley-Davidson. Por muy informales que se diga que son, estoy segura de que los polis de Nueva Jersey no van en Harleys, al menos no cuando están de servicio. De pronto, sirenas de alarma irrumpieron en mi cerebro, barreras de paso a nivel interrumpieron el curso de mis pensamientos y se encendieron las luces rojas que indicaban: «¡Peligro! ¡Peligro! ¡Peligro!» Comprendí que se trataba de un impostor y de inmediato disimulé mi miedo. Claro que no cuesta nada mostrarse valiente si sabes que hay una docena de agentes a un tiro de piedra.

Había algo en él que me resultaba familiar. ¿Era, quizá, un antiguo novio? ¿O tal vez uno de mis eternos pretendientes que se había enterado de que estaba en la ciudad esa semana? ¿Quién era ese tipo? Cada vez estaba más convencida de que lo conocía, pero no lograba identificarlo. Entonces lo reconocí. Era el desconocido que había detenido mi ataque de ansiedad, el tipo a quien había estado buscando, deseosa de que volviera. Ahí estaba, en carne y hueso, con la mirada fija en mí, y transmitiéndome de nuevo serenidad con su sonrisa afable. Pero ¿qué estaba haciendo ahí, en medio de la carretera y en plena noche?

Vivir en la Costa Oeste los últimos años no me había cambiado demasiado. Enseguida adopté la actitud distante y mordaz típica de los habitantes de la Costa Este, a pesar de que el tipo me atraía mucho.

—¿Puedo ayudarle en algo? —inquirí, mascando chicle a propósito, con la intención de mostrarme impertinente y descarada.

—No soy yo quien necesita ayuda —replicó esbozando una leve sonrisa.

—¡Ah! Usted perdone —repliqué con retintín, pues su observación me había desconcertado.

—Me llamo Joe —añadió conciliador, tendiendo la mano derecha hacia la ventanilla para estrechar la mía, como se hace en las presentaciones formales. Durante ese intervalo se las había arreglado para no invadir mi espacio, lo que me sorprendió. Soy muy sensible a esos detalles, tal vez por mi trabajo. En realidad soy

muy instintiva y siempre me guío por la intuición. Puede que la Madre Naturaleza se quedara corta con las mujeres al dotarnos de resistencia física y fuerza muscular, pero enmendó el entuerto proporcionándonos dos armas secretas: la inteligencia y la intuición. Por alguna razón desconocida, mi intuición me impelía a confiar en ese hombre, aunque nunca había confiado en ninguno.

—Sigue tu intuición —dijo con dulzura—; puedes confiar en mí.

Quedé anonadada. ¿Por qué había dicho eso? Era imposible que me hubiera leído el pensamiento.

Por supuesto no doy por sentado que la inteligencia sea un atributo exclusivo de las mujeres, pero todavía no conozco a ningún hombre que haya alcanzado un estadio de evolución semejante. Por lo general ni siquiera son capaces de entendernos ni aun usando el lenguaje de los signos, interpretar los cuadros de horarios de vuelos o un mensaje por megafonía.

—Heather, intenta relajarte —musitó con una sonrisa cálida—. No voy a hacerte daño.

—¿Que me relaje? —repliqué—. ¿Que me relaje? Oye, pero ¿cómo sabes mi nombre? —De inmediato comprendí que estaba actuando como una estúpida.

—No debes de tenerme miedo —susurró—. Te aseguro que nunca te haré daño. Estoy aquí porque es aquí donde está escrito que tú y yo debemos hallarnos en este preciso momento. Nuestro encuentro es perfecto, no fruto de la casualidad. Todo sucede como debe suceder. ¿Lo entiendes?

—Pero ¿de qué puñetas estás hablando? —espeté impaciente, sin haber hecho el más mínimo intento por comprender sus palabras.

—Tal vez juego con ventaja —observó a modo de excusa—, pero créeme, Heather, no tienes nada que temer.

No soportaba que pronunciara mi nombre. Sentía escalofríos cada vez que lo oía de sus labios.

—De acuerdo, si, como afirmas, estás donde está escrito que debes estar, ¿por qué no estás en un bar de moteros, atiborrándote de *gin-tonics* en lugar de interrumpir el tráfico aquí, delante de una docena de polis? —exclamé con la esperanza de evitar una sesuda conversación acerca de su teoría del «encuentro perfecto».

Desvió la vista hacia las luces rojas intermitentes y los atareados policías.

—No hay de qué preocuparse —aseguró con tono quejumbroso—; no pueden verme.

—A menos que yo grite —amenacé.

—Pero tú no vas a gritar —replicó convencido.

—¿Quién eres? —capitulé, y me extrañó el tono de súplica que percibí en mi pregunta.

Sólo obtuve una sonrisa infantil por respuesta.

—Voy a chillar —le advertí, esperando alguna reacción por su parte.

—Como prefieras —murmuró indiferente.

En realidad no sentía deseos de gritar. Ya había tenido bastante con los polis y empezaba a persuadirme de que ese sujeto, el tal Joe, no suponía ningún peligro para mí, aunque no sabría decir por qué.

—¿Qué significa eso de que no pueden verte? —inquirí al recordar, de pronto sus palabras, que en su momento me habían sonado tan naturales.

—Porque únicamente se dedican a buscar lo que hay de malo en la gente —contestó impasible, y al instante añadió—: Es lógico, se limitan a hacer su trabajo. Ya entiendes a qué me refiero; atrapan a los tipos malos y los llevan ante la justicia. —Bajó la vista y, con cierta tristeza, agregó—: Si es así como lo llamáis.

—No has respondido a mi pregunta —insistí—. ¿Por qué no pueden veros ni a ti ni a tu aparatosa Harley plantada en medio de la carretera?

Se produjo un silencio, lo que me permitió reflexionar sobre lo que había dicho.

—Bueno, si, como dices, los polis sólo se preocupan de buscar el lado malo de la gente —pensé en voz alta—, y quieres hacerme creer que no pueden verte, debo deducir que eres una especie de superhombre de comportamiento intachable. ¿Es eso lo que quieres decir? —Mi comentario encerraba una gran dosis de ironía, pero él se lo tomó muy en serio.

—Algo así —asintió meditabundo—, aunque no estoy muy de acuerdo con lo de «superhombre». Cada uno es como es, y con esto debería bastar. Nadie necesita ser un «superalgo» —explicó con una sonrisa paternal, echando un vistazo por encima de mi hombro hacia la patrulla; luego volvió a mirarme—. El caso es que si sólo te preocupa encontrar lo malo de la gente, posiblemente sólo veas eso. Por esa razón los polis acaban quemados tan jóvenes.

—¿No hablarás en serio? —exclamé, incrédula. Pero ¿quién era ese tío?

—No quiero abrumarte revelándote quién soy, Heather. —Su voz sonó protectora. No obstante, la ligera sonrisa que esbozó al pronunciar estas palabras me dejó aún más intrigada que su tono.

Por unos instantes permanecimos en silencio, cada uno enfrascado en sus reflexiones. De pronto su rostro se iluminó y me propuso que hiciéramos una prueba. ¿Dónde había oído eso antes?

—No temas, no es nada raro —aseguró con un destello de entusiasmo en sus ojos castaño oscuro.

Y antes de que pudiera plantear cualquier objeción, me pidió que, de la siguiente docena de vehículos que pasara, contara aquellos con matrícula de Nueva York. Tratándose, como se trataba, de una zona de destino de veraneantes, frecuentada además por neoyorquinos los viernes por la noche, le seguí el juego. Curiosamente sólo encontré tres matrículas y me pregunté si los *bennies* habrían descubierto un nuevo refugio; desde luego, no iba a echarlos de menos.

—Tres. —Anuncié triunfal—. Tres neoyorquinos, ¿cuál es el premio?

—Todavía no hemos terminado. ¿Cuántas matrículas de Pensilvania has visto?

—¿Qué? —exclamé sorprendida—. ¡No vale! No me has pedido que contara las

de Pensilvania. Únicamente las de Nueva York —protesté.

—Ya lo sé. Pero ahora te pregunto cuántos coches con matrícula de Pensilvania han pasado.

Lo observé pasmada.

—¡Y yo qué sé! —repliqué armándome de paciencia—. ¿Cómo voy a saberlo si no prestaba atención a los vehículos de Pensilvania? Pero ¿adonde quieres ir a parar?

—A veces, cuando se busca algo desesperadamente, lo único que se alcanza a ver es eso —afirmó mirándome a los ojos y transmitiéndome una especie de energía intensa—. Y entonces te pierdes el resto de cosas que suceden alrededor —concluyó.

Permanecí en silencio, intentando asimilar la trascendencia de lo que acababa de experimentar.

—Por esa razón a esos policías les resulta imposible verme —aclaró condescendiente—. No es a mí a quien buscan. En realidad, muchos de ellos ni siquiera creen en mi existencia.

Empezaba a sentir escalofríos. Me azotó la idea de quién podía ser ese personaje, y esa sospecha resultaba muy aterradora para alguien que, como yo, nunca había creído que existiera. Me resistía incluso a considerar tal posibilidad, por mucho que lo tuviera ante mis narices.

—Suéltalo ya de una vez —exigí—. ¿Quién eres?

Permaneció largo rato contemplándome mientras las nubes de la madrugada se desvanecían, como si se retiraran para permitir que una luna pálida y difusa inundara con su fascinante resplandor la playa desierta.

—Vale más que aparques ahí —indicó, señalando una zona al pie de la playa—. Es una historia muy larga de contar.

Avancé hacia el espacio sumido en la oscuridad y apagué los faros.

Joe aparcó la moto detrás de mi Ford descapotable alquilado, y bajó ágilmente al tiempo que se quitaba el casco con un gesto rápido y experto.

Caminó hasta mi coche y se detuvo ante la portezuela del copiloto. Me gustó que no diera por sentado que estaba invitado a subir al vehículo. Yo no llegué a verbalizar ese sentimiento, sin embargo él hizo un comentario a la observación que yo no había expresado.

—Nunca voy a donde no me llaman —bromeó.

Sonreí levemente a modo de invitación. Lo cierto es que no sabía qué pensar de él. Una parte de mí sabía, sin el menor atisbo de duda, quién era, pero era incapaz de aceptarlo. Sólo pensarlo me causaba tal horror que temí sufrir otro ataque de pánico.

—Lo siento —masculló—, no pretendo hacerte pasar un mal rato. —Sacó una mano del bolsillo de los tejanos para tendérmela—. Ten —agregó—, toma mi mano.

Permanecí inmóvil, contemplando su hermosa mano como si en ella sostuviese una bomba.

—Vamos —suplicó. Algo inexplicablemente bello y sincero brotaba de sus ojos oscuros—. Hará que te sientas mejor, te lo aseguro.

Muda de asombro, noté que mi mano izquierda se movía por sí sola y se deslizaba sobre la palma amplia y acogedora. Él vaciló por un instante antes de enlazar con sus finos dedos mi mano tensa y crispada. El contacto fue como penetrar en un santuario, un refugio seguro y cálido; sentí que una nube de serenidad me envolvía, introduciéndose por la punta de los dedos y extendiéndose por el brazo; mi corazón palpitante se sosegó y mi cerebro enloquecido recobró la calma.

—¿Quién eres? —susurré por tercera vez. Ya estaba harta de aquel juego de acertijos. Necesitaba que fuera al grano y me dijese de una vez por todas quién era.

Cubrió nuestros dedos entrelazados con la otra mano y me embargó una paz tan inmensa que creí morir.

—Soy el barco insignia. —Sus palabras sonaron tranquilizadoras en la noche—. Soy el engranaje en el cual tú eres una pieza esencial, soy la fina cadenilla de oro del universo de la cual tú eres un eslabón valioso e imprescindible.

Ningún hombre me había dicho jamás nada tan poético. Me quedé perpleja. Quería gritar y reír al mismo tiempo. Quería cantar y bailar, fundirme en él. Quería ser él. «¡Un momento! ¡No te embales!», me reprendí.

—¿Qué quieres decir? —acerté a preguntar—. No estarás insinuando que... en fin. ¿Qué quieres decir? —repetí.

—Estás en lo cierto, Heather —murmuró—. Soy quien estás pensando.

—¿Quién? —exigí desafiante con tono de incredulidad a pesar de que en el fondo ya conocía la respuesta. Estaba demasiado asustada para admitirlo.

Guardó silencio largo rato.

—Di algo —me invitó, al fin, amable—, de lo contrario te resultará aún más difícil.

—¡Dios mío! —alcancé a exclamar.

—Bien, vas muy bien —me animó.

—Para nada —repliqué, resistiéndome todavía, temiendo hacer el ridículo—, para nada. ¿Nunca has oído hablar de los delirios de grandeza? —pregunté con el sarcasmo típico de los de la Costa Este—. Tengo entendido que incluso ya hay pastillas que curan ese mal. Basta con que vayas a ver a un psiquiatra. Créeme —añadí—, te hará muy bien.

—Heather, por favor —dijo con dulzura.

—En serio, no estoy bromeando —insistí—. Se ha progresado mucho en ese campo, de veras. —Pero no colaba. No se tragaba mi rollo; ni yo misma me lo tragaba.

—Heather —repitió, y su voz fluyó ligera como la brisa matutina.

—¡Cielos! ¿Qué? —exclamé, temerosa de mis pensamientos. Llegado el caso, era capaz de plantar cara a un atracador, o posiblemente conseguir convencer a un borracho de que me dejara en paz, pero, ¿al mismísimo Dios? ¿Cómo se enfrenta uno a eso? Nunca me habían preparado para esa experiencia.

—No requiere preparación alguna —afirmó sonriéndome con amabilidad.

—Esto... ¿por qué yo? —inquirí—. ¿Qué podrías querer de mí? No soy nadie importante.

—Si no lo fueras no estarías aquí —susurró.

Siempre he sido una firme partidaria de jugar con las cartas sobre la mesa, más aún si llevo las de perder. En mi vida han podido tacharme de muchas cosas, pero nunca de ser de las que se andan con rodeos. Me siento orgullosa de ir directamente al grano, y en este caso no pensaba hacer una excepción.

—Mira, es que... no sé cómo llamarte —balbucí, atónita, incapaz de hallar otra excusa.

—Llámame Joe —dijo pacientemente.

—Sí, de acuerdo, Joe —repetí en un intento por recuperar la calma—, no creo que sea la persona más adecuada para lo que quiera que tengas en la mente. Tal vez si el caballero se dignara ilustrar a su dama...

—¿Se dignara? —preguntó.

—Exacto... ¡Vaya!, es usted susceptible.

Rio con mi ocurrencia.

—Sinceramente, si fuera susceptible, a estas alturas ya habría muerto varios millones de veces —argumentó—. El caso es que ha llegado la hora de que pongamos orden en tu vida, Heather. He venido para ayudarte a solucionar los problemas que te hacen sufrir. Intenta creerme.

—Bueno, pues si realmente eres Dios —dije con tono desafiante—, ¿por qué no te me has aparecido bajo el aspecto de una mujer? De ese modo me habría resultado

mucho más fácil creerte desde el principio.

—Soy una mujer —replicó con seriedad.

—Sí, claro, y yo soy E.T. —me mofé.

—No, de verdad —insistió—, soy una mujer, pero también soy un hombre, si así lo prefieres.

—¿Qué? —exclamé frunciendo el entrecejo.

—Puedo ser cualquiera de las dos cosas. Los que creen que soy un hombre no tienen más razón que los que creen que soy una mujer. En realidad se trata de las dos caras de una misma moneda. Yo soy el Todo, por lo que soy hombre y mujer al mismo tiempo. ¿Lo entiendes?

—No —respondí sincera.

—Ya lo entenderás —prosiguió con calma—. En cualquier caso, tú me percibirás con la apariencia de hombre, porque eso es lo que tú me transmites. Por lo general ante las personas adopto la forma en que sé que están dispuestas a aceptarme, pero en el fondo, no soy ni lo uno ni lo otro.

—Si es así ¿por qué no nos das un capricho a las mujeres y te apareces con falda por una vez en la vida? —repliqué.

—Eso pondría en duda nuestra credibilidad.

Me costaba asimilar que estaba hablando con el Todopoderoso en persona, de ahí mi actitud irreverente.

Pareció reflexionar sobre este punto.

—Supongo que llevar pantalones resulta más eficaz —concluyó. Abrí la boca para protestar, pero antes de que pudiera pronunciar una palabra esbozó una sonrisa y añadió—: Iluminar al mundo es una ardua tarea y, tal como están las cosas, la gente tiende a mostrarse más dispuesta a escuchar a los hombres. No digo que sea justo, pero tengo una misión que cumplir y es normal que me permita el máximo de facilidades. ¿No estás de acuerdo?

—No, en absoluto —repliqué—. En mi opinión, la mayoría de facilidades se las has concedido a los hombres —proseguí al tiempo que apoyaba la mano en la cadera en un gesto de suma indignación—. Y a nosotras ¿cuándo nos llegará el turno?

—¿El turno? —preguntó divertido, enarcando las cejas y sonriendo—. ¿Vuestro turno para qué?

—Nuestro turno para disponer de ventajas en la vida, ya sabes: poder, dinero, libertad; privilegios como estos de que los hombres disfrutáis desde el principio de los tiempos.

—Entiendo —repuso, desplazando la mirada hacia la playa rutilante bajo la luz de la luna y el lento oleaje de la bajamar. Permaneció en silencio largo rato, y empecé a oler la victoria. Concluí que si hubiera tenido una buena explicación para justificar que las mujeres hayan sido tratadas a lo largo de la historia como ciudadanos de segunda clase, ya la habría dado. Naturalmente, mi convicción de triunfo resultó precipitada.

Se sentó sobre el asfalto, al lado de mi coche, cogió una concha rota y la examinó con expresión ausente bajo la tenue luz de las farolas distantes.

—Lo planteas como si hombres y mujeres fueran dos equipos enfrentados. —Su voz sonó teñida de cansancio, o tristeza quizá.

—¡Por supuesto que lo somos! —repliqué de inmediato. Sin embargo, por alguna razón, su tono apesadumbrado me enterneció—. Mira, tengo una teoría sobre esa cuestión. ¿Quieres oírla? —propuse conciliadora.

Levantó la vista hacia mí; la profundidad de sus ojos me engulló, sumergiéndome en un mar de afecto, y durante unos instantes contemplé hipnotizada la magnificencia de su rostro. ¿Cómo había tardado tanto en reparar en su hermosura? ¿Y por qué ante ese hombre se materializaba, de repente, el sentido de la verdad suprema?

—Deseo oír todo cuanto quieras contarme, Heather —me susurró cálidamente—, cada uno de los pensamientos que flotan en tu conciencia, cada uno de tus sueños, cada uno de los deseos que anhela tu corazón. Dime, Heather, dime qué piensas.

Sus palabras surtieron el efecto contrario al pretendido, pues el amor que destilaban me dejó por un momento sin habla. No recordaba que nadie hubiera mostrado tanto interés por oírme. Si soy sincera, más bien al contrario. A lo largo de toda mi vida he tenido que aguantar el sermón de que hablo demasiado, de que no debería ser tan deslenguada, de que tendría que aprender a medir mis palabras. En cambio ese hombre estaba realmente interesado, deseaba saber qué estaba pensando... y yo había enmudecido.

—*Parlare* —susurró con la intención de animarme.

—Eso es italiano —dije al tiempo que me preguntaba por qué utilizaba otro idioma para incitarme a hablar—. Sé qué significa —añadí con un punto de orgullo.

—Por descontado que lo sabes. —Sonrió—. Y sabes incluso mucho más de lo que crees. Háblame, Heather —repitió, esta vez en nuestra lengua—, explícame tu teoría.

—Pues bien, verás, creo que las mujeres fuimos hombres en una vida anterior.

—¡Ah! —exclamó, ladeando la cabeza a la espera de que continuase.

—En efecto —proseguí—, por eso aguantamos a los hombres. Es lo mismo que ocurre con los niños; toda persona adulta ha sido un niño y por eso se muestra comprensiva y tolerante con sus hijos, porque recuerda qué sentía en la infancia.

Asintió una y otra vez con la cabeza como si estuviera asimilando mis palabras.

—Así pues, como decía, sospecho que todas las mujeres fuimos hombres en una vida anterior y evolucionamos a un género más maduro llamado «femenino». Por esa razón las mujeres tenemos la paciencia (bien, no todas) y el empeño de enseñar a los hombres a ser civilizados como nosotras. Claro está que esto no siempre funciona, pero igual que los adultos son un modelo para los niños, nosotras tenemos la responsabilidad de practicar con el ejemplo.

—Entiendo —dijo con un gesto de asentimiento—. Veo que has meditado mucho sobre el tema.

No sé qué debió de pasarme por la cabeza en ese momento, pero de pronto me entraron ganas de caminar por la playa a la luz de la luna. ¿Quién lo hubiera dicho? Yo, la más urbanita de las personas que conozco; yo, la insensible «señorita Rottenmeyer» de los noventa, deseaba andar descalza por la fría y húmeda arena, cogida de la mano de un hombre que me había hablado en italiano y en el lenguaje universal del corazón; un hombre que sabía que tenía sueños y que me había animado a contárselos.

Joe se incorporó en el mismo momento en que yo abría la portezuela del coche y me tendió la mano en un gesto que me invitaba a apearme. Ignoro cómo había adivinado lo que estaba pensando, pero daba igual. Un pesado fardo que había soportado sobre los hombros durante años, como la figura del albatros con las alas extendidas que llevaba providencialmente colgada del cuello, y que de pronto se había evaporado. Me sentí ágil, lo que resulta una proeza teniendo en cuenta que mido un metro setenta y siete descalza y que tengo bastante más masa muscular que la mayoría de las mujeres.

—¿Por qué me siento tan ligera? —pregunté asombrada mientras él quitaba la llave del contacto y cerraba la portezuela después de que yo hubiera bajado.

—El miedo te ha abandonado —concluyó, terminante.

—¿Miedo? ¿Qué miedo? —pregunté, escudándome todavía en la necesidad de mostrarme dura aprovechando el cinismo que caracteriza a los habitantes de la Costa Este.

Joe se limitó a darme un apretón en la mano que me tenía cogida. Sus dedos rodeaban los míos, y me sentí frágil y pequeña a su lado. Era una sensación increíble, diferente, diría yo, porque ningún tipo me ha hecho nunca sentir pequeña, siendo como soy más alta que la media de los hombres y con mejor figura probablemente. Me resultaba divertido, casi me complacía.

—Ya te acostumbrarás —dijo con una sonrisa. Me condujo hacia la franja de bloques de piedra que bordea la orilla de la playa para evitar que esta se erosione durante las severas tormentas del invierno de Jersey.

Esa noche cometí la idiotez de no ponerme las lentillas, por lo que apenas distinguía dónde pisaba en la oscura y pedregosa playa; por otro lado era demasiado presumida para usar las gafas. Preferiría partirme la crisma a permitir que un hombre me viera con las gafas puestas.

Oí a Joe reír y comprendí que había leído mis pensamientos. Descubrí que era capaz de reírme de mí misma, algo también nuevo para mí. De algún modo intuí que se trataba de un hombre capaz de hablar el lenguaje de cualquier persona, que conocía los secretos más profundos y mejor guardados de cada uno de nosotros, y que nada de lo que hiciera o dijese podría sorprenderle o decepcionarle. Con todo, también yo tenía mi amor propio y no estaba dispuesta a mirarle a través de los cristales de culo de botella de mis gafas de concha.

Por suerte, se encaramaba con pie firme a esas rocas enormes, como los asnos que

los turistas alquilan para visitar las entrañas del Gran Cañón.

—¿Has estado en el Gran Cañón? —preguntó divertido.

—Una vez —contesté, demasiado ocupada en mantener el equilibrio entre las rocas resbaladizas para advertir que de nuevo me había adivinado el pensamiento.

Alcanzó la playa, y a continuación me rodeó galantemente por la cintura con las manos y me alzó para depositarme con suavidad a su lado sobre la arena.

—Estupendo —dijo, tomándome de la mano otra vez—. Muy poca gente ha visitado ese lugar a pesar de que se trata de uno de esos parajes que he creado a propósito para que todos me tengan presente. —Hizo una larga pausa y preguntó—: ¿Te gustó?

—Pse, no está mal —contesté con indiferencia.

—¿Sólo «pse»? —Su voz delató decepción—. Pensé que te habría impresionado —añadió algo dolido.

—¡Oh, no te ofendas! —exclamé—. En realidad me gustó. Es un lugar muy bello, de veras —reconocí.

—No tan bello como tú —declaró con una sonrisa de admiración—. El espíritu humano es la más bella de mis creaciones —agregó alzando la vista hacia el cielo repleto de estrellas—, aunque casi todos están descontentos de su apariencia física.

Esta afirmación me desconcertó por un instante, pero enseguida me repuse y contraataqué con una de mis típicas salidas:

—Menos mal que sé que no lo dices por mí. Cuido mucho de mi cuerpo y estoy orgullosa de conservarlo así —aseguré con suficiencia.

—Precisamente lo decía por eso —repuso sin dejar lugar a una posible réplica. Permaneció en silencio unos instantes mirándome fijamente a los ojos, se quitó la chupa de cuero negro de motero y la arrojó tan lejos como pudo sobre la fría arena. A continuación su desgarbada figura se dirigió hacia el lugar donde había caído, se sentó extendiendo la chaqueta junto a él y me indicó con señas que me sentara sobre ella en la arena—. He creado vuestro cuerpo con todas sus complejidades y mecanismos de defensa para que nunca tuvierais que preocuparos de él. Quería que dedicarais vuestro tiempo a pensar en cosas más importantes, como por ejemplo aprender a ser amables con vuestros semejantes y evolucionar hasta alcanzar vuestro potencial máximo. —Su mirada se dulcificó, y a continuación añadió—: El cuerpo no es más que un recipiente para contener el espíritu. Lo que define a las personas es la esencia espiritual, no el cuerpo.

—Sí, claro, pero ¿acaso hay algo más importante que el cuerpo? —pregunté desafiante—. ¿Qué más tengo, aparte de mi cuerpo? —«A ver cómo sale de esta», pensé.

—En serio, Heather —dijo con tristeza—, pensaba que la gente, especialmente las mujeres, habíais abandonado esa concepción de la belleza.

—¡Hey!, tengo noticias frescas, colega —contraataqué—. Por si no te has enterado, no somos las mujeres las que definimos el concepto de belleza en este

mundo.

Contempló silencioso la oscuridad del océano. Por un instante me planteé que tal vez mi empeño por tener un cuerpo perfecto y no esperar menos de los hombres era un poco superficial.

—¿Cuánto hace que vives en el sur de California? —preguntó con amabilidad y sincero interés.

—Cinco años.

—¿Y por qué fuiste a parar allí? —inquirió curioso—. ¿Qué andabas buscando?

Medité antes de contestar. Por algún motivo, consideré importante responder con sinceridad. Sabía que mis palabras desvelarían algo sobre mí en lo que nunca antes me había parado a reflexionar. Intuía que estaba a punto de hacerse la luz en algún rincón oscuro y recóndito de mi alma, y lo que allí pudiera encontrar me producía temor. ¿Y si topaba con los sentimientos que siempre me niego a analizar? De repente una imagen acudió a mi mente, y de inmediato supe cómo explicar por qué había hecho las maletas cinco años atrás y puesto rumbo al oeste.

—Bien, sucedió más o menos así —empecé mi relato—. Hace cinco años alguien tuvo la brillante idea de instalar un circuito de minigolf aquí, en la playa. Querían que resultara exótico y atractivo, por lo que importaron palmeras de Sudamérica y las plantaron alrededor del circuito.

Volvió su dulce rostro hacia mí, interesado por la historia.

—Pues bien, el verano estaba en pleno apogeo, todos los *bennies*, los «zapatones» y el resto de los veraneantes pensaron que tener palmeras en la famosa costa de Jersey era el no va más. De pronto esto se llenó de domingueros.

—¿Y después? —murmuró.

—El invierno llegó mostrando su cara más desagradable y, por supuesto, las palmeras murieron con la primera helada. ¿Acaso no sospecharon que ocurriría algo así? ¿Realmente eran tan estúpidos como para creer que las palmeras resistirían un invierno de la Costa Este?

—Bien, ¿y eso qué tiene que ver con tu decisión de trasladarte a la Costa Oeste? —preguntó sin el menor asomo de impaciencia en la voz.

—Yo solía hacer *footing* en esta zona, de modo que cada mañana veía esas pobres palmeras moribundas, y al cabo de un tiempo empecé a darme cuenta de que me parecía mucho a ellas.

Enarcó las cejas, en silencio.

—Comprendí que yo también estaba muriéndome —proseguí—, de tan atrapada como me sentía. Por aquellas fechas trabajaba de camarera en el restaurante Vinnie's Diner al final de esta carretera y tenía la impresión de que me consumía en aquel chiringuito. Por expresarlo de alguna manera, comprendí que estaba en el lugar equivocado, que nunca podría florecer entre el frío polar, el ritmo trepidante y la insolidaridad de los habitantes de la Costa Este.

—Así pues, obedeciste los anhelos de tu corazón y te marchaste a donde pensabas

que encontrarías más amabilidad y libertad —concluyó.

—Exacto —asentí, asombrada de su capacidad de deducción.

Permaneció callado cinco minutos y luego, en un gesto protector, deslizó su brazo que empezaba a resultarme familiar, por mis hombros.

—Tus intenciones eran tan puras... —afirmó como si pensara en voz alta.

—¿Qué quieres decir con «eran»? —le desafié, dispuesta a enzarzarme en otra discusión si así lo quería.

—Nada —respondió con una sonrisa—. California es el lugar donde he encontrado una actitud más positiva entre la gente. Sin embargo, muchos de ellos han llegado demasiado lejos en su afán por conseguir un cuerpo perfecto. Empezaron como tú, con la mejor de las intenciones, deseosos de gozar de la vida, pero en algún lugar del camino perdieron la pista del disfrute y empezaron a juzgar a las personas por el grado de admiración que despertaba su aspecto.

No había nada que objetar. Acababa de dejarme fuera de juego.

Joe advirtió mi desconcierto e intentó animarme:

—Las personas rebeldes son mis preferidas, Heather.

—¿Me consideras una rebelde?

—Intento no poner etiquetas, pues son peligrosas —sentenció—. Pero estoy convencido de que en el fondo te consideras una inconformista y estás orgullosa de ello. Has pasado mucho tiempo indignándote por las injusticias que has sufrido y tratando de escapar de ellas, y no hay nada reprochable en ello. —Hizo una breve pausa para medir el alcance de sus palabras y añadió comprensivo—: El caso es que has estado huyendo en la dirección equivocada.

Estaba resuelta a no hablar de mi pasado, mi miserable infancia y el sufrimiento que me había causado. Sencillamente no estaba preparada para hurgar en aquellos recuerdos, de modo que opté por guardar silencio. Al fin y al cabo, agua pasada no mueve molino.

Lanzó un suspiro y bajó la vista, se incorporó tendiéndome la mano amplia para atraerme hacia sí con ternura y, a pesar del calor estival, sentí que se me erizaba la piel. Una sonrisa comprensiva se formó en sus labios mientras recogía su cazadora de cuero negra de la arena y se la echaba sobre los hombros.

—Sospecho que tenemos muchas cosas de que hablar —dijo con tono reconfortante—. Espero que no te importe que interrumpamos ahora nuestra conversación y volvamos a vernos otro día para reanudarla.

—Como quieras —repuse, sorprendida por la decepción que experimenté al comprender que daba por concluido nuestro encuentro; por supuesto, me abstuve de mostrar mis sentimientos—. Por cierto, antes de que nos separemos, dime qué hay de malo en ser inconformista —pedí.

Sus ojos adquirieron una expresión risueña y sus palabras sonaron dulces como la miel:

—Nada —contestó con la suavidad de un beso—. Los inconformistas son los

buscadores de la verdad del universo. Quienes no se sienten oprimidos no se rebelan. Por eso reservo los retos más difíciles para las personas que, me consta, poseen la valentía de poner en duda el *statu quo* y que, llegado el caso, hacen que los demás vean las cosas de otra manera. Por fortuna, son las personas que ayudan a que el mundo cambie, a poder ser de forma pacífica.

—¿Significa eso que apruebas mi manera de ser? —pregunté, pues me costaba creer que alguien, en particular un tipo tan espiritual como él, valorara a alguien como yo—. ¿No censuras mi estilo de vida? Bueno, ya sabes, por hacer, ejem... *striptease*?

Me dedicó una sonrisa cariñosa y me asió por la barbilla de modo que no tuviera más opción que percibir la bondad de sus profundos ojos castaños.

—Mi querida y encantadora Heather —susurró—, no tienes idea de cuánto te quiero.

Tras aquel encuentro, el resto de las vacaciones transcurrió sin sobresaltos. En fin, ¿hay algo que pueda compararse con la compañía de que disfruté aquella noche en la playa? Ni siquiera recuerdo cómo llegué a casa; supongo que mi cerebro se limitó a poner el piloto automático y, a decir verdad, desde entonces me encuentro en una especie de trance. Si ese tipo era realmente quien decía ser, obviamente no tenía ningún interés en juzgar mis acciones. Y no hace falta que diga lo que eso representaba para mí. De hecho, él mismo había reconocido que se precisa mucho valor para plantearse ciertas cuestiones. Incluso me había llamado «buscadora de la verdad», lo que había despertado en mí un sentimiento de satisfacción personal que ni siquiera el culturismo me había proporcionado jamás.

En cierto modo, sentía pena de él por el sambenito que le habían colgado. Me refiero a que la mayoría de la gente imagina a Dios como un ser estrecho de miras, un justiciero que se complace en imponer su visión de la justicia. Pero si cualquiera de los que piensan así tuviera la ocasión de pasar una hora con él, en la playa y a la luz de la luna, como yo, comprobaría que no hay nada más alejado de la realidad. Por lo visto, se ha ofrecido una falsa imagen de él, y sin duda yo podía dar fe de ello.

En el último día de mis vacaciones, lo único que me afligía era no haber vuelto a encontrarme con él antes de marcharme. Di una vuelta por los sitios donde habíamos estado juntos, pero fue como si hubiera desaparecido de la faz de la tierra. Me contenté pensando en que me había invitado a continuar la conversación en el futuro, pero aquel día debía tomar el avión hacia Los Ángeles a las dos de la tarde sin falta, por lo que no albergaba muchas esperanzas.

Siempre he preferido el esfuerzo físico a la gimnasia mental. Antes movería una montaña que resolver un problema cotidiano. Mi idea del infierno es tener la obligación de pensar en todo, y no se trata de que sea idiota o algo parecido, sino que supongo que mis padres y los maestros de la escuela tal vez estaban en lo cierto al afirmar que era una «perezosa mental». En cambio Joe había convertido el hecho de discurrir en una actividad fácil y curiosamente divertida, lo que me resultaba fascinante. Tan sólo me arrepentía de no haber hablado más de mi futuro, de no haberle comentado mi proyecto de ser cantante en las salas de fiesta de Las Vegas. Me habría gustado conocer su opinión al respecto.

Nada de todo eso importaba ya. Mis vacaciones habían llegado a su fin y yo debía regresar a Los Ángeles. Convencida de que nunca volvería a verle, decidí darme por satisfecha con haber tenido la suerte de pasar ese rato con él. ¿Cuánta gente podría decir lo mismo? De hecho no tenía la intención de comentarlo con nadie. Como ya he dicho, no soy idiota.

Devolví el Lord descapotable alquilado en el aeropuerto de Newark y me dirigí hacia la puerta de embarque para tomar el vuelo directo a Los Ángeles. No me apetecía demasiado trabajar en el club esa noche, pero sí resultaría agradable estar de

vuelta en el refugio familiar de mi adosado. Si Nick, el dueño del Pink Pussycat, y Anthony, el chismoso de su hijo, siempre habían pensado que era una persona de carácter, después de esas vacaciones podían ir preparándose. Ahora poseía algo más que un físico despampanante. Dios o «Joe» o quienquiera que fuera había asegurado que me quería, ¿y qué puede proporcionar más poder que eso?

Fui a facturar mi equipaje y creí reconocer al mismo empleado que me había atendido a mi llegada. Resultaba difícil afirmarlo con rotundidad puesto que mantenía la cabeza gacha.

—¿Seguro que lo tiene todo, señora? —masculló al cargar mis maletas en un carro.

Estaba ocupada buscando unas monedas y le respondí distraída:

—Sí, ¿por qué?

—Recuerdo estas maletas —afirmó—. No suelen verse demasiadas de color rosa salmón. Me da la impresión de que traía más cuando llegó aquí. ¿Está segura de que no ha olvidado ningún bulto por ahí?

—Sí, estoy segura —repetí, un poco molesta porque de pronto ese empleado parecía dispuesto a suplantar a mi madre. Sin duda alguna sólo pretendía obtener una buena propina.

Me daba la espalda mientras hablaba, pero su voz me resultaba muy familiar.

—¿Ves cómo eres? —bromeó—. Siempre una inconformista.

—¡Joe! —exclamé con los ojos como platos, esperando que se volviera.

—Lo cierto es que has dejado atrás algún bulto. —Rio abiertamente, volviendo el rostro hacia mí para dirigirme la aterciopelada mirada de sus grandes ojos castaños—. Quizá no era rosa salmón, pero estoy seguro de que te sientes mucho más ligera sin él.

Me quedé pasmada.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has podido...? ¿Fuiste tú quien me atendió cuando llegué aquí?

Siguió riendo, divertido con mi desconcierto.

—No pensarías que iba a dejarte marchar sin despedirme, ¿verdad?

—¡Ven conmigo! —le pedí impulsiva. Empezaba a persuadirme de que ese hombre era capaz de cualquier cosa.

—Tengo la firme intención de acompañarte —aseguró muy serio—. Intenta perderme de vista, y te darás cuenta de que es imposible.

—Bueno, pues más vale que te apresures si hemos de comprar tu billete —sugerí como una estúpida—. Mi vuelo sale en unos minutos.

—No es así como funciona esto —afirmó, poniéndome las manos sobre los hombros—. Uno de los privilegios de que disfruto es que no tengo que sentarme en un estrecho asiento como si fuera una sardina en lata durante más de cuatro horas —dijo divertido. Se llevó el dedo índice a los labios, depositó un beso en la punta y lo posó con delicadeza sobre los míos...—. Te veré cuando llegues, en la salida,

señorita soñadora de California. —Sonrió—. ¡Buen viaje!

Acto seguido dio media vuelta y se perdió entre la presurosa multitud del caótico aeropuerto. Permanecí largo rato con los dedos sobre los labios, donde había posado su beso, hipnotizada tanto por su caricia como por el halo de serenidad que desprendía a su paso. Cuando al final retiré los dedos de mis labios comprobé que en uno de ellos brillaba algo.

Sólo cuando una mujer que, acompañada de una criatura, se dirigía a toda prisa hacia su puerta de embarque me pasó el cochecito del niño por encima del pie recordé que yo también tenía que tomar un avión. Aferrando el bolso de mano, llegué a la puerta de embarque justo antes de que el avión despegara.

Una vez sentada en un asiento al lado de la ventanilla, me dediqué a reflexionar sobre cuánto me había sucedido durante las vacaciones. Como era de esperar, se habían producido las disputas y monsergas que, desde que recuerdo, siempre han caracterizado a mi familia. Todos están convencidos de que me gano la vida como maquilladora de famosos, y no pienso desengañarlos. Naturalmente, mientras estuve en casa discutimos, nos criticamos y acusamos mutuamente de toda clase de bajezas y afrentas, como en los viejos tiempos. Viejos tiempos de miserias. Sin embargo, con el paso de los años he aprendido algunas tácticas de supervivencia y ahora me protejo con una armadura invisible que impide que todo eso me venza. Cuando, gracias a Dios, llega el final de mi visita, corremos un tupido velo sobre nuestras diferencias, nos damos un beso de despedida e intentamos actuar como la gente normal hasta mi próxima visita, cuando vuelve a iniciarse el ciclo. He llegado a un punto en que ya ni me causa desconcierto.

En cambio, lo que sí me desconcertaba de esas vacaciones era mi encuentro con el mismísimo Dios. Y aunque al principio me había mostrado escéptica al respecto, en ese momento estaba ya totalmente convencida de que era él, y eso me resultaba muy gracioso. De ser yo Dios, creo que sería la última persona de la Tierra a quien acudiría.

Dejé de creer en Dios cuando cursaba segundo de primaria en la escuela católica de Nuestra Señora de los Dolores. Recuerdo que las monjas nos obligaban a ir a misa cada día durante la Cuaresma y teníamos que adoptar actitud de recogimiento mientras rezábamos y nos arrepentíamos de nuestros pecados.

Indefectiblemente, se me agotaban enseguida los pecados de que arrepentirme, por mucho que sor Mary Margaret asegurara que eso era imposible. Así pues, me limitaba a permanecer sentada contemplando los murales de las paredes y el techo, muerta de miedo por las imágenes que ofrecían, lo que supongo era mejor que aburrirme hasta morir de arrepentimiento. Aquellas pinturas resultaban horripilantes para una niña de seis años.

Se trataba de una serie de escenas que mostraban a numerosas personas ardiendo en el infierno como castigo a sus pecados. En apariencia estaban desnudas, aunque sólo se les veían los brazos, que emergían del fuego del averno, y las caras

agonizantes suplicando piedad mientras las llamas lamían sus cuerpos chamuscados. En ocasiones, si aguzaba el oído, hubiera jurado que hasta las oía gritar. Durante años esas imágenes me persiguieron y, aún hoy, aparecen en mis sueños de vez en cuando. Por eso no es de extrañar que a los seis años llegara a la convicción de que Dios no existía, y de que un grupo de personas perversas había pintado los muros de la iglesia con el fin de atemorizar a los niños pequeños para que se portaran bien. Por lo visto, ese sistema no siempre resulta eficaz.

Y ahora Dios se me había aparecido para pasear conmigo por la playa e instruirme pacientemente sobre algunas de las cosas que sor Mary Margaret había intentado en vano inculcarme. Lo más fuerte es que de pronto no sólo creía en Dios después de tantos años, sino que además comenzaba a enamorarme de él, lo que con toda probabilidad me costaría alguna penitencia. Tan sólo esperaba no acabar representada en los murales de alguna iglesia.

Gracias a las tres horas de diferencia aterricé en Los Ángeles al caer la tarde. Avancé por el caótico aeropuerto para recoger el equipaje, mientras leía ausente los carteles con nombres escritos en rotulador negro que mostraban los chóferes de las limusinas. Siempre he pensado que si un día decido tener un hijo, esa sería una buena manera de escoger su nombre, puesto que se exhibe una gran variedad.

Me detuve ante la cinta transportadora número tres, atenta a la hilera de maletas que desfilaba entre la multitud de viajeros fatigados. Me fijé en una que parecía haber sufrido un golpe y que realizó unas tres veces el recorrido sin que nadie la recogiera, hasta el punto de que me inspiró cierta compasión. De ese modo me había sentido yo innumerables veces, como una maleta abandonada que no deja de dar vueltas y vueltas, con la esperanza de que alguien la rescate de su interminable trayecto circular.

Alejando de mí ese pensamiento deprimente, divisé mis dos maletas rosas y las cargué en el carrito alquilado que tenía a mi lado. Cuando lo empujaba hacia el aparcamiento reparé en uno de esos carteles y me percaté de que en él aparecía mi nombre. Parpadeé y volví a mirar; sin duda rezaba «Heather Hurley».

Reconocí las largas y hermosas manos que sostenían el cartel antes de observar los tejanos, la camiseta y las zapatillas de deporte que ya me resultaban familiares. Ni siquiera necesitaba ver su rostro para reconocerlo porque cada milímetro de su persona era indiscutiblemente «Joe». Se hallaba ante mí, en medio del aeropuerto de Los Ángeles, sonriendo de oreja a oreja al advertir la sorpresa que me había causado.

—Espero que no pretendas atar mi equipaje en la Harley —bromeé, intentando contener mi desbordante alegría.

—No me gusta llamar la atención. Pensaba que iríamos en tu coche —prosiguió, arrojando a una papelería cercana la pancarta con mi nombre escrito—. He hecho esto para asegurarme de que nos encontraríamos.

En un desacostumbrado gesto de afecto, afirmé:

—Bueno, yo sí te he encontrado a ti, en cierto modo.

Sonriendo, me rodeó con su fuerte brazo al tiempo que con la otra mano empujaba el carrito.

—Sé que tienes que trabajar esta noche —observó sin el menor asomo de reproche, contrariamente a lo que yo esperaba—, pero he decidido acompañarte hasta tu casa, si no te importa.

¿Si no me importa? ¿Si no me importa? ¿Acaso no había notado cuánto me había emocionado volver a verlo? Le lancé una sonrisa y por el aire de satisfacción que exhibía su rostro deduje que lo sabía de sobras.

Cuando llegamos al coche, Joe me cogió las llaves y, tras cargar con destreza mi equipaje en el maletero, me abrió la portezuela del pasajero.

—¿Te parece bien que conduzca yo? —preguntó.

Me parecía más que bien. De ordinario no habría consentido que un hombre entrara de buenas a primeras en mi coche o en mi vida, pero con Joe se me antojaba lo más natural del mundo. Lo cierto era que en ningún momento tuve la sensación de que se entrometía o invadía mi intimidad. Nunca antes me había sentido tan a gusto con un hombre, y me agradaba sentirme así.

Charlamos y reímos durante todo el camino, y cuando entramos en el garaje subterráneo de mi casa no reparé en que no me apetecía en absoluto trabajar esa noche.

—Supongo que todo lo bueno llega a su fin —susurré con tristeza al bajar del automóvil y ver la Harley de Joe aparcada en el espacio reservado a los visitantes.

—No siempre es así —observó Joe con desenfado mientras descargaba el equipaje del maletero—. Todo lo bueno está aquí, en este mismo instante, a la espera de «acontecer», a la espera de que tú lo encuentres.

Enmudecí hasta que el timbre del ascensor me devolvió el habla.

—Sí, claro, lo bueno tendrá que esperar hasta que salga del trabajo esta noche —repliqué, pesimista—. No creo que encuentre muchos instantes maravillosos allí.

—Ya sabes que eres tú quien ha de elegir, Heather —sentenció.

—Bueno, no empecemos otra vez —repuse a la defensiva—. Si no trabajo, no como. Así de sencillo. Y no estoy de humor para hablar de eso ahora —añadí, quitándole las maletas y colocándolas en el ascensor.

Sonrió cariñoso y mantuvo la puerta abierta con su amplia y delicada mano.

—¿Cuándo estarás dispuesta a hablar de ello? —preguntó.

—Nunca —espeté.

—¿Qué te parece mañana? —sugirió con amabilidad—. Podríamos ir a la playa en mi Harley. La playa es un buen lugar para las conversaciones importantes, ¿no crees?

—Lo que creo —contesté impaciente— es que voy a llegar tarde al trabajo si no subo ahora mismo y deshago el equipaje.

—Tienes razón —reconoció—. Vas a llegar tarde para algo que odias, y no querías hacerlo, ¿verdad?

Analicé la frase intentando detectar un deje de crítica o impaciencia en su voz, pero fue en vano. Se había limitado a decir la verdad. La verdad que no quería oír en ese preciso momento.

—Mira, no tengo tiempo de discutir —repuse—. Ya nos veremos, ¿de acuerdo?

Su sonrisa se iluminó, y me miró comprensivo.

—Te recogeré a las doce del mediodía —anunció con un guiño—, y lleva el bañador. —Se acomodó sobre la moto y percibí cierto entusiasmo en su voz cuando exclamó por encima del hombro—: ¡El mar nos espera, muñeca!

Tan pronto como entré en el aparcamiento y franqueé la puerta posterior tuve la sensación de no haber abandonado nunca ese antro. Supongo que siempre es un palo regresar al trabajo, pero esta vez me resultaba aún más duro que de costumbre, sobre todo porque me negaba a admitir que una simple semana de diversión veraniega en la costa de Jersey hubiese bastado para abrir una pequeña brecha en mi ánimo. Esto no significa que deseara volver a mi anterior estilo de vida, de empleo sin porvenir como camarera del Vinnie's Diner y de salidas con el hatajo de perdedores reciclados de siempre. Sin embargo, durante la semana anterior no me había preocupado en absoluto de gustar a nadie más que a mí misma, y me deprimía saber que eso había acabado. Lo único que me ayudaba a soportar mi regreso era la certidumbre de que Joe se hallaba ahí, y cada rato que pasaba junto a él era como otras minivacaciones.

Era consciente de que, en cuanto pisara el escenario esa noche, tendría que reanudar el proceso de disociar la mente del cuerpo y consagrarme por entero a la tarea de entretener al público. En realidad no me molesta tener que vestirme con ropa sexy y exhibir mi cuerpo sobre un escenario mientras a los tíos se les cae la baba mirándome. Las normas de la casa establecen que tienen derecho a mirar tanto como quieran, pero les está prohibido tocar, lo que en cierto modo resulta una situación ideal. De esta manera únicamente mi ego sale algo salpicado, y eso no me importa demasiado, aunque algunas noches no estoy dispuesta a consentir la más mínima rozadura a mi ego. Sería bonito contar con una alternativa, pues por mucho que Joe hubiera afirmado que la elección estaba en mis manos, me temo que ignora por completo lo que cuesta sobrevivir en este planeta.

Pero no me malinterpretéis. Considero que nos pagan muy bien por exhibirnos medio desnudas en ese ambiente brumoso, de luz tenue y bien protegido, por no mencionar las propinas que suelen embutirnos en las ligas de las medias. Claro está que algunas reciben mejores propinas que otras, en función de lo buenas que estemos y de lo provocativas que resulten las fantasías que les vendemos. No me gusta alardear de nada, pero todos saben que una noche saqué lo suficiente para abonar un mes de la hipoteca y una letra del coche.

Además, si los clientes quieren una actuación «especial» han de soltar doce talegos extra. Entonces bajo del escenario (o el «escaparate» como lo llamamos las de la profesión) y ejecuto un número lento y sensual sobre su mesa para que me vean de cerca y contemplen la perfección de mi cuerpo. No todas las chicas pueden exigir tanto, pero como soy la más solicitada, Nick, el propietario, dice que eso va bien para el negocio. Además, comparte el extra conmigo.

Conseguir que los hombres se creen una fantasía es la clave de mi profesión. Aun así, siempre me asombra la cantidad de clientes que, siendo inteligentes, hombres de negocios boyantes en el mundo real, se dejan llevar por ese camino de rosas cuando empezamos a estimular su fantasía desde el escenario. Debemos dar gracias a Dios

por la testosterona. Y si a eso se le suma el alcohol, el resultado es fácilmente imaginable... y rentable.

Así pues, ya estaba de vuelta, en el camerino del club, la primera noche después de las vacaciones, tratando de elegir un atuendo que consiguiera levantarme el ánimo. Incapaz de decidirme, opté por maquillarme primero bajo la insoportable luz de los focos que enmarcaban los espejos de nuestro cutre y minúsculo vestuario. Sólo un sádico podía haber concebido una iluminación como esa, probablemente el mismo tipo que diseñó la de los probadores de la mayoría de grandes almacenes.

Así pues, examiné y corregí con el maquillaje cada pequeña irregularidad de mi rostro con la esperanza de que mi aspecto final me inspirase para una actuación creativa y seductora. De hecho, mi personaje de Heather Harley siempre es el más aplaudido. Funciona muy bien con los tipos ricachones, conservadores de pacotilla. Debe de ser cierto eso que se dice de que la libertad absoluta de conducir a toda velocidad en una buena carretera despierta el lado salvaje e indómito que hay en ellos y que ansían dominar.

Revolví en el cajón donde guardo los complementos hasta encontrar lo que buscaba. Cogí un pendiente alargado que representa las alas plateadas del logotipo de Harley-Davidson y me lo coloqué en la oreja izquierda; en la otra llevaba una sencilla circonita cúbica. Me puse una larga peluca negra tras recogerme el cabello con un broche en forma de hoja de cuchillo plateada, cuidando de dejar que unos mechones cayeran provocativos por la nuca. Perfecto.

Regresé al armario y por fin escogí un modelito que debo reconocer resultaba atrevido. Empecé por ponerme un tanga de piel y cadenas, elementos sobre los cuales construí el conjunto. A continuación me enfundé un liguero negro de piel y encaje y unas medias con costuras. Cubrí mis sinuosas caderas con una minifalda ceñida de piel negra y me calcé un par de zapatos de tacón de aguja de diez centímetros con tiras en los tobillos unidas por unas pequeñas alas plateadas de Harley-Davidson. ¡Vaya si estaba sexy!

Examiné mi aspecto en el espejo de cuerpo entero y tuve que admitir que había recorrido un largo camino desde mis tiempos de alumna en una escuela católica. Pensar en aquellos años de represión, tanto en el colegio como en casa, me produjo escalofríos. Me crié entre el alcohol y la locura de mi familia y el terror que me producía un hatajo de monjas perturbadas, lo que, cuando menos, convirtió mi infancia en una pesadilla. ¿Es de extrañar, pues, que no tuviera grandes aspiraciones en la vida? Como máximo, llegué a ambicionar casarme y tener hijos. Lo más curioso era que cuando pensaba en cómo le había ido a mi madre, no alcanzaba a entender por qué pretendía encauzar a sus hijas hacia las mismas desgracias.

Recordé un día de mi infeliz niñez, cuando rondaba los siete años. Tras salir de la escuela entré dando brincos en casa por la puerta trasera y exclamé: «Hola, mamá, ya estoy en casa.» De inmediato me hicieron callar porque mi padre estaba durmiendo. «Durmiéndola» sería más apropiado, pero por aquel entonces ya había descubierto

que no se podía llamar a las cosas por su nombre. En cambio mi hermano Danny no se mordía la lengua cuando mi padre regresaba a casa de madrugada, tambaleándose, vomitando en las paredes y despertando a toda la familia. Por lo general se limitaba a insultar, a gritar a nuestra madre, lanzándole improperios terribles que yo me guardaba mucho de repetir. En algunas ocasiones, en las peores noches, encendía todas las luces y nos sacaba de la cama para que le saludáramos puesto que él era «el rey del castillo».

Pronto aprendí que era mejor seguirle la corriente que desafiarle como a menudo hacía mi hermano mayor, Danny. Una noche contemplé horrorizada como mi hermano y mi padre se las tenían mientras mi madre se agazapaba en un rincón con mi hermana, chillando y suplicándoles que pararan.

Por lo que a mí respecta, nunca recibí la ira de mi padre, probablemente porque era la más pequeña, de modo que no tenía necesidad de esconderme como los demás. Y no es que no le temiera, sino que mi odio podía más que mi miedo. Por muy asustada que estuviera, nunca me permití llorar en su presencia. Danny aseguró en cierta ocasión que quien consiente que alguien le haga llorar puede acabar convertido en su esclavo, y yo no deseaba ser la esclava del corpulento y apestoso hombre que me aterraba por las noches.

Representaba un misterio para mí que jamás se comentara nada de lo ocurrido a la mañana siguiente, durante el desayuno. Nadie se atrevía a sacar el tema. Mi madre se apresuraba a recordarnos que todos los hogares tenían sus problemas y sus secretos, y que no por eso había que hablar de ellos, y mucho menos contárselos a alguien ajeno a la familia. Afirmaba que lo mejor era hacer ver que no había sucedido nada, sobre todo cuando mi padre se levantaba resacoso e irritable al día siguiente.

Me asombraba nuestro empeño por ignorar el terror de la noche anterior; ahora comprendo que ese era el único modo de que pudiéramos soportarlo. Tal vez conseguí, como los demás, hacer caso omiso de aquellas broncas, pero nunca las olvidé y ni siquiera intenté convencerme de que no habían ocurrido.

Recuerdo que a veces me moría de sueño en la escuela después de haber pasado la noche en vela presenciando una de esas violentas escenas. Sor Mary Margaret me obligaba a permanecer de pie al fondo de la clase todo el día a fin de evitar que me durmiera y luego me mandaba a casa con una nota, que mi madre debía firmar, para informar de que yo era indisciplinada y que, como castigo, debería prohibirme mirar la tele.

Eso sucedió el año en que Danny estudiaba en el instituto y mi madre no dejaba de rellenar solicitudes para que le admitieran en la universidad. Cuando le pregunté por qué no se encargaba él de eso, contestó que si se lo pedía lo haría de cualquier manera ya que no le interesaba en absoluto.

Naturalmente, le pregunté por qué tenía Danny que matricularse si no quería, y respondió que los chicos deben ir a la universidad porque han de ocuparse de «mantener a la familia»; no lo entendí. Fuera lo que fuera, le planteé si un día yo

también podría ir a la universidad, y, sonriendo, mi madre afirmó que las muchachas sólo deben preocuparse por estar guapas y casarse con un joven que haya ido a la universidad. Habría seguido conversando con ella de no haber oído a mi padre salir del dormitorio arremetiendo contra todo y quejándose porque la cena aún no estaba lista.

Sabía muy bien el jaleo que se armaría acto seguido y también conocía la manera de ahorrármelo. Así pues, corrí a mi habitación, me eché en la cama cubriéndome la cabeza con la almohada y comencé a entonar mis canciones favoritas lo más fuerte que pude para ahogar los insultos, las acusaciones y las palabras desagradables. Tal vez nunca estudiaría en la universidad, pero decidí que nunca sería la esclava, la esposa, o como se quiera llamarlo, de un hombre. Jamás en la vida.

Y ahora estaba ensimismada ante el espejo del vestidor de un local de *striptease*. Ya era una mujer adulta y no tenía que rendir cuentas a nadie, tal como había determinado. De acuerdo, tal vez hacer *striptease* no es la profesión más respetable del mundo, pero para mí representaba una considerable mejora respecto al mundo de donde vengo. Quién sabía si un día me iría mejor, pero de momento era mi propio jefe.

El curso de mis pensamientos fue interrumpido por Anthony, quien se supone actúa de presentador y que siempre entra en los camerinos sin avisar para comprobar el aspecto de las bailarinas antes de salir a escena. Permaneció en el umbral y soltó un largo silbido al verme.

—No me vengas con piropos, Anthony —espeté secamente, enfadada por su irrupción—. Ser hijo del dueño sólo te da derecho a mirar sin tener que pagar —continué, evitando su mirada devoradora y volviéndome hacia el espejo para echar una última ojeada a mi aspecto—. Di a los chicos que Heather Harley está de nuevo en la ciudad —añadí mientras cogía una cazadora negra de piel del perchero y se la pasaba por delante de la cara.

Al cabo de unos minutos oí sonar *Leader of the Pack*, la música que anunciaba mi actuación, y a Anthony presentar mi número. Salí contoneándome al escenario e intenté divertirme examinando al público masculino tan detenidamente como ellos me observaban a mí.

Como de costumbre, la iluminación era, en el mejor de los casos, tenebrosa, y la música sonaba demasiado alta para inspirarme cualquier clase de expresión artística. Por enésima vez tendría que fingirla. Alcé un brazo para apoyar la mano en el falso techo, lo que a las bailarinas nos permite pasear de forma seductora por el «escaparate» sin perder el equilibrio. Di unos pasos por la pasarela sin enseñar nada, echando sólo unas migas para despertar la imaginación a los tíos. Carly Simón tiene razón; sólo se trata de insinuar. Observé el patetismo y la avidez en sus rostros mientras regresaba al punto de partida, donde empezaría a desnudarme lentamente, prolongando el tormento.

En el instante en que arrojaba la cazadora de piel a una mesa cercana y empezaba

a desabrocharme la minifalda por un lado, reparé en una cara nueva en la sala llena de habituales. Estaba sentado solo en un rincón, ante una mesa con varios vasos vacíos, y por un instante me inspiró cierta compasión, no sé bien por qué. ¿Qué me ocurría últimamente? Quizá se debía a que parecía fuera de lugar en ese local, pues tenía un aspecto demasiado cuidado, demasiado respetable.

La compasión desapareció enseguida al verle tomar otro lingotazo, y me vino a la memoria el dolor que los hombres alcohólicos me habían causado. No, gracias. De modo que me concentré en mi actuación, ejecutando algunos de mis mejores movimientos, incluido el descarado «golpe de cadera», al tiempo que me quitaba los guantes negros de piel que me había enfundado justo antes de salir a escena. No sé si fue porque antes había rememorado todos esos recuerdos de infancia, pero el caso es que tuve la impresión de estar realizando uno de mis mejores trabajos artísticos.

Acabé mi número con más pasión de la que había sentido en años, y he de decir que mis ligas estaban tan repletas de billetes que me sentía incómoda. En cierta manera, resultaba un tanto embarazoso que mis admiradores vieran la cantidad de dinero que estaba ganando simplemente por venderles una fantasía, y consideré que debía saludar y apresurarme a esconder las ganancias en algún lugar seguro tras el escenario antes de timarles a todos con otro asalto.

Así lo hice. Sonreí, mostrando una dentadura perfectamente empastada de dos mil dólares, e hice un guiño fingiendo el grado de intimidad necesario para que cada uno de los presentes pudiera creer que iba dirigido a él. Aprendí este truco de una corista vieja y triste que vino una noche y me comentó que pasaba de los hombres y que las mujeres eran mucho más dignas de amistad y amor. Tuve que darle la razón intelectualmente, aunque sabía que en el aspecto carnal nunca dejaría de considerar a los hombres como el único sexo que me provoca cierta atracción.

Cuando acabé con las reverencias me esfumé para contar el fajo de billetes. Y eso estaba haciendo, sentada ante mi tocador, cuando Anthony dio unos golpecitos e irrumpió en mi camerino, como de costumbre, sin esperar a que lo invitara a entrar.

—Si alguna vez te preguntas por qué las mujeres no te encuentran atractivo —espeté sin levantar la vista de mi botín—, piensa que tal vez es porque tienes los modales de un orangután en celo.

—¡Has estado fenomenal, Heather! —exclamó Anthony, ignorando por completo mi insulto—. Ahí fuera hay, por lo menos, un millón de tíos esperando tu próximo número. ¡Vamos a arrasar, nena!

Oír a Anthony llamarme «nena» bastaba para hacerme vomitar la miserable cena que había tomado, pero era consciente de que necesitaba las calorías para resistir la siguiente actuación. Nunca he logrado digerir que, mientras yo realizaba todo el trabajo, Anthony y su padre, sin mover un dedo, ganaran tanto dinero como yo. ¿Cómo es posible que los hombres hayan encontrado el modo de sacar provecho de algo que sólo una mujer guapa puede ofrecer? ¡Que alguien me lo explique!

—A propósito —observó Anthony despreocupadamente—, hay un tipo que me ha

pagado doce talegos por visitarte en el camerino; te aviso para que no te sorprendas cuando venga.

—Lárgate de aquí, Anthony —gruñí—. ¿Quién te ha dado permiso para vender mi tiempo? Más vale que me entregues esos doce, ¿te enteras?

Dicho esto, aparté la silla ruidosamente al tiempo que me levantaba, empujé a Anthony fuera del camerino y con gesto teatral eché la llave de la vieja quincalla que teníamos por cerrojo. Había empezado a retocarme el maquillaje cuando oí el inconfundible y molesto ruido de los nudillos de Anthony al golpear de nuevo. Dejé escapar un profundo suspiro, me pregunté qué querría esta vez y avancé hacia la puerta en plan amenazador.

—¡Como vuelvas a interrumpirme, te arreo dos bofetadas! —exclamé enfurecida al tiempo que abría la puerta de par en par. De pronto me topé con una camiseta de color negro algo descolorido. De inmediato mi vista ascendió en busca de la cabeza, recorriendo cada detalle en el camino hacia un rostro que me era familiar y querido.

—Joe —musité con voz quebrada—, ¿qué haces aquí? —añadí, intentando recuperarme de la sorpresa.

—¿Me voy? —inquirió sonriente al advertir mi repentina timidez—. No sé por qué te avergüenza que te vea aquí —prosiguió—. Al fin y al cabo es tu trabajo.

Tenía razón, claro, pero por algún motivo me sentí muy incómoda, algo nada frecuente en mí. En fin, por supuesto que no me avergüenzo de mi profesión, pero habría preferido que Joe no me viera en esas circunstancias. En cierto modo, me sentía casi como una pecadora vestida de aquella manera.

—¿Sabes?, tenemos que hablar en serio sobre el tema del pecado —afirmó con tono tranquilizador—. No me culpes por todo ese rollo que alguien escribió en el catecismo —aclaró tras una risita divertida.

Su risa tenía una cadencia musical que me recordó las notas más profundas del xilófono de mi infancia. Por extraño que parezca, la música machacona de la orquesta y el estrépito de los platos en la cocina quedaron apagados por el sonido melódico y apacible de su risa. Todo pareció discurrir a cámara lenta cuando contemplé la sonrisa en sus labios y sus risueños ojos; por un momento quedé prendada de su encanto. Esos ojos castaños me envolvían en una dulce calidez, como el sol en un atardecer estival, y una vez más fundían la helada tundra de mi corazón.

—Me gusta que disfrutes de tu sensualidad, Heather —reconoció con franqueza—. No debe inquietarte que yo te vea exhibirla.

—¿No? —pregunté un tanto sorprendida.

—Claro que no —concedió sonriendo—. Te la di para que la disfrutaras. Es mi regalo.

Supuse que habría un «pero», y no me equivocaba.

—Pero tu sensualidad —prosiguió— es sólo uno de los dones de que dispones. Me gustaría que también desarrollaras los otros. Estoy seguro de que te harán disfrutar.

—Debo reconocer que tengo bastantes habilidades —admití—, pero esta es la mejor pagada.

—No sospechas las grandes cosas que puedes hacer —afirmó sonriendo de nuevo—. ¿Qué te parece si salimos un rato? Podemos dar una vuelta, si te apetece —propuso, cambiando repentinamente de tema—. He venido en la Harley, y creo que ya estás preparada para subir a ella —agregó, refiriéndose a mi traje de chica Harley.

—Sí, claro —respondí, saliendo de mi arrobamiento—. Es una buena idea. Espera un momento a que me refresque y avise a Anthony que no volveré para la siguiente actuación. —Aún intentaba recomponerme frente al sobrenatural encanto de Joe, y el mejor método que conocía para regresar al presente consistía en concentrarme en los detalles—. Además, él y su padre ya han ganado una fortuna gracias a mí esta noche —añadí.

En sus labios se dibujó una sonrisa misteriosa cuyo significado no acerté a entender.

—Nos vemos en el aparcamiento —dijo girando sobre sus talones para desaparecer por la puerta.

A la mañana siguiente dormí hasta tarde. Soñé que una etérea y misteriosa presencia me acariciaba el rostro con dulzura. Cuando empezaba a despertarme, demasiado despabilada ya para tratar de regresar a ese agradable estado de ensueño, abrí los ojos y descubrí que la suave brisa de la mañana hacía ondear las cortinas blancas sobre mi rostro. Sonreí y me despecé voluptuosamente contra las almohadas, recordando la noche anterior.

Joe me había esperado fuera del club mientras yo informaba a Anthony de que esa noche no ofrecería un segundo número. Le había cerrado la puerta del camerino en las narices y la había bloqueado con una cómoda, me había cambiado de ropa, enfundándome unos tejanos y un jersey fresco, mientras Anthony permanecía en el pasillo amenazando con despedirme.

Al bajar presurosa por las escaleras para encontrarme con Joe, que me aguardaba con su Harley, experimenté de nuevo esa extraña sensación de estar flotando. Tras subir a la moto, juntos nos difuminamos en el anonimato de la noche, a toda velocidad y como si fuéramos un solo ser. Ignoraba adonde nos dirigíamos, y tampoco me importaba. Sólo sabía que me sentía libre y que, al menos así lo pensaba entonces, estaba decidida a disfrutar de más momentos como ese.

Bostezando, me volví de lado en la cama al tiempo que revivía el maravilloso paseo que habíamos dado a lo largo de la autopista de la costa del Pacífico y por los caminos poco transitados de los desfiladeros del interior. La luna se hallaba en mi fase favorita, la que yo denomino «luna de uña», cuando únicamente muestra una fina porción plateada que ilumina un retazo de la vasta oscuridad de la noche. Tenía la impresión de que, en cierta manera, la presencia de Joe en mi vida surtía el mismo efecto: alumbraba un pequeño retazo de esperanza en mi corazón.

Apenas sí habíamos mediado palabra, pero no cabía duda de que nos habíamos comunicado en silencio. Nunca antes había experimentado algo así, y me sentía conmovida por la paz interior que me invadía. Debimos de recorrer todas las playas de Los Ángeles hasta adentrarnos en el desierto por Riverside. Las montañas, el desierto y el cielo sembrado de estrellas formaban un paisaje grandioso. Intuí que Joe permanecía callado para que percibiera las maravillas que nos ha concedido y en las que normalmente no reparamos.

Me dejó ante la puerta de mi casa poco antes de medianoche. Mientras me recordaba que habíamos acordado ir a la playa al día siguiente, depositó un beso en su dedo y lo colocó con suma delicadeza sobre mis labios. Antes de que yo hubiera traspasado el umbral de la puerta, ya se había alejado.

Eché un vistazo al despertador y me sobresalté al observar que ya eran las once de la mañana. Me levanté de un brinco de la cama y me dirigí hacia la ducha, maldiciendo mi excesiva somnolencia a causa de la diferencia horaria. Debía apresurarme si quería tomar una taza de café antes de que Joe me recogiera a las

doce.

El rugido inconfundible de la Harley penetró por la ventana de la cocina cuando daban las doce.

—¿Siempre eres tan puntual? —exclamé asomándome. Él se limitó a reír y a dar más gas a la moto para apremiarme.

Metí dos toallas de playa en mi capazo y crucé la puerta. Subí detrás de él, cogí el casco que me pasó y me lo ajusté, aunque no entendía por qué debía llevarlo estando Joe al mando de todo.

—Da buen ejemplo —dijo volviéndose hacia mí.

Le dediqué una sonrisa y até mi capazo en la barra del asiento.

—¿Tienes hambre? —vociferó por encima del estruendo de la moto.

—¡Estoy desmayada! —respondí a voz en cuello.

—Bien. Conozco un sitio estupendo para comer; luego iremos a la playa. Supongo que llevas puesto el bañador —bramó—. ¡El agua está divina!

—Bueno, báñate tú, si quieres —repuse—. Yo no estoy dispuesta a congelarme en ese charco de agua fría.

—Ya veremos —se limitó a replicar, apretando el embrague. Nuestras cabezas se inclinaron hacia atrás con el cambio de marcha y nos sumergimos a toda velocidad en el radiante día estival.

Hicimos un alto en uno de mis restaurantes favoritos, situado cerca de Marina del Rey, y almorzamos en el patio, bromeando y riendo a ratos, o enfrascados en conversaciones profundas. Finalmente nos dirigimos hacia la playa, donde llegamos a tiempo de ver las barcas de pesca regresar con las capturas del día. Paseamos largo rato por la arena, contemplando las embarcaciones que volvían, parándonos en ocasiones a charlar con los pescadores, que nos mostraron las piezas que habían conseguido. ¿Quién iba a pensar que los pescadores eran tan afables? Todos parecían sentirse muy a gusto con Joe, a pesar de que era un completo desconocido para ellos.

Caía la tarde cuando extendí las toallas sobre la arena para sentarnos en ellas. La playa estaba casi vacía, sólo quedaban unas pocas personas entusiastas del bronceado que intentaban absorber hasta el último rayo ultravioleta antes de que el sol se ocultara en el horizonte.

Permanecimos unos minutos callados, observando el vuelo de las gaviotas y el movimiento de las olas. El sol comenzaba a adquirir ese brillo anaranjado de la caída del día, sumiendo el lugar en un resplandor mágico. Me invadió un agradable sentimiento de satisfacción.

—Me alegra verte tan relajada —afirmó Joe, dándome una palmada en la rodilla.

—Y a mí me alegra observar que eres la clase de tío que puede limitarse a estar sentado en la playa —repliqué ásperamente—, sin sentir la necesidad de correr tras una pelota de fútbol o lanzar un disco.

El comentario le produjo risa, una risa tierna y abierta que sonaba mejor que cualquier música que haya escuchado. Era incapaz de apartar la vista de Joe, cuyas

gafas oscuras reflejaban mi rostro contemplándole. Dios mío, era tan hermoso y perfecto.

—No creas, también tengo defectos —me advirtió, leyéndome una vez más el pensamiento.

—¿Qué defectos? Muéstrame siquiera uno —le desafié con vehemencia.

Me miró divertido, y de pronto su voz adquirió un tono sombrío.

—No pensaste lo mismo la primera vez que me viste —recordó con cierto retintín—. Si no me falla la memoria, pensaste que necesitaba un poco de ejercicio y moldear mi cuerpo para convertirlo en una obra de arte.

—Entonces no te conocía realmente —protesté, aunque de hecho tenía toda la razón. ¿Cómo podía haber sido tan cegata, tan superficial?

Alzó la vista hacia el horizonte o incluso más allá. Advertí que la marea comenzaba a subir y que nos hallábamos demasiado cerca de la orilla, y él aún no había hecho ademán de quitarse sus omnipresentes zapatillas de deporte o arremangarse los tejanos.

—Creí entender que querías bañarte —dije, pensando que sería una pena que se le mojaran las caras Nike. No habló, pero en sus labios se dibujó una leve sonrisa.

El agua del océano lamió sus pies. Me pareció lógico; si yo fuera ola también lo haría. Ese hombre no sólo resultaba atractivo y encantador, sino que además era mucho más complejo que cualquiera de los individuos que hasta entonces había conocido. Y eso que creía conocer a los hombres, sobre todo por mi trabajo. Joe era, ¿cómo definirlo?, «especial».

—Oye, Heather, debo decirte algo —me previno, volviendo hacia mí su curtido rostro, que el sol bañaba en su suave luz anaranjada.

—No, por favor, no me digas que eres gay —repuse, suspirando con los ojos cerrados al tiempo que me rodeaba con los brazos.

Lo oí reír, y no podría describir el alivio que sentí. Bueno, ya sé que Dios no debería inspirarme deseos carnales, pero me temo que todavía no he evolucionado lo suficiente. Además, sospecho que concebía esas fantasías sexuales precisamente porque sabía que me hallaba a salvo. Era consciente de que Joe nunca permitiría que nada de eso sucediera entre nosotros, y ahí residía parte del encanto, supongo. Joe era el único hombre con quien había pasado tanto tiempo sin que hubiera intentado ponerme las manos encima. Siempre ocurre lo mismo: anhelamos lo que sabemos que no podemos conseguir. No falla.

De pronto tuve una revelación crucial: en realidad nada de eso importaba. Joe era más hombre que ninguno de los tipos que había conocido, fuera gay, normal, bisexual, o aunque alguien hubiera hecho de él un hombracho a lo John Wayne. No me importaba. Joe representaba la esencia masculina, y me gustaba como era; con eso me bastaba.

Joe se incorporó y se quitó la camiseta de esa manera tan viril, cruzando los brazos por detrás de la cabeza y tirando de la tela con un movimiento suave. La arrojó

sobre la arena y permaneció sentado. Como supuse que no se bañaría con los tejanos y las zapatillas puestos, esperé a que se los quitara, pero parecía sentirse intimidado.

—¿Qué, Joe? —murmuré—. ¿Qué tenías que decirme?

—Me temo que te impresionará —anunció mirándome a los ojos.

—¡Venga, pues! —le urgí—. El suspense me está matando.

Se produjo un largo silencio. Decidí no insistir más. Si de verdad quería compartir su secreto conmigo, no tendría más remedio que coger al toro por los cuernos, pues yo no estaba dispuesta a sonsacarle. En su lugar, desvié la vista hacia la última barca que regresaba a la playa, seguida de una ruidosa estela de gaviotas que graznaban y luchaban entre sí, anunciando la llegada.

—Perdí una pierna en un accidente de barco hace diez años —confesó apesadumbrado.

La revelación despertó mi interés.

—No quería decírtelo así, de sopetón —añadió, con la mirada clavada en el sol, ahora vestido de lentejuelas doradas—. Siempre que lo explico, la gente se compadece de mí. Y a partir de ese momento, cada vez que me ven piensan en mi desgracia.

—Pero tú eres Dios —repuse—, puedes arreglarlo.

—Incumpliría las reglas —se limitó a decir, y comprendí que no quería hablar más de ello.

No pronuncié palabra porque tenía la vista clavada en sus largas piernas extendidas en la arena húmeda. Eso explicaba por qué no se había quitado las zapatillas de deporte a pesar de lo cerca que nos hallábamos del agua. Me quedé de piedra.

No acostumbro a sonrojarme fácilmente, pero tal vez por primera vez en mi vida me sentí un poco avergonzada. Lo miré con timidez a los ojos y me senté más cerca, a su izquierda. Posé la mano sobre su rodilla y palpé una superficie dura bajo la pernera del pantalón.

No quería dejar de sostenerle la mirada, pero tampoco estaba dispuesta a quedarme quieta como una lela. Recorrí la pierna hasta el pie, desaté el cordón blanco y, sin apartar la vista de sus ojos, le quité con delicadeza la zapatilla y el suave calcetín de lana. Sólo entonces desvié la mirada hacia lo que ahora era su pie.

Se trataba de una pieza de plástico de color carne que no resultaba ni grotesca ni repulsiva.

—Quiero verla entera —anuncié armándome de un valor repentino—. ¿Llevas puesto el bañador, verdad? —pregunté—. Pues ¿a qué esperas? ¡Vamos a bañarnos!

En sus ojos centelleó una chispa de duda que enseguida desapareció. De inmediato se quitó los tejanos mientras yo me desprendía de los pantalones cortos y la camiseta. Nos quedamos sentados, yo con el bañador verde botella y él con unas bermudas de color aguamarina. No pude evitar posar la vista en la prótesis que empezaba en la rodilla y a duras penas imitaba la calidez y la vida de un miembro.

Apoyé la mano en el plástico frío e inerte y me sorprendí cuando acto seguido le pedí en un susurro:

—Quítatela.

Me miró de hito en hito.

—¿De verdad quieres?

—Hazlo —ordené con un tono semejante al que emplean los hombres que contemplan mi número en el club.

—Heather, ¿estás segura de que quieres verlo? No me gustaría causarte asco.

—Forma parte de ti —afirmé con vehemencia—. Quiero conocerlo todo de ti.

—Verlo no resulta agradable, te lo advierto.

Desplazó con lentitud la mano hacia el borde del aparato sin apartar la vista de mi rostro, atento al más ligero asomo de repulsión. Estaba segura de que si llegaba a detectarlo, se detendría en el acto. Con un movimiento rápido tiró de la prótesis y la depositó a su lado en la arena, dejando al descubierto una rodilla de apariencia normal seguida de una espinilla rematada por un muñón suave y blando de forma cónica que encajaba perfectamente en la pierna artificial que acababa de quitarse. No había nada de repulsivo en ello. Formaba parte de Joe, y yo le amaba. No era muy distinto de mirar mi propio codo cuando lo mantengo doblado con la mano apoyada en el hombro.

Las gaviotas chillaban mientras volaban en círculo por encima de nosotros. El sol se hundió rápidamente en el horizonte, y el cielo vespertino se tiñó de un rosado tenue. En silencio examiné la antigua herida de Joe, emocionada por el hecho de que hubiera accedido a mostrarme su punto vulnerable. No recordaba que ningún hombre me hubiera revelado jamás lo que en su día le había hecho sufrir.

Observé unas líneas longitudinales que sobresalían en su piel y recorrían la circunferencia de la amputación.

—Son las cicatrices de las operaciones a que me sometieron para conseguir que la prótesis encajara mejor. Los cirujanos las llaman «ajustes de muñón».

Me horrorizó la frialdad del término.

—Con todos los tecnicismos que gustan de usar los científicos, cabría esperar que hubieran encontrado una expresión mejor que «ajustes de muñón» para designar eso —observé—, algo menos arcaico, ya me entiendes.

—¿Como qué? —Se echó a reír.

—No lo sé —reconocí pensativa—, pero tiene que haber un modo más poético de describirlo.

—Sí, claro, la próxima vez que acudas a un cirujano que se dedique además a escribir poesía, no dudes en informarme —bromeó y de nuevo prorrumpió en carcajadas.

Me complació que riera de ello, y sólo deseaba reconfortarle, estrecharle entre mis brazos y decirle lo mucho que lo sentía. ¿Cómo era posible que una persona tan inflexible y superficial como yo hubiera experimentado un cambio de personalidad

tan radical? Quiero decir que siempre me he mantenido firme en mi decisión de no aceptar hombres que no alcanzaran la perfección física ni sentir compasión por ninguno de ellos. Y ahí estaba yo, enamorada de un cojo. Pero ¿qué estaba ocurriendo?

Al ver que Joe empezaba a colocarse la prótesis, me apresuré a apartarle la mano.
—No, todavía no —dije.

No sé muy bien qué me sucedió, pero un sentimiento desconocido para mí emergió de las profundidades de mi corazón, y cogí el muñón entre las manos para observar detenidamente las viejas cicatrices. No experimentaba compasión o pena, sino un sentimiento de identificación con el dolor que había soportado y de reconocimiento por la valentía que había mostrado al permitirme entrar en su intimidad de esa manera. Me llevé dos dedos a los labios, deposité en ellos un tierno beso y los posé en el extremo del muñón. Joe emitió un sonido que parecía proceder de lo más profundo del alma y que yo no supe interpretar.

Cuando alcé la vista, sus ojos centelleaban con lágrimas, y me conmovió que el mismísimo Dios se hubiera emocionado por un gesto tan simple.

—Tu gesto no ha sido simple en absoluto —musitó turbado—. El amor que has demostrado es el que siempre he predicado. Sólo un amor como este salvará al mundo.

No supe qué decir. Me resultaba increíble que Dios aprobara todos mis actos y, por expresarlo llanamente, no sabía cómo tomármelo.

—¿Por qué no nos damos un baño? —sugerí, totalmente desconcertada.

Joe me miró con afecto y volvió a colocarse la prótesis.

—Necesito que, una vez en el agua, me ayudes y la envuelvas en la toalla, ¿de acuerdo? —Y meneando la cabeza agregó—: Nunca me baño con esto puesto.

—Como quieras —exclamé antes de echar a correr para sumergirme en el salitre iridiscente del océano.

Joe permaneció unos instantes en la orilla contemplándome mientras las olas me arrastraban hasta sus pies. Hacía años que no me bañaba en el océano y había olvidado lo agradable que resultaba. Me incorporé y salvé los escasos metros que me separaban de las toallas en el momento en que una señora de mediana edad pasaba por delante de Joe y le sonreía.

—¡Tírala aquí! —urgí sin pensarlo.

Una expresión traviesa surgió en el rostro de Joe, que, agachándose, se quitó la pierna artificial y la lanzó por delante de la sorprendida señora. Conseguí cogerla al vuelo con firmeza y la envolví respetuosamente en la toalla, que a continuación deposité al borde del agua.

Joe me esperaba haciendo equilibrio sobre una pierna. Aunque supongo que habría podido adentrarse en el océano sin mi ayuda, me alegré de que me hubiera esperado.

Caminé hacia él y pronuncié estas palabras, quizá por primera vez en la vida:

—Yo te ayudo, apóyate en mí.

Si bien Joe y yo no habíamos estado fuera hasta muy tarde la noche anterior, al día siguiente llamé al club para informar de que me encontraba enferma. Ya no me sentía con ánimos de volver a ese antro, o al menos no ese día.

Joe y yo habíamos planeado comer en el campo, y cuando él me había preguntado a qué hora debía regresar para acudir al trabajo, había contestado que no pensaba ir. No me había preguntado la razón ni cómo pensaba pagar las facturas; se había limitado a hacer un gesto, sonriendo de esa manera suya tan encantadora, y había anunciado:

—Te recogeré a las doce.

Puntual como siempre, a las doce Joe me esperaba ante la puerta, subido a la Harley. Me pasó un casco, cogió la cesta que yo llevaba con la comida y la ató en la parte posterior de la moto. Arrancó con un rugido atronador, y por un momento se me ocurrió la idea de que me había muerto y que me hallaba en el paraíso. Por lo visto la compañía de Joe me producía ese efecto.

Circulamos por la costa hasta un pequeño desfiladero boscoso situado en las montañas de Santa Mónica.

No sé si el día era tan perfecto como me parecía; tal vez todo adquiriría siempre un aire especial cuando estaba con Joe. El caso es que el sol nos envolvía con una suave calidez y el cielo aparecía tan claro y despejado que casi deseaba sentirme engullida en él.

Encontramos un pequeño claro en el bosque y extendimos una manta sobre la hierba tierna, charlando y bromeando. A continuación procedimos a dar cuenta de las provisiones que había preparado en la cesta. Hablamos de toda clase de cosas, cosas en que rara vez me había parado a pensar. Sin embargo, cuando abordamos el tema de por qué Joe había entrado en mi vida, empecé a ponerme nerviosa.

—No tienes por qué inquietarte —observó—, pues estoy aquí para ayudarte. Es decir, para enseñarte los principios que debes seguir para sentirte feliz y satisfecha.

—No me preocupa eso —farfullé con la boca llena de ensalada.

—Ah, ¿no? Entonces ¿qué te pone nerviosa?

—Pensar que un día me dejarás para dedicarte a otra persona, como me comentaste que harías. —Noté que me temblaba la voz, y meforcé por reprimir el llanto. No podía creer que el pensamiento de que un hombre me abandonara podía, todavía, hacerme llorar. Cualquiera habría supuesto que a esas alturas ya debería estar acostumbrada.

—¡Vaya, conque es eso! —exclamó Joe, masticando una patata—. Bien, hay mucha gente en este mundo que necesita de mi ayuda. Además, no os abandono. Simplemente me mantengo en un segundo plano y os guío desde otra dimensión. Eso es todo. No debes preocuparte.

Entendí su explicación, pero el caso es que yo vivo en «esta» dimensión, y no

estaba segura de poder arreglármelas sin tener a Joe cerca. Me sentía tan bien a su lado... La vida es muy dura, y le necesitaba para que me recordara las lecciones y me guiara por el camino apropiado.

—Cuando me separe de ti —me aseguró convencido—, serás capaz de apañártelas por ti misma con lo que te haya enseñado.

—Pero es que me es imposible olvidar ciertas cosas, Joe —musité, y mi voz surgió atenazada por una profunda angustia que me desconcertó y me hizo sentir incómoda.

—¿Qué cosas? —inquirió paciente, con el tono que un maestro comprensivo emplearía con un niño asustado.

—El pasado, mi infancia —contesté cabizbaja, dominada por una timidez inusual en mí—. En fin, ya sé que todo eso sucedió hace mucho tiempo y, por muy horrible que fuera, forma parte del pasado. Ya sé que debería hacer borrón y cuenta nueva, pero a veces me resulta imposible.

—No siempre es fácil olvidar, Heather. —Su voz reflejaba ternura y afecto, y mi corazón devoró las palabras como si fueran deliciosos pastelitos rellenos de suave crema. En lugar de aconsejarme que fuera fuerte y siguiera adelante a pesar del dolor, como habría supuesto que haría, se ponía en mi lugar, y eso me confortaba.

Noté con asombro que una lágrima resbalaba por mi cara y caía en el suelo. No podía creer que estuviera llorando. Nunca lo hago. La única emoción que siempre me había costado controlar era la risa. Pero ¿las lágrimas? ¡Si nunca habían sido un problema para mí!

—Tal vez hayan sido un problema mayor de lo que crees —me susurró Joe al oído—; las lágrimas son tan legítimas como la risa, Heather. Has de aceptarlas, pues te estás perdiendo una parte de ti. —Se interrumpió y, mirándose la pierna izquierda, añadió—: Y yo sé qué representa perder una parte de uno mismo.

Dirigí la vista hacia su pierna artificial, oculta bajo los téjanos y su inseparable Nike.

—¿Qué? —pregunté de pronto, intrigada—. ¿Cómo se siente uno sin una pierna? ¿Se echa en falta, o acaba uno por acostumbrarse a su ausencia?

—Uno termina por acostumbrarse a todo —respondió volviendo la vista hacia mí con una sonrisa de complicidad—, incluso a una infancia traumática.

—Sí; supongo que así es —concedí apoyando la barbilla en la mano.

—Por supuesto que se siente el dolor de una amputación, y no creas que siempre desaparece —añadió—. Sencillamente, al final se consigue sobrellevarlo.

—¿Significa eso que todavía sientes dolor físico por la amputación? —pregunté, incapaz de creer que se pudiera soportar semejante sufrimiento tantos años después del trauma inicial.

Con sus largos dedos me cogió del mentón y orientó mi cara como si fuera una antena de televisión para que recibiera la sabiduría que emanaba de sus ojos.

—¿Acaso no acabas de reconocer que aún te lastima tu infancia —inquirió—,

aunque ya forma parte del pasado?

De acuerdo. Ya estábamos otra vez. Joe acababa de darme otra lección, y me había pillado desprevenida.

—Sí, claro, pero no es comparable al dolor físico que se siente cuando te cortan una pierna, ¿no te parece? —objeté, considerando que sólo tenía parte de razón.

No contestó, y me dio la impresión de que un silencio sobrecogedor invadía el bosque. De pronto cesaron el trinar de los pájaros y el chasquido que producían las ardillas al saltar a las ramas de los árboles; ni siquiera se oía el molesto zumbido de las moscas. Alguien me comentó una vez que el primer signo de la llegada de un terremoto es la inmovilidad de los pequeños animales del bosque y los pájaros. Estos son, en teoría, los primeros en percibir las incipientes sacudidas de la tierra, y de pronto me sorprendí examinando la zona en busca de un lugar donde protegerme de la caída de los árboles.

—Los médicos lo llaman «dolor fantasma» —prosiguió Joe en voz baja, libre de preocupaciones menores, como un posible terremoto, y ajeno al pánico que me crispaba el rostro—. Les ha costado mucho llegar a comprender cómo algo que ya no está puede seguir causando dolor, pero tú y yo lo sabemos de sobra. Lo que ha sido irremediamente amputado, ya sea un brazo, una pierna... o la infancia, deja siempre un rastro de sufrimiento.

«Dolor fantasma.» Qué fenómeno más curioso. Ya había oído hablar de ello, pero nunca se me había ocurrido relacionarlo con mi pasado.

—¿Lo comprendes ahora, Heather? —continuó con su razonamiento—. Es lógico que des rienda suelta a esas lágrimas que durante años has reprimido. Tu sufrimiento es tan real como el que a mí me produce la pierna amputada; llega a ser tan real que en ocasiones tengo la sensación de que se me retuerce la pierna izquierda y que sólo si me la colocaran bien remitiría el dolor. Por descontado, soy consciente de que ya no la tengo, pero no intentes convencer de ello a determinadas zonas de mi cerebro, porque esa pierna siempre será una parte de mí.

Estaba fascinada por sus palabras y el paralelismo que había establecido entre su situación y la mía. La certeza de que mi incapacidad para olvidar mi infancia no se debía a la locura o a un gusto morboso por recrear aquel período me produjo un gran alivio. Bien, ¿y ahora qué? ¿Significaba eso que nadie puede recuperarse de los traumas? Desde luego, no me complacía la perspectiva de ser una eterna víctima de mi infancia.

Una leve palmada de Joe en el hombro me sacó de mis pensamientos, y cuando nuestras miradas se cruzaron me pareció que sus ojos me lanzaban dardos de amor. Y sin duda daban en el blanco.

—Ámate tal como eres, Heather —dijo con una sonrisa—. Ama todo cuanto forma parte de ti. Ninguna desgracia podrá herirte si descifras la lección que encierra en ella. Recuérdalo.

—La lección —repetí con parsimonia mientras intentaba grabar esa información

en mi mente. Deseaba estar segura de que había entendido todas sus enseñanzas—. Entonces, ¿cómo llevas tú lo de la pérdida de la pierna? —le apremié—. ¿Vale la lección el precio que has pagado por ella?

—Sí —asintió, golpeando el plástico hueco que había sustituido a su pierna—. La lección fue que, en el fondo, nuestros cuerpos no son nada más que un recipiente para contener lo que realmente somos.

Estaba impresionada. Y avergonzada. De nuevo me había hecho entender la frivolidad de mi constante aspiración por tener un cuerpo perfecto y mi estupidez al exigir tanto de los hombres que habían pasado por mi vida. Por eso no era de extrañar que nunca hubiera encontrado relaciones significativas.

—Y en cuanto a mí, ¿qué? —pregunté sincerándome—. ¿Qué finalidad tuvo que me criara en una familia de alcohólicos perturbados? ¿Cuál es la lección?

—¿Quieres hacerme creer que todavía no lo has adivinado? —inquirió a su vez con un destello de malicia en sus tiernos ojos pardos—. ¿Qué pasa? ¿Tengo que dártelo todo mascado?

No reí la broma. Aquello me parecía demasiado importante.

—Venga —le urgí, fingiendo que hacía pucheros—, dímelo.

—De acuerdo —concedió sonriendo—. De momento te has portado muy bien. Supongo que te has ganado una propinita. —Miró en derredor a las hojas que crujían con la brisa del fin del verano y a la colonia de hormigas que escalaban por el tronco del árbol sobre el que estábamos sentados—. No vuelvas a angustiarte pensando que va a haber un terremoto. —Mientras hablaba, cada ser vivo sobre el que posaba su mirada parecía quedar inmóvil en el acto, incluso la brisa y el murmullo del agua del riachuelo cercano. Observé detenidamente el paisaje sumido en el silencio, incapaz de articular palabra, y por fin miré a Joe, quien se encogió de hombros y susurró—: Te ayudará a concentrarte. Esta es una lección muy importante para ti, Heather, y no quiero que te distraigas. ¿Estás preparada?

Me sentía más que preparada, de modo que cerré los ojos e intenté concentrarme para estar lo más receptiva posible a lo que se disponía a enseñarme. Ansiaba comprender qué significado podían poseer mi sufrimiento durante la infancia y mi falta de autoestima. ¿Qué finalidad tenían?

—Abre los ojos —ordenó con suavidad—. Quiero ver en tu interior y hablar directamente a tu corazón.

Obedecí, y de repente Joe concentró toda la energía en sus ojos, para luego verterla sabia y dulcemente en los míos, como un pájaro coloca con destreza un gusano recién cogido en la boca ávida y abierta de su polluelo.

—La historia no es irreversible —explicó mientras sus ojos me mantenían cautiva—. No importa cuál es tu origen —prosiguió—, pues siempre puedes cambiar los senderos y encontrar la luz en tu vida.

Parpadeé repetidas veces, tragué el nudo de lágrimas que me atenazaba la garganta y amenazaba con desbordarse en un río sin fin, derramando todo el sosiego

que me invadía por el suelo del bosque.

—¿Significa eso que no acabaré mis días desvestiéndome en un local de *striptease*? —pregunté a punto de romper a llorar, sorprendida de que al fin admitiera ante mí misma..., y ante Joe, lo mucho que odiaba mi trabajo.

Los ojos de Joe se tornaron vidriosos mientras me mantenía como hechizada con el poderoso magnetismo de su mirada. Entonces advertí que no había límites en la profundidad de esos ojos castaños que me engullían, sino sólo un espacio infinito en todo lo que él decía o pensaba.

Alzó la mano con parsimonia y puso dos dedos sobre mis labios, acallando mi voz y mi mente a un tiempo.

—Chist. ¿Oyes algo? —preguntó en un susurro.

No oía nada, y me apresuré a decírselo. No deseaba que nada interrumpiera ese momento de comunicación interior tan íntimo, y quién sabe si crucial en mi vida, que mantenía con Joe.

Fue entonces cuando yo también lo oí. El sonido era inconfundible. En algún lugar no muy distante había un bebé llorando.

Pero, no era posible, ¿qué hacía un bebé allí, en medio de la nada? ¿En medio del bosque? ¿Dónde estaban sus padres? ¿Y qué clase de padres llevarían a un niño de tan corta edad a un entorno infestado de insectos como ese?

Dondequiera que estuviese la criatura, sus lamentos empezaban a ser más insistentes. Interrogué a Joe con la mirada en lugar de, por una vez, hacerlo con la boca.

—Hay que encontrarle —dijo Joe con calma—. Los gritos parecen proceder de allí —añadió, señalando por detrás de mí.

Nos levantamos a la vez, y de súbito me percaté de que no me sentía enojada. Después de todo no era más que un niño inocente el que nos había interrumpido. ¿Cómo habría podido molestarme la intrusión de un niño desvalido y necesitado?

Una especie de radar misterioso se puso en funcionamiento en mi interior y adiviné dónde se encontraba el bebé aun antes que Joe. Así pues, me dispuse a dirigir la marcha, a sabiendas de que seguramente más tarde me preguntaría cómo había adivinado algo antes que Joe; en todo caso, carecía de importancia en ese momento. Los lamentos del niño reflejaban desesperación, y encontrar a esa criatura frágil y desamparada en este entorno cruel era prioritario. Ya habría tiempo más tarde para que me enseñara cómo conocerse a uno mismo.

Seguí el sonido de los sollozos y aparté una gran rama verde y espinosa que me impedía el paso. La rama rebelde me arañó la cara interior del brazo, dejándome una raya larga y roja, y por primera vez en la vida no me preocupé por mi aspecto o por el daño que había sufrido mi sumamente cuidada piel de alabastro.

Como una mujer enloquecida, aparté otra rama de espino, y otra y otra hasta que al fin me detuve ante un recién nacido envuelto en una manta rosa que yacía en un lecho de juncos secos y tiernas hojas verdes. No era necesario que el color de la

esponjosa manta me indicara que se trataba de una niña. Enseguida lo intuí, pues el candor y la inconfundible femineidad que emanaban de ella no podían pasar inadvertidos.

Al instante sentí un afecto irreprimible por ese minúsculo sorbo de vida. Tomándola del suelo entre mis brazos, la estreché contra mi pecho como si hubiera estado buscándola desde hacía largo tiempo. Algo me decía que, más que otra cosa en el mundo, era a mí a quien necesitaba; ninguna otra persona sino a mí. Una parte de mi ser se extrañaba de la compenetración instantánea y el amor que me inspiraba la pequeña, pero otra parte no se mostraba en absoluto sorprendida.

En cuanto la cogí en brazos dejé de llorar, como si se hubiera dado cuenta de que había encontrado su lugar. La arrullé cariñosamente y mis brazos parecieron descubrir su razón de ser. Cerré los ojos y aspiré su aroma dulce e inocente. He de reconocer que en aquel instante todo lo demás carecía de importancia.

Incluso las pequeñas perlas de sudor que brillaban en su fina frente desprendían un olor dulce y perfecto. Recordé todas las esencias artificiales que durante un tiempo había usado, las velas perfumadas, los ambientadores y las flores secas, y en ese instante me percaté de que, en resumidas cuentas, esa era una fragancia que nunca podría ser imitada. Era algo real, bello y único. Por fortuna, lo auténtico es irreproducible.

—Cógela fuerte —oía a Joe hablar desde algún lugar cercano—, cógela fuerte, Heather, y nunca permitas que te abandone.

Cerré los ojos de nuevo e hice lo que me decía. Besé la suave e inocente piel de la pequeña cabecita aterciopelada, y tuve la certeza de que nadie antes que yo había sentido el éxtasis que experimenté.

—¿Quién eres? —susurré a su pequeña oreja bien formada—. ¿Quién ha podido dejarte sola aquí?

—¿No lo adivinas? —interrogó Joe en un susurro a mi espalda.

Me volví hacia él, con los ojos rebosantes de preguntas sin respuesta.

—¿Quién? —inquirí indignada—. ¿Quién se atrevería a abandonar a un ser tan pequeño y débil?

En lugar de responder, tendió una mano para acariciar el terciopelo rubio de la suave cabecita de melocotón al tiempo que la niña gorjeaba de contento.

—Joe, dímelo —insistí yo—. Tú debes saberlo. ¿Quién es ella?

De nuevo mi pregunta sólo obtuvo un silencio magistral por respuesta.

Contemplé el minúsculo y tibio bulto que mecía entre mis brazos, y de pronto me invadió una sensación de familiaridad, de que existía un vínculo muy lejano entre nosotras.

—¡Oh, Dios! —acerté a mascullar.

—Exacto, Heather —dijo Joe—. Eres tú.

Lo comprendí. De alguna manera, lo había comprendido aun antes de que me lo revelara. La reconocí. Era tierna y vulnerable, y por el motivo que fuera ya habían

sucedido cosas terribles en su corta existencia. Nadie la había protegido. Nadie había cuidado de ella ni la había educado. No la habían tratado como la criatura necesitada de afecto que era.

Era consciente de la presencia de Joe, aunque, en cierto sentido tenía la impresión de que en ese momento no había nadie más en el mundo que esa niña indefensa y yo. Y nosotras éramos un solo ser.

Observé detenidamente sus rasgos, recorrí su cuerpo con la vista y me maravillé de la tersura de su piel, su diminuto cuerpo sin defectos, la virginidad de su mente pura que no conocía la timidez. Recordé que siempre me habían resultado feos los bebés, sin dientes y sin cabello. En absoluto, son perfectos. Reclaman nuestra atención mostrando única y exclusivamente lo que son. A diferencia de la mayoría de adultos, carecen de pretensiones y no se esfuerzan por aparentar, impresionar o competir.

Sus descoordinados dedos se enredaron en un mechón de mi cabello y su pequeña boca rosada se entreabrió. Por un instante que se me antojó demasiado breve me ofreció una de esas sonrisas trémulas y mágicas que esbozan los bebés. Nunca he sentido una alegría más pura que la que entonces me invadió.

Oí el eco apagado de la voz de Joe, como si me encontrara en el interior de una cueva.

—Exacto, Heather. Ámala. Ya es hora. Ella es... Hacía mucho tiempo que... necesitabas. Las dos habéis sufrido mucho. Abrázala. Ámala. Es una criatura que no recibió lo que necesitaba. Ofréceselo ahora. Compénsala.

En aquel preciso instante me convencí de que ese inocente ser y yo éramos la misma persona. La amaba y sentía la apremiante necesidad de protegerla... de ser todo para ella.

Fijé la vista en la profundidad de los ojos azules de un recién nacido, y en ellos vislumbré los contornos de un mundo muy distinto de este. Un mundo que me cautivó por su total franqueza, su amor sin límites, sus posibilidades inexploradas. Contemplé las simientes de toda una vida en esos ojos y deseé desesperadamente proteger, ayudar y alimentar esa frágil porción de humanidad.

Lloré de emoción, y algunas lágrimas se deslizaron por mi rostro y cayeron en las delicadas mejillas rosadas de la niña. Comprendí entonces que había puesto punto final a uno de los episodios inconclusos de mi vida. Satisfecha, reconfortada, me pregunté cómo era posible que esa pequeña y frágil presencia ejerciera tanto poder sobre mí. En cualquier caso me sentía feliz de que así fuera.

—¿Lo ves, Heather? —oí a Joe susurrarme al oído—. Has curado tus heridas y has conseguido que las dos volváis a cobrar vida.

—Y ahora, ¿qué? —pregunté dichosa, cerrando los ojos.

—Estréchala contra ti —me indicó—. Estréchala contra tu corazón tan fuerte como puedas.

La besé en la frente y la apoyé contra mi corazón. Recostó su cabeza contra mi

pecho, amoldando su perfecto cuerpecito a los contornos del mío. Sentí que una especie de aleteo de mariposas me recorría la piel, que el suspiro de ángeles me acariciaba. Nadie me habría nunca convencido de que aquello no era un ángel encarnado en su cuerpecito. Ella contenía toda la belleza, la esperanza y la verdad del mundo, y entendí que, dondequiera que la vida la llevara, ese halo de perfección siempre la acompañaría por muy oculto que estuviera. Sentí que se disolvía en mí y nos fundíamos en una sola persona. Esa fue la experiencia más abrumadora y gratificante de toda mi vida.

—¡Fabuloso, esto es fabuloso! —oía a Joe exclamar exaltado—. Abrázala, Heather, ámala. Así, muy bien. Sí, sí, es fabuloso.

Se produjo un prolongado silencio mientras recorría los veintinueve años de amor y distancia que me separaban de esa pequeña fuerza de vida que una vez fui. La estreché contra mí, absorbí su esencia que iba desvaneciéndose, la engullí en mi corazón y, cuando finalmente abrí los ojos, sólo hallé mis manos vacías. De inmediato volví la mirada, expectante, hacia Joe para encontrar una explicación.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté algo aturdida—. ¿A dónde ha ido?

—Está dentro de ti —contestó Joe con calma—. Ha regresado al lugar adonde pertenece. Ámala y cuida siempre de ella porque nunca dejará de necesitarte.

Alguna antigua y profunda herida hizo que en mis ojos brotaran lágrimas que se deslizaron por mis mejillas.

—Ya sé que he de hacer a partir de ahora —afirmé, convencida—, ya va siendo hora de que empiece a cuidar de mí misma como es debido. Es hora de mimar a la verdadera Heather Hurley... quienquiera que sea —concluí enjugándome las lágrimas.

Joe me tendió un pañuelo blanco, sin mácula.

—Te aseguro —susurró—, que Heather Hurley es una persona maravillosa.

Acto seguido me tomó de la mano y me guio en silencio hasta que hubimos salido del bosque.

En los días que siguieron me obligué a acudir al club, a pesar de que últimamente se había convertido en una pesada carga. Las conversaciones mantenidas con Joe me habían aclarado las ideas, y estaba convencida de que encontrar un medio mejor de ganarme la vida era sólo cuestión de tiempo; buscaría un trabajo que no implicara corromper mi verdadero espíritu.

Estaría eternamente agradecida a Joe por toda la sabiduría que me había transmitido, pero aún me intrigaba que nunca hubiéramos abordado en serio el tema de su pierna amputada y que no hubiera empleado sus poderes para arreglársela. Se proponía realizar buenas obras aquí en la Tierra, mostrando a la gente cómo ayudarse a sí misma, de manera que, ¿por qué habría de decidir ponerse a prueba con la amputación de un miembro? ¿Acaso la vida no era ya lo bastante dura?

Una tarde, mientras estábamos en el patio de mi casa, disfrutando de la fresca brisa de finales del verano que suavemente acariciaba nuestro rostro y arrancaba murmullos a las hojas de las tomateras, le desafié:

—Entonces, si realmente eres Dios, o como quiera que te denomines en la actualidad, ¿por qué no te curas?

Porque ¿qué sentido tenía ir por el mundo sin una pierna si no era realmente necesario? Si yo fuera Dios, sin duda no permitiría que nada me perjudicara. Si estuviera en mi mano, me negaría rotundamente a padecer y por esa razón no acierto a comprender por qué algunas personas religiosas parecen creer que sufrir es algo meritorio; nunca he acabado de entenderlo.

—Porque no sería justo —respondió Joe sin ambages—. Tal vez resulte difícil de creer, pero lo más curioso es que todos los seres humanos han recibido la misma dosis de problemas. No escatimé esfuerzos para asegurarme de que ninguno recibía más o menos preocupaciones que los demás. Sin embargo, no tuve en cuenta que no todo el mundo posee la misma capacidad para afrontar las penalidades —explicó un tanto afligido, como si se reprochaba no haber sido del todo justo con la raza humana. En todo caso, no estaba dispuesta a discutir con él esa cuestión—. Algunas personas son increíbles —continuó—; les haces un pase con efecto, cogen limpiamente la pelota y encima te dicen: «Venga, ¿qué más me tienes reservado?» Me refiero a que no sólo encuentran la manera de salir del aprieto, sino que se mantienen a la expectativa, preparados para el nuevo reto que la vida les impone... además de descubrir el obsequio que en él se esconde y seguir mirando hacia el futuro —se interrumpió pensativo un momento antes de añadir—: Nunca hubiera dicho que los humanos pudieran poseer tal entereza, especialmente las mujeres. Ignoraba el enorme potencial que deposité en ellas cuando las creé.

Curiosamente, no era yo quien hacía la observación.

Transcurrieron unos minutos antes de que volviera a hablar, y yo no sentí la necesidad de llenar su silencio. Estaba claro que ese era su turno para hablar de sus

asuntos, y no tenía intención de interferir.

—Por supuesto, no hay que olvidar a los que se quejan por cada molestia, sufrimiento e incidente que padecen en sus vidas, por pequeños que sean —prosiguió con tono aleccionador—, y son estos quienes sufren realmente, porque se muestran incapaces de apreciar los increíbles dones que les he concedido. Se diría que les da miedo creer que la vida puede resultar bella, que las dificultades pueden ser tan positivas como las facilidades. Por lo visto, no saben valorar las lecciones prácticas que encierran los problemas cotidianos, lecciones cuya finalidad consiste en hacer sus vidas más placenteras gradualmente.

—Eso está muy bien, pero todavía no me has explicado por qué no te has hecho una pierna nueva —volví a la carga.

—¿Ah, no? —preguntó, y sus oscuros ojos brillaron incandescentes como si en algún profundo lugar de su interior se hubieran avivado las ascuas de un sufrimiento apagado—. Pensaba que ya lo habrías deducido, Heather. —La forma en que pronunció mi nombre me hizo sentir como una adolescente de los años sesenta en un concierto de los Beatles.

—Quizá se me haya escapado —reconocí—. En todo caso, la vida ya es lo bastante dura sin necesidad de llevar una prótesis. ¿Por qué no te haces crecer una pierna nueva y continúas con tu misión en la Tierra? —inquirí, convencida de la lógica de mi argumento.

Clavó en mí una mirada severa, no de reproche, sino escrutadora.

—No sería justo —repetió—. Al crear a los seres humanos, asigné a cada uno su correspondiente desafío en la vida; ¿qué sentido tendría que no lo hubiera para mí? —Sin esperar que yo respondiera, agregó—: Además, ¿cómo podría ser equitativo con todos en la atribución de problemas y no adjudicarme ninguno a mí mismo? En serio, Heather, ¿por quién me tomas?

No sabía cómo responder a esa pregunta; solamente tenía claro que deseaba que hubiera más tipos como él. De todos modos me intrigaban sus palabras.

—¿Debo entender que los niños que nacen con defectos, y las princesas y los agentes de Bolsa de Wall Street, y los habitantes de los países del Tercer Mundo, y los médicos, y los polis, y quién sabe si incluso las que hacemos *striptease*, todos, a todos nos corresponde la misma dosis de penalidades y sufrimientos en la vida?, ¿la misma dosis de infelicidad?

—En efecto. Nunca alcanzarás a imaginar la cantidad de kilómetros que he recorrido con el fin de asegurarme de que nadie haya recibido más o menos en el proceso de reparto. Lo que diferencia a las personas es el modo en que afrontan los desafíos. Algunos ni siquiera se inmutan, mientras que otros lloriquean y se quejan durante todo el camino de la vida.

—Ah —fue todo cuanto acerté a decir mientras recordaba todos los lamentos que había manifestado desde que le había conocido.

Sonrió comprensivo y concluyó:

—No es malo quejarse un poco, Heather, siempre y cuando te esfuerces por solucionar lo que provoca tu sufrimiento.

En esos momentos me sentía desconcertada por mi increíble capacidad de amarle. Me parecía que mi amor por él no conocía límites. A pesar de que lo sabía todo sobre mí, jamás le había oído reprocharme nada. ¡A mí, a quien muchos tildarían de «perdida», de «infiel»...! ¡A una cabaretera! ¿Cómo no enamorarse de un hombre así?

Pero era Dios, de modo que debía de estar acostumbrado a que la gente le adorara, a que le amara, porque en el fondo ¿qué era él, sino amor? Lo sabía todo sobre mí y, sin embargo, nunca me había juzgado ni había pretendido cambiarme. Recordé la historia de María Magdalena, que ungió los pies de Jesús con sus lágrimas y luego los secó con su larga y abundante cabellera. Por supuesto, había ocurrido en los tiempos en que se permitía el lujo de tener dos pies.

Siempre me había resultado ofensivo ese episodio, especialmente de niña, cuando asistía a la escuela parroquial. Incluso cuando no contaba más de seis años, la imagen de una mujer lavando los pies a un hombre me había parecido degradante para las de mi sexo. Siempre había considerado que era mucho mejor que fueran ellos quienes corrieran tras de mí. Y en cambio ahí estaba yo, perdida en las insondables profundidades del encanto de los ojos de Joe, deseando, de pronto, hacer todo lo necesario para compensarle de la decepción que hubiera podido causarle la raza humana. Si con su comportamiento Joe pretendía enseñarnos la clase de compasión que todos deberíamos mostrar por nuestros congéneres, sin duda alguna habíamos realizado una lamentable demostración de nuestra disposición hacia el prójimo. Por primera vez en muchos años me sentí avergonzada.

Su cálida mano se posó en mi hombro mientras decía:

—No lo hagas.

—¿Que no haga qué? —pregunté, sin haberme acostumbrado todavía a su capacidad de leerme el pensamiento.

—No te obsesiones por el pasado —me aconsejó, apartándome con delicadeza un mechón de cabello del rostro—. Lo estás haciendo lo mejor que puedes, y eso es todo cuanto pido. —Se produjo un largo silencio antes de que añadiera—: Mi más preciado regalo para ti es el momento presente. Empléalo para curar tus heridas del pasado.

Reflexionaba sobre esas palabras cuando me quedé dormida esa noche. «No te obsesiones por el pasado... Mi más preciado regalo para ti es el momento presente.» Las frases brotaban de mis labios a modo de mantra mágico al tiempo que me asaltaban pensamientos extraños y sin sentido, hasta que finalmente me entregué sin resistencia a los brazos de Morfeo.

Me hallaba en estado de duermevela, percibiendo el aroma familiar de la brisa marina y el vaivén de las olas del océano que lamían las puntas de mis pies y transmitían una corriente tibia de bienestar, por todo mi cuerpo. El sol, en lugar de ser

la bola de fuego incandescente de mediados de julio, me bañaba en una suave calidez. Aspiré el aire salino y orienté mi rostro para absorber toda la belleza del sol, como si la tierra y el cielo se hubieran puesto de acuerdo para colmarme de esa sensación de plenitud y sosiego.

Entonces advertí que en las manos sostenía algo ligero. Por alguna razón, conocida sólo por los espíritus soñadores, me sentía incapaz de identificarlo con los ojos; sin embargo era consciente del gran poder que me proporcionaba.

Examiné el frágil envoltorio, palpé su pequeño tamaño, su forma cuadrada y la textura ligeramente granulosa. Experimenté una apremiante necesidad de apretarlo contra mi corazón y, cuando lo hice, descubrí que estaba volando entre las nubes, flotando en el espacio abierto y sin límites del cielo azul del verano.

Sobrevolé la playa y el océano. Me crucé con una bandada de pelícanos que planeaban graciosamente por su territorio celestial para luego descender en picado con la intención de servirse su alimento favorito del bufé libre que las olas les ofrecían. Giré el objeto cuadrado que tenía en las manos y noté que mi cuerpo viraba suavemente en la misma dirección. Ese misterioso objeto parecía haberme dado alas y dirigía la ruta de vuelo. Sabía que, mientras lo sostuviera, algo mucho más poderoso que yo me guiaría. Lo incliné hacia arriba y ascendí aún más alto, hacia un grupo de gaviotas que revoloteaban juguetonas. Me sentí rebosante de la más plena alegría de existir y, por una vez en la vida, en armonía con el universo.

Todavía volé más alto sin pensar o preocuparme por cómo me las arreglaría para bajar. Cuanto más ascendía, mejor me sentía, y de pronto comprendí por qué los pájaros cantan siempre. También yo comencé a cantar, aunque juro que no recuerdo en absoluto qué canté. Se apoderó de mí una extraña sensación que nunca antes había experimentado. Era como si alguien hubiera entreabierto una puerta secreta en lo más íntimo de mi ser y hubiera empezado a verter un líquido dulce y tibio que recubría todo mi cuerpo de un brillo dorado.

Cuando ya parecía que mi alma estaba colmada de ese líquido hasta rebosar, noté que comenzaba a flotar, ligera como una pluma, de regreso a la Tierra. Descendí ingrávida y sin rumbo, con suavidad, mecida en el cielo luminoso. De nuevo me crucé con las gaviotas y les lancé una sonrisa silenciosa. A continuación topé con la bandada de pelícanos, y algunos me ofrecieron una demostración de sus proezas, evolucionando en el cielo y descendiendo en picado hacia las olas turquesa del océano en busca de alimento.

Percibí que mis pies tocaban la arena recalentada por el sol y me alegré de encontrarme de nuevo en el lugar donde todo me resultaba familiar. Dirigí la mirada hacia el prodigioso paquete que aún sostenía en las manos y quedé asombrada por lo que vi.

Se trataba de varias cuartillas en blanco de papel de escritorio muy caro recogidas con una cinta de terciopelo azul. En la parte superior de la primera página se leía: «De Heather Hurley.» De inmediato un interrogante surcó la aterciopelada superficie

de mi mente. Pero antes de que se hubiera formado por completo la pregunta, una pluma dorada como la arena flotó ante mi rostro para aterrizar en el centro de la cuartilla y, soltando un poco de tinta, dejar una mancha con la forma de un beso.

Poco a poco me invadió la vaga sensación familiar de recuperar la consciencia. Como no deseaba despertar todavía, me esforcé en concentrarme en las lujosas hojas, la pluma y la arena bañada por el sol. Aún no estaba lista para abandonar ese sueño. Quería conocer el significado del inexplicable encabezamiento del cuaderno, ver qué otra cosa mágica derramaría la pluma en las páginas siguientes, y ¡Dios, cómo deseaba volver a volar!

Desperté muy a mi pesar, debatiéndome hasta el último momento por seguir sumida en ese sueño intrigante y prodigioso. En vano. Estaba tendida en la cama mientras la alarma del despertador sonaba junto a mi cabeza, tan odiosa como los pitidos que anuncian la media parte en los partidos de baloncesto.

Permanecí un rato tumbada, intentando recordar por qué narices había puesto el despertador a esa hora. ¡Ah, sí! Claro, tenía una cita esa mañana con mi entrenador particular para trabajar los abdominales. Refunfuñé ya de buena mañana y, con un suspiro de resignación, me desprendí del cómodo abrazo de mi cama para arrostrar al mundo de frente.

Caminé descalza hasta la cocina con los ojos entornados cual persianas, guiada sólo por la necesidad de una dosis de cafeína. Enchufé la cafetera y, cuando me disponía a abrir el paquete de café molido, deseé los buenos días a un señor sentado a mi mesa. Mientras desgarraba el papel de plata, el corazón me dio un vuelco. Me volví perpleja para verle, esparciendo por el suelo el café aromatizado de avellana que parecía recién molido.

Joe ahogó una carcajada, meneando la cabeza divertido al tiempo que observaba cómo me esforzaba por tranquilizarme.

—Has tardado mucho en reparar en mí —se mofó él.

—Me has dado un susto de muerte —le reprendí tras recuperar el habla. Permanecí de pie, procurando apaciguar el retumbar de mi corazón y calmar los desarreglos de mi estómago.

—Perdona —se excusó—. Supongo que pensé que a estas alturas ya te habías acostumbrado a esta clase de cosas.

—¿Que me había acostumbrado a ver aparecer un extraño en mi mesa? —espeté—. ¡Pero qué tonta soy!, ¡mira que sobresaltarme por cosas tan normales! —Percibí un temblor en mi voz, y seguro que también él lo captó.

Su expresión traviesa cedió paso al instante a una actitud compasiva y arrepentida. Se levantó con elegancia de la silla y dirigió sus pasos por en medio del café desparramado en el suelo hasta donde yo me encontraba, todavía paralizada, apoyada contra el fregadero en posición defensiva.

—Siento haberte asustado —musitó con una sinceridad que resultaba casi palpable. Me puso una mano en el codo con gesto protector y con la otra me cogió la

barbilla, levantándome el rostro para atraerlo hacia el magnetismo de sus ojos—. A menudo olvido lo mucho que te asustas en algunas ocasiones —se disculpó—. Me olvido de que no has aprendido esa lección todavía.

La tensión de la espalda y los hombros se disolvió poco a poco mientras me perdía en la profundidad de sus ojos, disfrutando del sosiego que me transmitían.

—¿Qué lección? —susurré—. Debí suponer que tu intento por provocarme un infarto tenía que encerrar una lección.

—Nunca más volverás a tener miedo, Heather —sentenció—. Esa es la lección.

Me pregunté qué significaban esas palabras. ¿Acaso nunca más volvería a sucederme nada malo? ¿Ya no tendría necesidad de cerrar las puertas con llave ni echar el pestillo de las ventanas porque ningún peligro me acecharía? ¡Siempre había soñado con algo así!

—Oye, espera un minuto —dijo esbozando una sonrisa—. Creo que no lo has entendido.

—Ya sabía que sonaba demasiado bien para ser cierto —murmuré decepcionada.

—Heather, me refiero a que nunca más debes asustarte, porque ahora ya sabes que siempre estaré a tu lado. Sé que nunca has creído que eso fuera posible, pero te pido que confíes en mí —concluyó.

Era evidente que estaba convencido de lo que decía, pero yo necesitaba algo más que la promesa de su presencia. Necesitaba garantías de que a partir de entonces nada malo volvería a sucederme, de que nada volvería a herirme o angustiarme.

Adivinó la razón de mi escepticismo aun antes de que tuviera tiempo de manifestarlo.

—Créeme, una vida sin retos sería un infierno —aseguró—. Donde hay penalidades hay siempre crecimiento —añadió en un susurro—. Recuérdalo. Y el crecimiento es el fin último de la vida.

—Todo esto resulta demasiado profundo para que pueda digerirlo a esta hora temprana de la mañana —repliqué con un suspiro de exasperación.

Sonrió, comprensivo, y bajó la mirada hacia el suelo de linóleo blanco, ahora moteado de café.

—Sospecho que ya no te quedará más café molido —reflexionó en voz alta con una sonrisa juguetona de los labios—. Desde luego huele muy bien.

Eché una ojeada a la bolsa que yacía a mis pies y cuyo contenido se hallaba esparcido en el suelo. Volví la vista hacia los ojos expectantes de Joe y suspiré desolada.

—Donde hay penalidades siempre hay crecimiento —recité—. Tendremos que tomar uno instantáneo.

Esa mañana Joe y yo permanecemos largo rato sentados en la cocina, tomando café instantáneo y charlando sobre la importancia de sentirse bien con uno mismo. Sus puntos de vista y sus revelaciones representaban una bocanada de aire fresco para mi mente recalentada, semejante a la brisa estival que penetraba a través de la ventana de la cocina.

Serví una tercera taza para cada uno y tuve la sensación de que su aroma se parecía mucho al del selecto café avellanado que había esparcido por el suelo minutos antes.

—¿Es posible que tenga una alucinación? —dije burlona—. Me apetece tanto saborear un café a la avellana que creo olerlo.

Sin pronunciar palabra, Joe levantó su taza para brindar conmigo, tras lo cual se la llevó a los labios sin apartar la mirada de mi cara.

Tomé un sorbo del aromático y humeante brebaje y decidí relatar mi extraño sueño de la noche anterior. Sin embargo, tras la primera frase me detuve y bajé la vista hacia mi taza. Habría jurado que sabía a café a la avellana, no al barato instantáneo. Pero eso era imposible. O quizá no.

—¿Y por qué no? —inquirió Joe con una sonrisa maliciosa—. Si tiene el aspecto del café a la avellana, huele a avellana y sabe como el café a la avellana, será café a la avellana.

—¿Cómo lo has hecho? —pregunté con expresión interrogante y los ojos abiertos como platos. ¿Acaso sus prodigios no conocían límite? ¿Cuándo dejaría de asombrarme ese hombre?

—Si deseas hablar de prodigios realmente asombrosos —observó con una pizca de orgullo—, deberías haber estado presente el día en que convertí el agua en vino. Lo del café es una minucia. El vino es mucho más delicado porque hay que asegurarse de añejarlo en su punto exacto.

Lo miré boquiabierto.

—Más vale que cierres la boca o te entrarán moscas —aconsejó con sorna y un mohín de malicia—. Vamos, ¿por qué no sigues contándome lo de tu escapada a las alturas? —sugirió.

Tras vacilar un instante, respiré hondo y reanudé la narración. Le hablé de la maravillosa sensación que había experimentado al flotar en el espacio infinito, dejando atrás todas mis preocupaciones. Traté de describirle el bienestar y la paz que me habían embargado, la sensación de libertad absoluta y fusión con el universo. Le expliqué que el delicado cuaderno poseía el poder de dirigir mi vuelo y elevarme tanto como quisiera mientras lo sostenía en mis manos.

Joe escuchaba con atención, sonriendo y asintiendo para alentarme a continuar. Cuando hube terminado, tomé un largo y lento sorbo de café, invitando mentalmente al retorno a los últimos vestigios de mi sueño.

—De veras, Joe, si no fuera porque sé que resulta imposible, habría jurado que anoche realmente volé.

Por unos minutos mantuvo la mirada fija en mis ojos, y luego preguntó muy serio:

—¿Y qué te hace pensar que no fue así?

En vano intenté detectar un deje de ironía o burla en su voz. Hablaba en serio. Pero ¿cómo podía creer que realmente había volado la noche anterior?

—Pues porque esta mañana he despertado en mi habitación, tendida en la cama —respondí con cierto cinismo—, en el mismo lugar donde me hallaba antes de quedarme dormida.

—¿Y?

—Ah no, no, no y no —repliqué meneando la cabeza con expresión de incredulidad—. No conseguirás hacerme creer eso.

Rio abiertamente y se arrellanó en la silla. De repente su estilizada figura se me antojó demasiado grande para que se encontrara cómodo en mi pequeña cocina.

—¿Por qué no? —insistió, testarudo—. Quizá ya va siendo hora de que empieces a abrir tu mente para ampliar el abanico de posibilidades de la vida, Heather.

—Sentémonos en el comedor —propuse, tratando de cambiar de tema. Me negaba a considerar la posibilidad de que la noche anterior hubiera sobrevolado Santa Mónica con un fajo de cuartillas de papel satinado contra mi pecho. Imposible. Serví otra ronda de café y me entretuve preparando una bandeja con rebanadas de pan y queso para untar. De repente me había entrado un hambre atroz.

—Es tu mente la que está hambrienta —me azuzó Joe sonriente, mientras nos trasladábamos al sofá. Tomó asiento a mi lado y prosiguió—: Estás ávida de conocimiento. Te mueres por saber cómo volver a volar. Estás ansiosa por comprender el significado del papel de escritorio que sostenías en ese sueño, por interpretar el sentido de la pluma que besó aquel fajo de hojas.

—No creo en la interpretación de los sueños —repliqué con un gesto de hastío.

—Sí, ya veo —asintió Joe mientras untaba una rebanada con queso—. Supongo que por eso tu vida es un mar de risas.

Ya no pude más; ese comentario hizo aflorar mi vena irlandesa.

—¡Bueno, ya basta! —exploté—. ¡Fuiste tú quien afirmó que la vida no es siempre un camino de rosas, que la clave está en aceptar los retos y crecer! ¿Y ahora me sales con el cuento de la interpretación de los sueños? —Advertí complacida que lo tenía acorralado.

—Pero eso no significa que la vida deba ser horrible —objetó sin perder la calma—. Aprender y crecer puede resultar muy divertido, y la interpretación de los sueños constituye una poderosa herramienta para ello. —Guardó silencio, dubitativo, para luego añadir en un susurro—: Si se adopta la actitud correcta, por descontado.

—Y ahora, ¿qué pasa con mi actitud? —arremetí, con las manos apoyadas en la cadera.

—Oh, nada —contestó entre risas—. Sólo que resulta un poco..., en fin, al estilo de la Costa Este, ¿no te parece?

Quedé apabullada y traté de encontrar alguna objeción, pero tenía la mente en blanco.

—Eso está bien, Heather —aseguró con tono conciliador. Y levantándose del sofá para dirigirse hacia el arca de cedro que había en un rincón de la sala, sentenció—: Una mente en blanco es como un recipiente vacío cuya finalidad última es ser llenado.

Acto seguido se tomó la libertad de abrir el baúl y hurgar en su interior, como si conociera bien lo que estaba buscando. Ni siquiera yo recordaba ya qué guardaba allí. No lo había abierto desde hacía años y, francamente, no estaba segura de querer ver su contenido.

Al parecer, mi opinión al respecto carecía de importancia. Joe revolvió en el arca hasta que sus manos dieron con algo que le provocó una leve sonrisa. Lo sacó con sumo cuidado y lo sostuvo en alto agitándolo delante de mí con una mirada triunfal en su hermoso rostro. Un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando posé la vista en el legajo de papeles ajados que tenía en la mano... atados con una cinta azul, idéntica a la que había visto en el sueño.

De ordinario me habría enojado que cualquiera, sobre todo un hombre, se hubiera tomado semejante confianza, pero Joe no era «cualquiera». Por algún motivo confiaba en él de corazón, y hacía mucho tiempo que no confiaba en nadie de esa manera.

—¿Qué tal si hablamos sobre esto? —propuso depositando el elegante paquetito en mi regazo.

—No tengo ni idea de qué hay aquí —afirmé, intentando ganar tiempo, pues sospechaba que se trataba de la colección de poemas que un día escribí.

Joe se acomodó a mi lado en el sofá y observó cómo desataba indecisa el lazo azul y pasaba las amarillentas páginas del fajo. A medida que lo hacía, recordaba con tristeza la época en que iba por el mundo con el corazón en la mano; me resultaba embarazoso pensar que hubiera plasmado por escrito sentimientos tan íntimos. La situación me ponía nerviosa, ya que no deseaba volver la vista atrás hasta este extremo.

Di unos golpecitos en el borde de las hojas sueltas para introducirlas en la desordenada pila y tomé el lazo azul con la intención de atarlas. En ese instante la mano de Joe se posó con delicadeza sobre la mía.

—No hagas eso. No puedes andar siempre liando las cosas en atadijos para luego esconderlos. —Con un movimiento preciso cogió una cuartilla del centro del fajo y la sostuvo en alto para mostrármela—. Este es mi favorito —observó con una cálida sonrisa—. Me llegó a lo más hondo.

Titubeante, se lo quité de las manos y leí las palabras que antaño habían brotado de alguna vieja y dolorosa herida.

*El prisionero sentado solo en su celda
rogaba a Dios por el fin de su largo infierno.
Qué desperdicio, encerrado en la flor de la vida,
por haber cometido un simple pecado humano.*

*Ansiaba la libertad, la luz del sol y las flores,
alguien con cuya compañía llenar sus horas.
Pero su vida se apagaba y ya no había esperanza.
Entonces un gorrión comenzó a cantar tras su ventana.*

*«Ay, mi querido amigo, cuánto te envidio,
eres libre de elegir hacia dónde dirigir tu vida.»
El gorrión vigilaba inquieto, posado en el antepecho,
al felino que abajo, en el seto, se mantenía al acecho.*

*«¡Ay! —exclamó desolado el gorrión—,
También yo puedo ser un ladrón.
Si bien nadie puede acusarme de nada,
cada uno a su modo está viendo el tiempo pasar.»*

Recordé haber escrito ese poema cuando me gradué en el instituto. Había estado sirviendo mesas en el Vinnie's Diner y me sentía atrapada, prisionera de esa pequeña ciudad de mala muerte en la que me crié. La gente me resultaba aburrida y sumisa, y me horrorizaba la idea de convertirme en uno de ellos. Fue entonces cuando me juré que algún día llenaría las maletas de mis escasas pertenencias y me largaría a Los Ángeles. Estaba convencida de que Los Ángeles poseía una magia especial y de que por lo menos se me presentaría una buena oportunidad entre el éxito y la belleza que caracterizaban ese lugar.

—¿Y ahora cómo te sientes? —inquirió afectuoso Joe, que al parecer había seguido cada uno de los pensamientos que flotaban en mi mente—. ¿Es Los Ángeles como deseabas que fuera?

—Por supuesto que no —contesté un tanto irritada—. Nada es nunca como lo imaginamos en la infancia. Es muy natural sentirse algo decepcionado.

—¿Sólo sientes eso? —insistió—. ¿Decepción?

Me sorprendí al advertir que se me llenaban los ojos de lágrimas, aunque no me avergoncé de ello.

—Bueno, supongo que aún me siento un poco atrapada —admití al tiempo que las lágrimas se desbordaban y rodaban por mi rostro—. De hecho, me siento muy atrapada. —Ahora lloraba con ganas—. Exactamente igual que en el Vinnie's Diner... tal vez peor.

Joe se acercó a mí y al pasarme su fuerte y reconfortante brazo por la espalda hizo caer mi rebanada de pan sobre el sofá.

—¡Ostras! —masculló sacudiendo las migas del cojín con la mano libre—. No pretendía ensuciarlo.

—Es igual —musité sorbiendo por la nariz, deseosa de que siguiera con el brazo sobre mis hombros—. Han caído cosas más grandes que migas sobre este sofá.

Nuestras miradas se cruzaron un instante y a continuación prorrumpimos en carcajadas.

—Mi dulce Heather —murmuró acariciándome el cabello—, ignoras la magia que hay en tu interior. Has estado tanto tiempo obsesionada por tu aspecto exterior que no has reparado en tus mayores tesoros.

—¡Oh, no, ya estamos otra vez! —protesté—. Sospecho que ahora me aconsejarás que vaya a la universidad, que estudie una carrera, que haga algo con mi vida. —Me preparé para oír el sermón que yo misma me había soltado un centenar de veces, y del que, por supuesto, haría caso omiso.

—¿La universidad? —repitió Joe, sorprendido de que supusiera que esa sería su recomendación—. ¿De verdad has pensado que iba a sugerirte eso?

—¿Y por qué no? Probablemente es lo más sensato.

—Únicamente puede considerarse sensato si coincide con tus deseos —replicó Joe—. E intuyo que tus deseos no tienen nada que ver con lo que se enseña en un aula. De hecho —añadió con una mueca divertida—, estoy convencido de que serías tú quien podría enseñar un par de cosas a la mayoría de los profesores universitarios.

Alcé la vista hacia su hermoso rostro en busca de una muestra de sarcasmo o doble sentido, pero sólo capté el amor que manaba de las profundidades de sus oscuros ojos castaños y que penetraba en las barreras de mi alma. Por enésima vez me maravillé de que ese hombre me profesara un amor tan verdadero e incondicional.

—Dime, Joe, ¿cuáles son mis mayores tesoros? Explícamelo porque no tengo ni idea.

Posó la vista en las amarillentas páginas de los poemas que permanecían en mi regazo, y su voz sonó suave como un beso cuando finalmente habló:

—Tus cuadros. Posees muchas habilidades, pero tus cuadros constituyen tu mejor aportación al mundo.

—¿Mis cuadros? —pregunté intrigada con el entrecejo fruncido—. ¿Qué cuadros? —Creía haber estado siguiendo el hilo de su discurso, pero de pronto me había perdido. Jamás había cogido un pincel y estaba segura de que no era una de esas personas dotadas de un potencial aún por descubrir en el campo de la pintura. ¿A qué se refería?

—En estos cuadros —prosiguió, volviendo la vista hacia el legajo de poemas—, has conseguido plasmar, de un modo espléndido, poderosas emociones. Y eso no resulta nada fácil. —Me miró de soslayo para comprobar que no me había desmayado, supongo—. Y para conseguirlo te has servido de las herramientas más

puras —añadió.

—¿Herramientas? ¿Qué herramientas? —repetí perpleja.

—Sí, Heather —continuó entusiasmado—, has pintado esos cuadros mediante palabras y sentimientos, y más importante aún, con sinceridad. Y me consta que sabes cuán difícil resulta encontrar eso. Sí, Heather, eres una gran artista.

Me sentía confusa, y no vacilé en manifestarlo. Durante años me había considerado una mujer no demasiado lista, incluso algo perezosa si me apuran, y por supuesto sin el menor talento... bueno, por lo menos no en el sentido habitual del término.

Y ahora se presentaba ese ser místico para elogiar mis poemas, denominándolos «cuadros», y calificándome de «artista». Me preguntaba si no estaría tramando algo.

No tardé en conocer la respuesta.

Joe colocó la cinta azul alrededor del fajo de cuartillas, meditabundo, y me tendió el atadillo.

—Cierra los ojos —ordenó, y sin ninguna oposición, sino con la máxima confianza, obedecí—. Ahora, estrecha los poemas contra tu pecho, lo más cerca posible de tu corazón —indicó con ternura—. Así, muy bien —me animó—. ¿Todavía no sientes nada?

—¿Qué debería sentir? —pregunté ignorante, apretando los párpados.

—La magia —se limitó a contestar.

Y entonces, en efecto, la sentí.

De nuevo flotaba en el cielo, como en el sueño. También esta vez utilicé el fajo de cuartillas como timón, y por supuesto funcionó. En tanto mantuviera los poemas contra mi corazón, podría tomar el rumbo que se me antojara. Era una sensación magnífica que me embriagaba de felicidad.

—¡Estoy volando, Joe! —exclamé—. ¡Estoy volando otra vez!

—Ya lo sé —le oí decir desde lo alto—. Me siento orgulloso de ti.

¿Que se sentía orgulloso de mí? ¡Había alguien que se enorgullecía de mí! Qué bien me sentía, no quería que mi aventura acabara jamás. En mi entusiasmo por no perderme nada de cuanto sucedía, abrí los ojos y de inmediato noté que mi cuerpo se precipitaba como una bomba, directo a la Tierra, y aterricé con suavidad sobre el sofá, al lado de Joe.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté, incapaz de disimular mi decepción.

—Que abriste los ojos —contestó Joe entre risas—. Es una de las reglas capitales para volar en sueños —precisó—. Deduzco que debía haberte advertido.

—¡Pero no estaba soñando! —objeté—. Estaba despierta con los ojos cerrados, eso es todo.

—Cuestión de semántica —repuso.

—Joe, explícame qué significa todo esto —supliqué—. ¿Qué pasa con esos poemas? Primero se me aparecen en sueños, y ahora están aquí, ofreciéndome la posibilidad de volver a escapar a las alturas. ¿Cuál es la lección?

Sin pronunciar palabra, Joe cogió el legajo de poemas de mis manos y lo depositó en la mesa junto con las tazas de café, ya frío, y las rebanadas que no habíamos comido. Se volvió hacia mí y, cogiéndome las manos, las envolvió con las suyas, amplias y cálidas.

—Durante años has creído estar buscando un sueño —explicó mientras escrutaba mis ojos, comprobando la ausencia de cualquier rastro de resistencia—, pero en el fondo eran tus sueños los que te buscaban a ti.

—Pero... —Me asaltaban miles de preguntas y no sabía por dónde empezar.

—Chist —me acalló Joe, cruzándose los labios con un dedo y deslizando el atillo de poemas bajo su brazo. Se levantó del sofá y dirigió sus pasos hacia la puerta principal para, a continuación, girarse sobre sus talones—. Lo que te digo es cierto, ¡créeme! —imploró—. Ha llegado el momento de que tú y tus sueños entréis en contacto. Cuando los engranajes se ponen en movimiento de esta manera, es que ya falta muy poco para que se cumplan tus sueños, ya lo verás. —Y silenciosamente se marchó.

Permanecí sentada un buen rato, perpleja, y de no haber sonado el teléfono, no sé cuánto tiempo habría continuado en ese trance.

Era mi entrenador particular que llamaba para preguntar por qué no había acudido a la cita de esa mañana.

—¡Ah!, he estado ocupada pintando —repliqué.

No logré que mi entrenador particular me diera hora hasta el cabo de una semana, y habría jurado que de ese modo me castigaba por el plantón. En cuanto me presenté en el gimnasio, me puso a hacer abdominales en el suelo y luego me obligó a incorporarme y simular que escalaba por una liana invisible. Después de cincuenta minutos de tormento, empecé a preguntarme si valían la pena tantos esfuerzos y sufrimiento para conseguir un cuerpo sin defectos.

Procuré ignorar el dolor imaginando cosas agradables, pero lo único que surtía efecto era pensar en una inyección de morfina. Entretanto, me acordé de algo que Joe había dicho la otra mañana, mientras tomábamos café. Había asegurado que yo me preocupaba en exceso por mantener un cuerpo perfecto porque no me había percatado de que tenía una mente perfecta. Por un instante se me ocurrió que tal vez resultaría mucho más fácil ejercitar mi mente en lugar de mi cuerpo, aunque dudaba de que hubiera mucha gente dispuesta a pagar por ver mi mente.

¿Qué había querido decir Joe con eso? Había afirmado además que no me hacía ninguna falta estudiar en la universidad. Entonces, ¿cómo podría yo emplear mi mente para ganar lo bastante y mantener el estilo de vida a que estaba acostumbrada? No soy una persona intelectual, y menos aún conformista. En efecto, basta con que me impongan unas pocas normas para que me sienta impulsada a infringirlas. Así pues, ¿de qué otro modo podía encajar yo en este mundo si no haciendo lo que hacía? Cuando menos, con el *striptease* conseguía pagar las facturas, y si realizar los abdominales formaba parte de mi profesión, pues bien, no me quedaba más remedio que asumirlo.

Tan pronto como la sesión de tortura con el entrenador llegó a su fin, me precipité hacia el *jacuzzi* y la ducha. No había dejado de pensar en Joe y sus palabras. ¿Qué significaba eso de que eran mis sueños los que me buscaban a mí, y no al revés? ¿Cómo sabía dónde encontrar mis poemas atados con un lazo azul? ¿Y qué relación guardaba ese legajo con mi facultad de volar en sueños? No concebía que esos poemas, almibarados y de escasa calidad, pudieran tener valor alguno, pero ¿por qué se los había llevado? Y sobre todo, ¿por qué no había tenido noticias suyas en toda la semana? No soy una persona posesiva, en absoluto, pero el tipo poseía un carisma innegable, y deseaba volver a verlo. Por otra parte me enseñaba cosas sobre mí que me fascinaban.

Desde que Joe había entrado en mi vida todo parecía haber cambiado. Me sentía como un bulbo de tulipán que alguien hubiera plantado mucho tiempo atrás y después abandonado. Siempre había creído que Dios se había olvidado de mí; sin embargo acababa de aprender que yo era responsable en parte de esa situación. Era yo quién me había tratado de forma tan mezquina.

A pesar de todo, sentía la calidez y la presencia de Joe aun cuando no se hallaba a mi lado, y me embargaba una arrolladora necesidad de crecer y sacar a la superficie

lo que me angustiaba. Daba la impresión de que una mágica neblina de bienestar había caído sobre mí para permitirme ver la vida con una clarividencia que nunca había creído poseer. En los últimos días contemplaba mi futuro con esperanza, y me sorprendía gratamente el «efecto dominó» que ello producía. Además, ya no me obsesionaba por evaluar el potencial financiero de mis clientes, sino que, en lugar de eso, me dedicaba a conjeturar sobre mis posibilidades aún por descubrir.

Sin embargo, era consciente de que debía andarme con tiento. Resultaba muy fácil cobrar un gran afecto a Joe, y sabía que eso no me convenía. Después de todo, la semana anterior me había repetido que sus días conmigo estaban contados. Tarde o temprano, dadas las características de su misión, tendría que presentarse ante otra persona que necesitara de su ayuda. En mi ámbito de trabajo, mantener cierto desapego a las personas es una premisa importante, por lo que cabía esperar que no me costaría conservar el equilibrio emocional en esa situación. Por lo general me resulta muy fácil mantenerme distante, pero Joe despertaba en mí toda clase de sentimientos y no podía evitar enamorarme de él un poco más cada día.

Tenía que procurar no bajar la guardia.

Me colgué la bolsa de deporte en el hombro y me encaminé hacia el aparcamiento. Resuelta a no pensar más en Joe y en por qué no me había llamado, conecté la radio e hice girar el dial hasta sintonizar una buena emisora. Empecé a canturrear.

Me encontraba parada ante un semáforo en rojo a la altura del Wilshire Boulevard cuando comenzó a sonar mi canción favorita: *Someone to Watch Over Me* (Alguien que cuide de mí). Estuve cantándola, absorta, mientras esperaba.

Vi unos pocos coches en el carril contrario con el intermitente izquierdo encendido y me hizo gracia su pretensión. Se trataba de uno de los cruces más congestionados de la ciudad, incluso para lo que se considera habitual en Los Ángeles, y a menudo hasta los conductores más agresivos se ven obligados a esperar varios cambios de semáforo antes de girar a la izquierda. Por fortuna, yo no tenía por qué preocuparme pues iba todo recto, de modo que subí el volumen de la radio y seguí cantando más fuerte. Comoquiera que soy una poeta en ciernes, cambié el título original por Alguien que cure mis heridas y compuse la letra:

*Tengo un nuevo amigo
que me ha descubierto la libertad,
llenándome de felicidad,
y pacientemente
va curando mis heridas con su bondad.*

El semáforo cambió a verde, y la mujer del coche que me precedía, en lugar de avanzar, indicó con la mano a los vehículos del otro carril que aprovecharan para girar. Tal como se funciona en Los Ángeles, ninguno de los conductores que

esperaban podía creer que esa mujer les cediera el paso, por lo que no se movieron. Quienes se hallaban detrás de mí empezaron a hacer sonar el claxon, impacientes, pero el automóvil de delante seguía sin moverse. Como era de esperar, el semáforo volvió a cambiar a rojo, y nadie había pasado el cruce.

Tomé aire, preparándome para el final de la canción, y atacé la última estrofa más fuerte con la intención de acallar la frustración que sentía.

*No le digáis que mi amor es un frenesí,
que siento
que la esperanza regresa a mí,
cuando cura mis heridas así.*

Cuando sostenía esa última nota, oí que alguien aplaudía en el asiento del pasajero. Sobresaltada, volví la cabeza con los ojos desorbitados para encontrar a Joe tranquilamente sentado a mi lado, riendo como un niño y batiendo palmas con sus delicadas manos en señal de aprobación.

—¿No es posible disfrutar de cierta intimidad estando tú cerca? —le solté, más abochornada que asustada—. ¿No hay nada sagrado para ti? —Me reproché ser tan reacia a dejar de emplear el sarcasmo y ponerme a la defensiva incluso cuando amaba a alguien.

—Todo es sagrado —afirmó sacudiendo la cabeza—, en especial los momentos como este, cuando estás relajada y contenta. Y por lo que respecta a tu actitud sarcástica, en realidad forma parte de tu encanto. De todos modos, tarde o temprano la suavizarás. Por cierto —añadió—, me ha dado la impresión de que te referías a mí en tu canción, ¿me equivoco?

—No seas tan creído —repliqué medio en serio, convencida de que por descontado sabía que estaba colada por él.

El semáforo se puso en verde de nuevo. Esa vez el coche que me precedía avanzó sin titubear y el tráfico volvió a rodar con fluidez. Es decir, con la fluidez que permite el tránsito en Los Ángeles.

—Ya era hora, me alegro de que por fin se diera cuenta —murmuró Joe, señalando con la barbilla a la mujer que había causado el embotellamiento—. Tendré que tomar nota de eso.

—No me digas que también te dedicas a vigilar las infracciones de tráfico —repliqué con tono acusador.

Meneó la cabeza, riendo.

—¿Conque eso crees? —preguntó enarcando las cejas, sorprendido—, ¿que llevo la cuenta de sus faltas para luego castigarla? De verdad, Heather, ¿cuándo empezarás a confiar en mí? —Su tono era afectuoso, incluso comprensivo, y por un instante me pregunté cómo podía aguantarnos a mí y a los demás.

—Pues suponía que habrías aprobado su comportamiento —observé—.

Entiéndeme, ha sido paciente y condescendiente, como a ti te gusta que sea la gente. —Incapaz de reprimirme, añadió—: Las mujeres, en especial.

—Ella tenía prioridad —se limitó a replicar.

—¿Y? —Repuse, de nuevo sarcástica—. La cedió para que otros pudieran circular. Habría pensado que le concederías una preciosa medalla de oro por ello.

—Su actuación no ha sido de especial utilidad para alcanzar su objetivo —me explicó, pragmático—. Sólo ha servido para desviar el curso de los acontecimientos.

No encontré nada que objetar. Por una vez no se me ocurrió ningún comentario cínico, y sospeché que Joe usaba ese incidente banal como ejemplo para enseñarme un concepto más trascendente.

—¿Sabes, Heather? —prosiguió—. No hay nada malo en aceptar lo que por derecho te corresponde. Es más, de esa forma las cosas se mantienen en el cauce correcto. En cambio, cuando te autoflagelas, es decir, cuando piensas que no eres lo bastante buena o que no mereces nada bueno, no sólo te perjudicas a ti misma, sino también a las personas que te rodean.

Me tomé unos minutos para digerir ese trago.

—¡Vaya! —exclamé por fin—. Desde luego, no tienes nada que ver con lo que me vendieron las monjas.

Rio la ocurrencia y concedió:

—Es cierto, ese colectivo no me ayuda mucho, que digamos.

En el breve silencio que siguió pensé que era realmente bondadoso, comprensivo, indulgente, compasivo... y con sentido del humor. En aquellos momentos me sentí muy cerca de aquel hombre, a quien hasta entonces siempre había negado.

—Esto es sólo el principio —susurró, respondiendo a mis pensamientos—. A partir de ahora, Heather Hurley, la vida será cada vez mejor para ti.

—¿Y eso puede ingresarse en el banco? —pregunté sin conceder el menor crédito a sus palabras.

—Todo se andará —afirmó con seguridad—. Ahora te toca a ti. Estás a punto de conocer la realización personal y la satisfacción.

Me sorprendieron las lágrimas que empezaron a brotar de mis ojos cuando le oí hablar así. Un sentimiento de confianza, esperanza y alegría me inundó como las refrescantes olas del océano, y por mucho que fuera maravilloso, me resultaba totalmente desconocido. No entendía por qué la mera perspectiva de ser feliz me producía, de pronto, ganas de llorar. ¿Acaso me faltaba un tornillo?

—No te preocupes —dijo tranquilizador—. Hay que acostumbrarse a la felicidad, sobre todo cuando se ha estado tanto tiempo privado de ella. Ya te adaptarás.

—¿De veras? —inquirí, consciente de que había adivinado lo que yo experimentaba en esos momentos. Por primera vez en la vida me sentía comprendida por alguien, y una lágrima enorme rodó por mi mejilla. Avergonzada por mis lloros, forcé una sonrisa y pregunté—: ¿Te importaría insultarme o darme una torta? Ante eso, si sé reaccionar. En cambio, encuentro muy complicado lo de ser feliz. No sé

cómo tomármelo.

Con suma ternura, Joe me enjugó una lágrima.

—Cuando conduces, deberías conducir —explicó—, y cuando lloras, deberías llorar. Es imposible hacer las dos cosas a la vez. ¿Por qué no dejas el coche en ese aparcamiento?

—Estoy bien —protesté, negándome a dar rienda suelta a mis sollozos. Supongo que temía que, una vez empezara, no pudiera parar.

—Sin duda estás bien —replicó con dulzura—, pero ¿por qué no aparcas de todos modos?

Obediente, circulé hacia el aparcamiento de unas pequeñas galerías comerciales. Aunque había pasado muchas veces por esa calle, inexplicablemente jamás había reparado en esas discretas galerías.

Joe sacó un pañuelo de un blanco inmaculado y me enjugó las lágrimas.

—Eso es —me animó, cariñoso, mientras yo seguía llorando—, sácalo todo.

Y eso hice. Lloré por mi infancia perdida, por el comportamiento defensivo que adoptaba para evitar que la gente me cobrara demasiado afecto. Lloré por las ocasiones desaprovechadas de amar a otro ser humano, por los muchos años en que ni siquiera había sido capaz de amarme a mí misma; por los sueños rotos, la falta de autoestima, el miedo por el futuro...

Todo emergió de mi corazón y se desbordó por mis ojos. Entretanto, Joe recogía cada lágrima de sufrimiento en su pañuelo.

—Muy bien, Heather —me confortó—. Ya estás acabando.

—¿Acabando? —farfullé sorbiendo por la nariz, demasiado enfrascada en mis emociones para preocuparme por mis modales.

—De lamentarte por tu pasado —contestó con firmeza—. Si no expulsas el pasado de tu interior, no habrá suficiente espacio para las cosas buenas de la vida. —Dejó que sollozara otro rato antes de proseguir—: Y te aseguro que te aguardan muchas cosas buenas.

Le miré sumisa, luego cogí el pañuelo de sus manos y me soné la nariz.

Cuando por fin recuperé los ánimos y dejé de llorar, me entró hipo. Joe me miró afectuoso y observó:

—No sospechas lo adorable que resultas cuando hipas.

Eché a reír y le abracé apoyando la cabeza en su hombro, fuerte y acogedor, tratando de grabar con fuego en mi mente esa sensación de paz y de seguridad absolutas. Habíamos compartido muchas experiencias y le amaba de verdad. Permaneció callado, acariciándome el cabello, reconfortándome, como un padre que sosiega a su hijo asustado.

De repente me vino a la mente la imagen de Dorotea en *El mago de Oz*. Recordé cómo, acompañada del espantapájaros, el león y el hombre de hojalata, se había aproximado al sabio, quien había sacado del saco negro que llevaba un regalo para los amigos de la niña. Entonces estos habían preguntado qué guardaba para Dorotea,

y ella había exclamado: «Bah, no creo que haya nada para mí en ese gran saco negro.»

Joe deslizó la mano por mi cabello para ponerla en mi hombro y me susurró al oído:

—¿Por qué estás pensando en Dorotea y el mago de Oz?

—Porque me siento como ella —respondí entre hipo e hipo—. Todo el mundo parece recibir el regalo que le corresponde en la vida, pero no creo que haya nada para mí en ese gran saco negro. Estoy sola en este mundo, a la deriva, en espera de que algo suceda. Me gustaría ser como el resto de la gente, pero sé que nunca encajaré entre ellos. Siempre he marchado al ritmo de otro tambor. Yo soy así... diferente.

Tuve la sensación de que Joe se reía de mis palabras y me ofendió que se tomara mis sentimientos más profundos tan a la ligera.

Apartó mi cabeza de su hombro y me volvió el rostro hacia el suyo.

—No me río de tus sentimientos, Heather —aseguró con sinceridad—, sino de tus estúpidos miedos. En primer lugar, no me cabe duda de que a estas alturas ya habrás entendido que no te encuentras sola y que no es cierto que nadie te quiere, pero si necesitas oírlo de viva voz, ahí va: te quiero, Heather Hurley, y siempre estaré contigo, incluso cuando no puedas percibirme con tus cinco sentidos físicos.

Sentí que mi corazón se fundía al notar el amor que emanaba de sus ojos, dotando de una sinceridad innegable a sus palabras.

—Y en cuanto a lo de marchar al ritmo de otro tambor —continuó—, bueno, al menos oyes el ritmo. No te figuras cuánta gente va por la vida completamente sorda a los ritmos de sus deseos y sus sueños.

Poco a poco me encontraba mejor, y un irresistible sentimiento de amor me invadió. O al menos supuse que era amor. Resultaba difícil definirlo, pues nunca había experimentado nada comparable.

—Y por lo que respecta al misterioso saco negro —agregó—, no está vacío ni mucho menos. No tengo ningún broche mágico de amor, valentía o inteligencia que prenderte, Heather, tan sólo un corazón lleno de amor. Y el amor es la única magia que necesitas. Es la solución a todo. De todos modos, hay que empezar por amarse a uno mismo, recuérdalo.

No sabía qué decir. Estaba allí, sentada en el coche, en medio de un aparcamiento que nunca había visto, descubriendo el camino hacia la esperanza y la felicidad. Nada había cambiado en mi mundo exterior, pero no cabía duda de que mi mundo interior estaba emprendiendo una obra de envergadura. Tal vez algún día se alzaría el telón y contemplaría el resultado final.

Joe sonreía cuando lo miré de nuevo.

—Ven —ordenó, saliendo del automóvil—, tengo algo que mostrarte.

Le hubiera seguido hasta el fin del mundo después de todo lo ocurrido, pero sólo me condujo hasta una pequeña y encantadora tienda de postales situada al final de la

avenida. Una campanilla tintineó sobre nuestras cabezas cuando pisamos el felpudo estampado de flores de la entrada; en el interior se percibía un perfume de vainilla y sándalo.

Una mujer de unos cincuenta años, elegantemente vestida, salió del cuarto trasero y sonrió afable. Observó a Joe con atención e, incapaz de ocultar el placer que le producía verlo, exclamó:

—Joe, ¿eres tú?

—Sí, soy yo, Stella —dijo acercándose al mostrador para abrazarla con cariño—. Ya te dije que no te perdería de vista. —Tras esto, se volvió hacia mí y añadió—: Esta es mi amiga Heather Hurley.

La señora me miró con cierto asombro, que enseguida disimuló con sus buenos modales.

—¿La Heather Hurley de la colección *Los Sueños*? —preguntó con admiración, dirigiéndome una cálida sonrisa.

—La misma —contestó Joe—. ¿Te importa que le enseñe la tienda?

La mujer asintió con la cabeza, y en ese instante me llamó la atención el tintineo de la pulsera de oro que lucía en la muñeca izquierda. ¿La colección *Los Sueños*? ¿Qué significaba aquello? ¿Qué sabía de mí esa mujer? Me intrigaba lo que pudiera estar cociéndose. Joe me tomó de la mano y me llevó frente a un expositor del escaparate.

Y allí, entre caros artículos de bisutería y paquetes de flores secas perfumadas, se exhibía una serie de tarjetas de felicitación con una leyenda que rezaba: «*Los Sueños*, de Heather Hurley.» Atónita al ver mi nombre impreso, cogí con delicadeza una postal y la examiné maravillada, como una madre contempla a su hijo recién nacido.

«Tus besos me envuelven como una bandada de mariposas», se leía. Tomé otra en que aparecía la siguiente frase: «Pensé que era el sol lo que tan cálidamente me reconfortaba, pero al abrir los ojos advertí que era tu amor.» Leí algunas tarjetas más y descubrí que en ellas se plasmaban sentimientos que recordaba haber consignado hacía años, cuando ansiaba enamorarme y aún creía en el amor.

¿Cómo habían ido a parar ahí? Había empaquetado mis sueños y mis esperanzas junto con mis poemas, mucho tiempo atrás, y los había atado con una cinta azul para arrojarlos al fondo del baúl de mis ilusiones. ¿Cómo había podido suceder? Desconcertada, me volví hacia Joe... y entonces comprendí.

—Espero que no te moleste —dijo con los ojos brillantes de orgullo—. Hablé con un amigo que por casualidad tiene un negocio de tarjetas postales y le mostré tu trabajo. Le entusiasmó. Asegura que existe un auténtico interés por este tipo de cosas. De manera que me compró la serie por un precio muy bueno y de inmediato ordenó a un artista gráfico que se pusiera manos a la obra para ilustrar las cubiertas de las postales. ¿Qué opinas?

—¿Pe-pero cómo ha podido ocurrir todo tan deprisa? Parece i-imposible —tartamudeé.

—Nada es imposible, Heather. Creí habértelo demostrado —observó posando con afecto su mano sobre mi hombro—. Por otra parte, te dije una vez que cuando los engranajes de tus sueños cobran movimiento, pronto se convierten en realidad. ¿Lo recuerdas?

Estaba anonadada. Oía sus palabras, pero a mi mente le costaba captar su sentido. Temí desmayarme porque de súbito se me nubló la vista, pero la presencia de Joe, que irradiaba un poder inexplicable, hizo que me mantuviera en pie. Por otro lado, también me fallaba el oído, pues sólo percibía el tintineo descompasado de la pulsera de Stella.

Joe extrajo un sobre del bolsillo interior de su sempiterna cazadora de motero y me lo tendió.

—Es un cheque de parte de mi amigo, el tipo de las tarjetas postales. Dice que también cobrarás un porcentaje de las ventas.

—Se venden como churros —intervino Stella, al otro lado del mostrador—. Me las quitan de las manos. Espero que sigas escribiendo, Heather. No todo el mundo tiene el don de expresar sus sentimientos de forma tan bella como tú.

Primero miré a Stella, luego volví la vista hacia Joe, incapaz de articular palabra. Parecía mentira que eso estuviera sucediendo. ¿Heather Hurley se dedicaba a algo que requería verdadero talento, es decir, una habilidad intelectual? ¿Llenaba un vacío en las vidas de otras personas?

—¿Y eso qué tiene de sorprendente? —preguntó Joe—. Posees muchas habilidades. No tienes más que creer en ti misma.

—No sé hacerlo —reconocí—. No he tenido ocasión de practicar.

Joe y Stella intercambiaron sonrisas de complicidad.

—Quizá este sea un buen momento para empezar —sugirió Stella con calma. Salió de detrás del mostrador y se acercó a nosotros. Tomando una postal de la colección, la sostuvo entre sus delicadas manos y, tras darle un golpecito, la observó—. No hay duda de que posees un don especial para poner por escrito tus sentimientos; la prueba, si aún necesitas alguna, es que la gente se siente feliz de pagar por el modo tan bello en que expresas lo que ellos piensan. ¿Cómo es posible que no creas en ti?

—Hace siglos que escribí todo eso —protesté, hipnotizada de nuevo por la fina pulsera que llevaba—. Tal vez he perdido ese poder.

—No, todavía lo tienes —repuso Joe sonriendo—. Para mí, lo dado, no tiene vuelta, sobre todo cuando se trata del talento, de modo que no te quepa duda de que aún lo conservas. Además, he anunciado a mi amigo que tendría otra entrega en los próximos treinta días, así que más te valdrá empezar a creer en ti misma.

De pronto comprendí por qué me sentía tan atraída por la pulsera de Stella. Quedé boquiabierta al advertir que en cada aro había una frase escrita que sospeché formaba parte de un conjunto de mandamientos personales.

Sin pedir permiso, le así la muñeca y separé un aro para leer la inscripción:

«Todos somos maestros. Enseña a tu prójimo qué le reserva el mágico saco negro de la vida.»

Maravillada, miré de soslayo los chispeantes ojos azules de Stella y posé la vista en los cálidos ojos castaños de Joe, y jamás he sentido tanto amor, tanta energía... o tanta confianza en mí misma.

—¿Lo ves, Dorotea? —dijo Joe, y percibí un destello en su mirada—. Después de todo, ese gran saco negro no estaba vacío.

EPÍLOGO

Aquella noche, cuando me dirigía hacia el club, rebosaba de seguridad en mí misma. Había tomado una decisión de proporciones colosales y me disponía a mantenerla hasta el final. Había decidido no dedicarme nunca más a un trabajo que no me satisficiera. Y conducir hacia el club para recoger mi vestuario e informar a Anthony de mi marcha representaba el primer paso.

Estaba fascinada por el sentimiento de libertad absoluta que experimenté cuando subí a mi pequeño BMW y dejé que el viento despeinara mi cabello, sin preocuparme, por una vez, de mi aspecto. Gocé de ese maravilloso sentimiento todo el camino hasta la autovía 405 y reconocí que, sin duda, me había sentido más atrapada de lo que había estado dispuesta a admitir.

Pero eso había acabado.

Planeaba iniciar una nueva vida. Ignoraba cuánto dinero podría obtener con mi colección de postales de felicitación; sólo tenía claro que debía probar suerte con ellas. «Pintar cuadros mediante palabras» siempre me había gustado, y gracias a Joe había encontrado el modo de procurarme el sustento dedicándome a lo que me gustaba. Además tenía unos ahorrillos debidamente invertidos en un plan de pensiones a los que podría recurrir si era necesario. Asimismo tenía el generoso cheque que el amigo de Joe había abonado por mis poemas.

En efecto, a punto estuve de caer de la silla cuando llegué a casa y leí la cifra que el amigo de Joe había decidido pagar por algo que yo había considerado insignificante. No tenía ni idea de cómo había arreglado las cuestiones legales del contrato y todo eso. Únicamente sabía que no era propio de seres inteligentes poner en duda al universo cuando de pronto te hallas en armonía con él. No quería comportarme como la mujer del atasco que había cedido su derecho a pasar. No necesitaba que me insistieran.

Dejé el coche en el oscuro aparcamiento y ni siquiera me molesté en cerrarlo con llave, pues no pensaba tardar más que unos minutos. Tomé aire y por un instante me regocijé del inmenso placer de saber que no emplearía nunca más mi cuerpo como moneda de cambio.

Mientras me encaminaba hacia las escaleras de la entrada trasera, vi la silueta de una moto, una Harley-Davidson para ser más precisa, en la esquina opuesta del aparcamiento. Me constaba que ninguno de los guardas de seguridad del club tenía una Harley. Anthony, por supuesto, siempre había querido una, pero estaba claro que no era la clase de tío que circula en una Harley. Ni siquiera en sus sueños más delirantes.

De pronto caí. Joe estaba allí. Supongo que debió de pensar que tal vez necesitaría apoyo moral; el contrasentido de la expresión me hizo reír mientras empujaba la pesada puerta negra para entrar.

El lugar estaba desierto y silencioso a excepción de las voces distantes que

provenían del personal contratado para preparar el espectáculo de esa noche. Me dirigí hacia mi camerino y empecé a vaciar el contenido de los cajones en las bolsas de plástico que había llevado. Cuando acabé, me las colgué del brazo, salí del local, abrí la portezuela del coche y descargué mi botín en el asiento posterior. Ya sólo quedaba la última tarea. Tenía que entrar por última vez para ver a ese gusano infecto de Anthony y soltarle que ya no volvería a verme el pelo.

De mala gana, empecé a subir por las escaleras traseras, hasta que se me encendió una lucecita y me detuve en seco. ¿Por qué pasaba siempre por las puertas traseras de la vida? ¿Acaso no merecía entrar por las puertas principales como todo el mundo? Decidí que nunca más volvería a utilizar una puerta trasera. Así pues, encogiéndome de hombros, bajé por los escalones y rodeé el edificio... hacia la entrada principal.

Parece mentira que un hecho tan banal, a primera vista, como es la puerta que se atraviesa pueda producir algún efecto, pero así es. Juro que me dominó un impresionante sentimiento de poder en el instante en que determiné que jamás volvería a pasar por una entrada trasera, sino siempre por la principal.

Oí unas notas de piano que se esparcían en el cálido atardecer de verano; sin duda el pianista practicaba para el número de apertura de esa noche. Había oído esa música en numerosas ocasiones, pero sólo en aquel momento me pareció realmente bella. Tal vez influía el hecho de que la oía desde la puerta principal, no desde la posterior. Escuché la melodía unos minutos antes de, con la cabeza bien erguida, abrir la puerta y entrar.

Me resultaba extraño observar el club desde ese otro ángulo. Lo que siempre había considerado rutina y odioso aburrimiento se me antojaba atractivo visto desde el espacio reservado a los clientes. Recorrí la sala con la mirada en busca de Anthony, sin encontrar rastro de él. Por cierto, tampoco vi a Joe, y eso que estaba segura de que la Harley aparcada en la parte trasera era la suya.

Aparte del pianista y el camarero, en el local sólo había unos pocos clientes habituales, sentados a la barra para ir haciendo boca antes del espectáculo. Reconocí a todos, aunque no sabía sus nombres.

El tipo fornido situado al principio de la barra me había pagado en una ocasión doscientos dólares por bailar en su mesa con la espalda pegada a él. El sujeto del medio me había esperado fuera una vez y había intentado convencerme de que una cita con él cambiaría mi vida por completo. El individuo de aspecto severo del fondo era el que había visto la otra noche. Placía poco que había empezado a frecuentar el club, y su apariencia resultaba casi dramática. Siempre se sentaba solo para emborracharse, pero jamás se había puesto en plan grosero ni había armado escándalo. Y a pesar de que bebía como una esponja, su cuerpo estaba sano y en buena forma, lo que inducía a pensar que su hábito autodestructivo era de reciente adquisición. Distingo a los alcohólicos empedernidos a la legua, y ese era, a todas luces, un novato.

Me acerqué a la barra y saludé a Jimmy, el camarero. Dudo que al principio me

reconociera, ya que siempre me había visto subida al escenario, con finos tacones de aguja y trajes seductores que no tenían nada que ver con la camiseta, el pantalón corto y las zapatillas de deporte que llevaba esa noche.

—¿Has visto a Anthony? —pregunté haciendo caso omiso de su sorpresa.

—Sí, está en el despacho con un agente. Saldrá enseguida —informó Jimmy, examinando mi atuendo de persona normal.

—¿Un agente? —repetí un tanto asombrada—. ¿De qué clase? ¿De la brigada antidroga o del FBI?

Jimmy negó con la cabeza, sonriendo, al tiempo que servía otro Jack Daniel's al borracho novato del fondo.

—Creo que se trata de un representante artístico o algo así —aclaró.

—¿Un representante artístico? ¿Y qué hace un representante artístico en semejante antro? —observé, y pensé que no debería hablar así delante de los clientes. Pero ¿qué importaba ya lo que dijera? En cuanto hubiera terminado con la desagradable papeleta de anunciar a Anthony que me largaba, no volvería a poner los pies en ese lugar. Con la confianza recuperada, añadí—: ¿Quién de este local se cree con el talento suficiente para enviar a un representante?

—¿Y tú me lo preguntas? —contestó Jimmy con otra pregunta—. Dice que es tu representante.

—¿Mi representante? —me burlé—. Debe tratarse de una broma. Yo no tengo representante.

Acababa de pronunciar estas palabras cuando se abrió la puerta de la oficina y Anthony salió estrechando la mano de Joe. Ambos miraron hacia donde yo me encontraba y parecieron alegrarse de verme.

—Tu representante es un tipo estupendo, Heather —soltó Anthony antes de que yo pudiera preguntar qué demonios estaba haciendo Joe—. No sabía que tuvieras unos gustos tan refinados. Buena suerte con la prueba, ¡ánimo!

¿La prueba? ¿De qué me hablaba? Deseé bombardearles a preguntas mientras observaba cómo se estrechaban de nuevo la mano. Anthony dio una palmada a Joe en la espalda en señal de despedida y desapareció en su despacho. A continuación vi que un señor muy guapo y bien vestido entraba por la puerta y saludaba a Joe de lejos.

—¡Fred! —exclamó Joe, sonriendo—. En un minuto estoy contigo. Considérate en tu casa.

Tras estas palabras Joe se volvió hacia mí con una amplia sonrisa en los labios.

—¿Qué se está cociendo aquí? —inquirí—. ¿Es que todo el mundo ha perdido el juicio?

—No me extraña que tengas esa impresión —bromeó Joe—. Este amigo, Fred, acaba de abrir una coctelera de lujo en Beverly Hills —explicó—, y está buscando una cantante melódica, alguien con clase que sepa crear ambiente.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? Más me valía no haber preguntado —añadí, intuyendo la respuesta.

—Bueno, siempre has deseado cantar en una sala de fiestas —me recordó Joe, divertido—. En fin, no es lo mismo que Las Vegas, pero todo es empezar.

Me sentía muy confusa. ¿Esperaban que realizara la prueba allí mismo? ¿Sin material? ¿Sin ensayar? ¿Por qué narices había Joe montado eso? ¿Tal vez temía que el negocio de las felicitaciones no funcionara bien? ¿Acaso había cambiado de opinión al respecto?

Como era natural, me había leído el pensamiento y percibido el desconcierto que se dibujaba en mi rostro. Me pasó el brazo sobre los hombros en un gesto tranquilizador y me estrechó contra sí unos instantes.

—Heather, relájate —susurró sonriente—. El negocio de postales funcionará a las mil maravillas. Cuando se está en armonía con el universo, todo es pan comido. Simplemente se me ocurrió que estas actuaciones aportarían diversión y equilibrio a tu vida, aparte de unos dinerillos extra. Ya sabes, intento asegurarme de que no te aburrirás u obsesionarás con nada.

—En la variedad está el gusto, ¿no es eso? —resumí.

—Más o menos —asintió—. Pero la clave reside en el equilibrio. Hay que procurar no excederse en nada, porque de lo contrario hasta la actividad más placentera puede resultar odiosa al cabo de un tiempo.

Estaba de nuevo fascinada por la cantidad de conceptos profundos que Joe me transmitía.

—¿Cómo me las arreglaré para acordarme de todos los consejos que me has dado? —inquirí, temerosa de tener que confiar únicamente en mi memoria.

—Supuse que lo preguntarías —afirmó Joe cogiendo de encima de la tapa del piano una caja envuelta en papel de regalo para tendérmela—. ¿Sabes?, nuestro tiempo juntos se está agotando —musitó.

—¿Cómo? —exclamé—. O no Joe, no, no. Por favor, no. —Las lágrimas inundaron mis ojos, y dos cayeron sobre la caja que sostenía en las manos.

—Vamos, ábrela, Heather —indicó con ternura—. Te ayudará a comprender.

Compungida, desenvolví el paquete. Contenía una resma de cuartillas de color crema con dibujos celestiales de pájaros que volaban por las alturas y una pluma de oro.

No supe qué decir.

—Léelo —sugirió.

Retiré la cubierta del legajo y reconocí una lista de mandamientos personales, «mis» mandamientos, cada uno impreso en la cabecera de una página:

1. *La angustia y el pánico son amigos que intentan mostrarte el camino mejor.*
2. *Busca sólo lo bueno de las personas y encontrarás la bondad.*
3. *Procura alejar el pasado para dejar sitio al futuro.*
4. *Los acontecimientos no son irreversibles.*
5. *Acepta de buen grado lo que por derecho te corresponde.*

6. *El equilibrio es la clave de una vida llena de satisfacciones.*

7. *Confía en tus muchas habilidades.*

Alcé la vista hacia Joe mientras una lágrima rodaba por mi mejilla. Meneé la cabeza y supliqué:

—Joe, no te vayas. Todavía no estoy preparada.

—Por supuesto que lo estás —aseguró—, pero no lo sabes. Procura confiar en ti, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Suspiré—. De todos modos te echaré mucho de menos.

Cogió la pluma de mi mano y la sostuvo en alto.

—Esto no es sólo una pluma —afirmó con una sonrisa traviesa—. Ha salido de un saco negro mágico. Cuando quieras hablar conmigo, pon tus pensamientos y sentimientos sobre el papel con esta pluma. A continuación escribe lo que supones sería mi respuesta, y te prometo que me comunicaré contigo a través de esta pluma. Seré yo quien guíe tu mano, te lo aseguro, Heather.

Descargas de escalofríos me recorrían la espalda mientras Joe me hablaba, detalle que no se le escapó. Miró hacia arriba un segundo, y una amplia sonrisa surgió en sus labios mientras me miraba fijamente a los ojos; el amor que percibí en los suyos me dejó sin habla.

—Los escalofríos son un signo de admiración del universo —explicó—. Cuando los sientas, recuerda que significa que algo importante, cósmico, acaba de producirse.

Al bajar la vista hacia las cuartillas me acordé de algo.

—Joe, ¿y qué significaba el sueño en que volaba? —inquirí—. ¿Tal vez que mis poemas, o sea, mi negocio de felicitaciones, me dará alas para volar?

—¡Muy bien! —exclamó con orgullo.

—Pero ¿y lo del beso sobre el papel? ¿Qué significado tenía? —Estaba dispuesta a bombardearle con preguntas antes de que se marchara.

—Que te amo, por supuesto.

Joe me amaba. Resultaba todo tan sencillo y bello... En ese instante comprendí que el resto de preguntas carecía de importancia.

Leyendo mis pensamientos, como siempre, y sonriendo de satisfacción, Joe murmuró:

—Quizás es un buen momento para realizar la prueba.

Ni siquiera estaba nerviosa. No tenía acompañamiento, no había ensayado, y no sabía ni qué cantar, pero al menos estaba segura de que Joe nunca me abandonaría, que siempre se ocultaba un regalo en el fondo de todo cuanto me sucedía. Tal vez no siempre acertaría a descubrirlo, pero tarde o temprano, acabaría por hallarlo.

—¿Por qué no cantas ese bonito tema que te ha salido tan bien esta mañana? —sugirió Joe—. Ya sabes a cuál me refiero, esa canción con letra de tu propia cosecha.

Dicho esto, me besó en la frente, se dirigió hacia la barra y tomó asiento junto al alcohólico en ciernes. Sospecho que quería verme desde cierta distancia; una

distancia que, suponía, se acrecentaría más y más hasta que, al final, mi único contacto con él fuera a través de mis palabras escritas.

Sonaron unos acordes de piano, y me volví hacia Fred para dirigirle una de las sonrisas más auténticas que esbozaba en mucho tiempo. Tomé el micro al tiempo que rebuscaba en algún lugar inexplorado de mi ser la voz de la pasión que siempre había sentido adormecida en mi interior, a la espera de ser despertada.

Tenía la certeza de que esa sería la última vez que vería a Joe en esta vida y que las palabras de la canción serían las últimas que pronunciaría en su presencia. Por estúpido que parezca, deseaba dedicarle el tema. Quería demostrarle de algún modo que había cambiado mi vida y que había aprendido bien sus enseñanzas. Consideraba esencial ofrecerle una muestra de lo mucho que me había enseñado y lo mucho que siempre significaría para mí.

Hablé con suavidad a través del micrófono, conteniendo unas lágrimas que pugnaban por brotar y ser enjugadas, una última vez, por sus cálidas manos.

—Esta canción va dedicada a todos aquellos que hemos tomado la determinación de no pasar nunca más por la puerta de atrás —anuncié por encima de la música del piano, que me daba la entrada, sin permitirme pensar, de modo que improvisé una estrofa sobre la marcha:

*Tengo un amigo que asegura que voy por el camino,
por mucho que yo le digo que ese es mi destino.
Pero voy a ofrecerle la ocasión,
de que me explique la razón.*

El piano desgranaba sus notas, y a pesar de que apenas sí podía distinguir los rostros de los presentes, deslumbrada por los focos, sentí la sonrisa cálida y aprobadora de Joe. Advertí que charlaba con el borracho novato y de pronto comprendí que él era el siguiente de la lista. No me importaba, puesto que sabía que Joe siempre estaría escuchándome.

*Para encontrar su amor en todas partes busqué.
Él es el gran amigo con quien siempre soñé,
él, el hombre a quien entrego mi corazón.*

Mi voz sonaba tan suave que apenas si la reconocía. Las palabras brotaban fluidas de alguna fuente de creatividad de mi cerebro, y los sentimientos manaban del fondo de mi alma y avivaban el amor que ardía en mi corazón. Al fin comprendí el poder del arte y la creatividad, y la inmensa satisfacción de exhibir nuestro talento al mundo. Lo mejor de todo era que no esperaba ni deseaba obtener nada a cambio.

Observé que empezaban a llegar más clientes, los cuales permanecían callados en

el umbral de la puerta, oyéndome cantar. Si alguno me había reconocido como la Heather Harley del *striptease*, no había dado muestras de ello.

Continué cantando y me preparaba para la estrofa final cuando desvié la mirada hacia donde Joe había estado sentado. No me sorprendió descubrir que su taburete y el contiguo estaban vacíos; sabía muy bien dónde había ido y qué estaba haciendo. Sin duda había subido a su Harley con la intención de salvar otra alma perdida, con toda probabilidad la del tipo junto al cual se había sentado en el bar. Oí el distante rugido del motor de su máquina en el aparcamiento trasero, y de nuevo me estremecí. El universo me había enviado otro signo de admiración, y apliqué el entusiasmo que experimenté a cubrir con mi potente voz el retumbar de la moto que arrancaba.

*Aunque algunos dicen que es altivo,
lo cierto es que me ha mostrado el camino.
No le digáis que mi amor es un frenesí,
que siento
que la esperanza regresa a mí,
cuando cura mis heridas así.*

Unos pocos clientes empezaron a aplaudir; poco a poco sus aplausos se propagaron como un incendio. Sonriente, expresé mi agradecimiento a los presentes, deposité el micro sobre el piano y me acerqué a Fred.

—Estás contratada —fue todo cuanto dijo.

Y advertí que también a él se le erizaba la piel de los brazos.



JOAN BRADY (1950, Estados Unidos) se crio en el estado de Nueva Jersey, dónde estudió en un colegio católico. El colegio era de disciplina dura y a ella le hacían tener el sentimiento de culpabilidad además de tener miedo a Dios.

En 1963, ganó un concurso por el relato de una historia. Estudió y se licenció en ciencias, concretamente en la profesión de enfermería en el colegio de *William Paterson* en 1972. Trabajó en un hospital ejerciendo su profesión y observó en sus pacientes la fuerte creencia en Dios y cómo ellos tenían más fuerzas para seguir adelante a pesar de sus enfermedades, dolores, etc. que aquellos que no creían en nada. A partir de ahí reflexiona sobre su vida y empieza a escribir sobre sus problemas personales y los resuelve mediante esos libros escritos. Esto es una fuente de ideas para todo lo que ella escribiría más adelante.

Ella se preguntó en una ocasión: si ella fuese Dios y se tuviera que convencer de que Dios existe, qué haría. De ahí surge el libro de Dios vuelve en una Harley publicada en 1995 y del que tuvo un enorme éxito en los Estados Unidos llegando a vender más de un millón de ejemplares. Este libro trata sobre la vida de una muchacha muy guapa que tiene pocas esperanzas de encontrar a un hombre con quien compartir su futuro.